

JEREL HAGERMAN

A man in a white shirt stands in a golden wheat field with his arms outstretched. The background shows a clear blue sky and distant hills.

UN
AGRICULTOR
ANTE LA
PARÁBOLA
DEL
SEMBRADOR

Lecciones del reino por
un verdadero agricultor

UN AGRICULTOR ANTE LA PARABOLA DEL SEMBRADOR

Lecciones Del Reino Por Un Verdadero Agricultor

JEREL HAGERMAN

Copyright © 2025 "Jerel Hagerman "

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte de este no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña.

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO 1:	7
TAN SOLO UN AGRICULTOR	7
CAPÍTULO 2:	18
EL SEMBRADOR SALIÓ A SEMBRAR	18
CAPÍTULO 3:	27
EL CAMINO: CUANDO LA PALABRA ES ARREBATADA	27
CAPÍTULO 4:	40
EL SUELO ROCOSO: RAÍCES SUPERFICIALES EN UN MUNDO HOSTIL	40
CAPÍTULO 5:	52
EL TERRENO ESPINOSO: CUANDO EL CRECIMIENTO SE VE SOFOCADO	52
CAPÍTULO 6:	67
LA BUENA TIERRA: FRUTO QUE PERMANECE	67
CAPÍTULO 7:	90
LA AGRICULTURA DEL REINO: MÁS PARÁBOLAS DEL CAMPO	90
CAPÍTULO 8:	99
UN SEGUNDO AIRE: CBI Y LA COSECHA GLOBAL	99

INTRODUCCIÓN

Nunca me propuse escribir un libro. Soy tan solo un agricultor. Al menos, eso es lo que siempre le he dicho a la gente. Pero con el tiempo, me he dado cuenta de que las lecciones que aprendí en los campos de trigo de Kansas nunca estuvieron destinadas a permanecer enterradas en la tierra. Eran semillas, plantadas en mi vida para convertirse en algo más grande. Algo eterno.

Antes de tomar una Biblia, tomé una pala. Antes de predicar un sermón, aprendí a sembrar semillas, arrancar malas hierbas y confiar en el clima. La vida en la granja me enseñó sobre el tiempo, la paciencia, la fe y lo que significa trabajar incluso cuando no se ven resultados inmediatos. Me enseñó que la cosecha nunca es instantánea, pero siempre vale la pena.

Décadas más tarde, después de fundar iglesias, atravesar momentos de alegría, de dolor y ver a Dios obrar de maneras milagrosas, he llegado a comprender que el ministerio no es tan diferente de la agricultura. Ya sea que trabajes con la tierra o con las almas, los principios son los mismos: plantar buenas semillas, cuidar el terreno, confiar en el proceso y nunca rendirse.

Este libro trata sobre ese viaje.

La idea surgió, en parte, de un libro que me causó una profunda impresión hace años: *El Salmo 23: En las manos del buen pastor*, de W. Phillip Keller. Era sencillo y profundo, escrito por alguien que vivía lo que enseñaba. Mientras leía sus reflexiones sobre el salmo a través de los ojos de un pastor real, me encontré pensando: «¿Y si un granjero contemplara la parábola del sembrador de la misma manera?». Esa idea germinó en mi mente. Solo soy un granjero que se enamoró de la Palabra de Dios. Y, al igual que Keller, he llegado a creer que las mejores ideas suelen surgir de la vida real. Se trata de la parábola que Jesús contó en Mateo 13: la parábola del sembrador. Una historia que, para mí, no es solo una metáfora. Es un espejo. Cada vez que leo esas palabras sobre la semilla que cae en diferentes tipos de suelo, pienso en rostros. Personas que he conocido. Iglesias que he pastoreado. Sermones que he predicado. Temporadas por las que he atravesado.

Pero también se trata de lo que ha sucedido desde entonces. De lo que Dios ha hecho a través del Calvary Bible Institute (CBI) y de cómo me dio un segundo aliento cuando pensaba que ya había corrido mi carrera. Se trata de ver a los estudiantes entusiasmarse con el evangelio. De ver cómo se multiplican los campus en todo el mundo. De ver cómo Dios toma algo pequeño y lo convierte en algo que solo Él puede hacer.

También trata sobre la sanación. Sobre cómo Dios restauró mi cuerpo después de una grave crisis de salud. Cómo me ayudó a superar una hemorragia cerebral cuando los médicos no estaban seguros de que sobreviviera. Cómo me recordó, una vez más, que cada día es un regalo y que cada respiro es un préstamo. Esa historia también está aquí.

Pero, sobre todo, este libro trata sobre Jesús. Sobre la forma en que enseñaba a través de historias. Sobre la forma en que nos invita a comprender el reino no a través de la teología abstracta, sino a través de las cosas que vemos todos los días: semillas y tierra, vides y ramas, trigo y cizaña. Y trata sobre la forma en que nos llama a cada uno de nosotros, dondequiera que estemos, a unirnos a Él en la cosecha.

He escrito cada capítulo con el corazón de un granjero: sencillo, honesto y, espero, con claridad. No pretendo impresionarte con teología. Intento conmover tu corazón con la verdad. Quiero que sientas el peso de la semilla en tu mano. Quiero que veas el campo frente a ti. Quiero que sepas que el Sembrador no ha dejado de sembrar, y nosotros tampoco deberíamos hacerlo.

Tanto si eres pastor, misionero, maestro, madre, estudiante o alguien que aún está descubriendo cuál es el llamado de Dios para ti, creo que este libro tiene algo que ofrecerte. Porque las verdades que Jesús enseñó a través de sus parábolas no eran solo para eruditos o élites espirituales. Eran para personas como yo. Personas como tú.

Así que, si alguna vez te has preguntado si tu vida puede ser importante... lo es. Si alguna vez te has preguntado si Dios todavía puede usarte... puede hacerlo. Si alguna vez has mirado al mundo y has pensado: «¿Qué diferencia puedo marcar?», este libro es para ti.

Vamos a recorrer juntos la parábola del sembrador. Vamos a examinar cada tipo de suelo y a hacernos preguntas difíciles sobre nuestros propios corazones. Vamos a explorar lo que significa ser fructífero en un mundo que a menudo se siente árido y desalentador. Y vamos a conocer al Sembrador, no solo como un personaje de una historia, sino como el Cristo vivo que todavía camina entre las hileras, esparciendo semillas y buscando frutos.

También hablaremos de otras parábolas —el trigo y la cizaña y la semilla que crece— y veremos lo que todas ellas nos enseñan sobre la vida, la fe, el llamado y la naturaleza del reino de Dios.

A lo largo del camino, compartiré mi historia. Las victorias y las desilusiones. Las pérdidas que no vi venir y la gracia que me acompañó de todos modos. Hablaré de Cindy, mi primera esposa, y del dolor de perderla. Y compartiré sobre Merrily, mi segunda esposa, y la forma en que Dios hizo brotar belleza del quebrantamiento.

Nada de esto es perfecto, pero todo es cierto.

Espero que, al leer, encuentres tu propia historia en alguna parte de estas páginas. Que escuches la voz de Jesús llamándote, no para ser perfecto, sino para estar dispuesto. Dispuesto a tomar la semilla que Él te ha dado y sembrarla fielmente. Dispuesto a confiar en Él con los resultados. Dispuesto a creer que tu vida puede dar fruto.

Porque puede hacerlo.

Así que bienvenido al campo. Manos a la obra.

CAPÍTULO 1:

TAN SOLO UN AGRICULTOR

Mi Historia Y Cómo Dios Me Llevó De Los Campos Al Púlpito

Raíces En La Tierra

Crecí en una granja en Kansas, a veinte kilómetros de un pueblo de apenas doscientos habitantes. Nuestro vecino más cercano vivía a un kilómetro de distancia.

El horizonte se extendía en todas direcciones y el viento traía más silencio que sonido. Era el tipo de lugar donde aprendías a trabajar antes de aprender a hablar. No teníamos muchas distracciones, y no las necesitábamos. Teníamos tierra, ganado y estaciones. Y eso era suficiente.

Desde muy temprana edad, comprendí que la vida provenía de la tierra. Siembras, esperas y confías. No se puede apresurar la cosecha. No se puede controlar la lluvia. Pero si haces tu parte y la haces con fidelidad, las cosas crecen. Esa es una lección que no sabía que llevaría conmigo al ministerio años más tarde. Pensaba que estaba aprendiendo a cultivar, pero Dios ya me estaba enseñando a pastorear.

Algunos de mis primeros recuerdos están ligados a la tierra. Recuerdo pasear por los campos con mi papá, mientras él me explicaba cómo interpretar las nubes, cómo saber si el viento estaba a punto de cambiar de dirección, cómo saber cuándo las semillas estaban listas. La agricultura no era solo un trabajo, era una forma de vida. Requería atención. Paciencia. Determinación. Y una esperanza silenciosa. En aquel momento no me daba cuenta, pero el Señor estaba moldeando mi corazón con cada tarea matutina y cada reparación nocturna.

Llega el Llamado

Cuando Dios empezó a mover mi corazón hacia el ministerio, no sabía qué hacer con ello. No tenía ningún plan, ningún proyecto.

Pensé que quizá lo había entendido mal. Al fin y al cabo, yo era agricultor. Estaba arraigado. No me veía predicando sermones ni fundando iglesias. De hecho, uno de mis primeros pensamientos fue: «Señor, si realmente me entrego, probablemente me enviarás a la ciudad de Nueva York». Nunca había estado en Nueva York, pero en mi mente representaba todo lo desconocido, ruidoso y caótico, lo contrario de todo lo que conocía.

Pero algo sucedió mientras seguía orando. El miedo se desvaneció. El deseo de obedecer creció. Y un día, simplemente lo dije: «Señor, quiero todo lo que Tú tienes». No puse condiciones. No hice tratos. Simplemente lo entregué todo. Ese momento de rendición lo cambió todo. Siempre les digo a los estudiantes de CBI: Dios les dará los deseos de su corazón, incluso cuando aún no sepan cuáles son. Si confían en Él, mirarán atrás y verán que cada paso estaba ordenado. Incluso aquellos que no tenían sentido en ese momento.

En aquel entonces, el Movimiento de Jesús apenas comenzaba a extenderse por el interior del país. Nos reuníamos los sábados por la noche, no los domingos por la mañana, en una pequeña reunión de creyentes que acababan de salir de iglesias denominacionales muertas.

No tenía credenciales ni formación en un seminario. Lo que tenía era hambre de la Palabra y la voluntad de seguir al Señor dondequiera que me llevara.

En 1976, conduje el Lincoln Continental de mi papá hasta California para recoger un juego completo de cintas de casete de Chuck Smith titulado *Through the Bible* (A través de la Biblia). Nunca antes había visto el océano. Tomamos las carreteras secundarias desde Las Vegas hasta Costa Mesa y, en el camino, pasamos por un pequeño pueblo desértico llamado Yucca Valley.

En ese momento, mi plan era dedicarme a la agricultura. Y mientras atravesábamos Yucca Valley, dije en voz alta: «*Este es el lugar más abandonado por Dios que he visto nunca*». Y añadí: «*Nunca viviría aquí*».

Fue entonces cuando lo oí, esa voz suave y tranquila: «*Sí, lo harás*».

Y, efectivamente, Yucca Valley ha sido mi hogar durante los últimos 35 años.

De las Comunas a las Congregaciones

Recuerdo haber escuchado un sermón sobre cómo Jesús llamó a sus discípulos. Mientras el predicador hablaba, sentí como si Dios mismo me estuviera llamando a través de esas mismas palabras. Sabía que me estaba pidiendo que saliera de la seguridad de la orilla, que dejara todo atrás y lo siguiera. Mi esposa y yo lo sentimos: era nuestro llamado a renunciar a todo por el evangelio.

Sin embargo, el paso más crucial sería decirle a mi papá que iba a dedicarme al ministerio. Me di seis meses, me quedaría hasta la cosecha de verano, pero lo que no sabía era que, al responder al llamado de Dios, perdería la aprobación de mi padre. De hecho, me repudiaría.

En nuestro pequeño pueblo, todos pensaban que estaba loco por alejarme de un negocio multimillonario. En muchos sentidos, era como Abraham, quien, como dice en Hebreos, salió sin saber a dónde iba. Solo sabía que Dios me estaba llamando y que tenía que obedecer.

Nunca olvidaré mi último día en la granja. Mi papá me miró y me dijo: «Ojalá estuvieras muerto. No quiero volver a verte nunca más». Luego procedió a desheredarme legalmente. Esa noche, regresé a la casa que sabía que nunca heredaría. Me arrodillé sobre la alfombra verde de felpa, rodeado de papel tapiz aterciopelado y electrodomésticos de color aguacate y naranja oscuro, lo último en moda en ese momento.

Abrí mi Biblia y deslicé lentamente el dedo por la página hasta llegar a Juan 16:12: *«Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar».*

Me impactó profundamente. Era cierto: no tenía ni idea de lo que me esperaba. Todavía estaba conmocionado por el impacto de pasar de ser un millonario con una casa de cuatro dormitorios a meter todas mis pertenencias en un coche y mudarme a California.

Mi primer ministerio formal no fue en una iglesia con bancos y boletines. Fue en una pequeña comuna en el desierto, cerca de Desert Hot Springs. No la llamábamos comuna, al menos no en voz alta, pero eso era lo que era. Un puñado de familias que vivían de forma sencilla, compartían lo que tenían y amaban al Señor.

Cindy y yo vivíamos en una casa rodante de 4,5 metros (¡incluido el enganche!). Dirigíamos un pequeño centro de retiro con capacidad para unas cien personas los fines de semana. Era como una versión en miniatura de Murrieta Hot Springs (un conocido centro de retiro de Calvary Chapel). Teníamos una pequeña iglesia, unos cuantos edificios y mucha fe.

No era lujoso, pero era real. Dios utilizó esa temporada para formarme de una manera que nunca podría haberlo hecho un aula. Aprendimos a depender de Él para todo.

De ese humilde ministerio en el desierto nació finalmente Joshua Springs, junto con un puñado de iglesias en el valle de Coachella. Yo no lo planeé. No me senté con un tablero de visualización ni con una estrategia a cinco años. Simplemente nos mantuvimos fieles, semana tras semana, y el Señor nos dio el crecimiento. Así es como Él obra. Tú te presentas, y Él se presenta con más grandeza.

El Niño Predicador

Después de cuatro años en el ministerio del desierto, el Señor me abrió una puerta para regresar a Kansas, a unos cien kilómetros de donde había crecido. Era un pueblo de 600 habitantes. La iglesia tenía 80 años y era absolutamente hermosa: un edificio de ladrillo de tres pisos con una vidriera de dos pisos que representaba a Jesús como el Buen Pastor, un ala educativa de dos pisos y una casa parroquial de cinco dormitorios.

Yo tenía 26 años. Me llamaban el «niño predicador».

La congregación estaba sufriendo. Había unas 60 personas en la iglesia. A la mitad se les había dicho que si hablaban en lenguas, era cosa del diablo. Otros se habían visto envueltos en enseñanzas carismáticas extremas. Oré: «Señor, hazme una fuente de unidad». Y así lo hizo. Con el tiempo, esa pequeña iglesia de 30 miembros creció hasta alcanzar los 300. En un pueblo de 600 habitantes, eso la convertía en una mega iglesia en términos comparativos. Considero esos nueve años en Kansas como mi posgrado. No podía dismantelar la iglesia porque era demasiado antigua y sólida, y yo era joven. Así que me limité a servir. A amar. A aprender. Y Dios utilizó ese tiempo para profundizar mi vocación y confirmar el camino que debía seguir.

Joshua Springs y una Nueva Etapa

En enero de 1990, inicié lo que se convertiría en un capítulo decisivo de mi vida: pastorear la iglesia Joshua Springs Calvary Chapel en Yucca Valley, California. Venía de un pequeño pueblo de Kansas, pero Dios me había preparado para un campo más grande. Yucca Valley es una zona rural según los estándares de California, lejos de las playas y las calles concurridas que la mayoría de la gente imagina cuando piensa en el sur de California. Pero para mí, se sentía como mi hogar.

A lo largo de 34 años, vimos a Dios hacer cosas extraordinarias. La iglesia creció. Llegaron familias. Se transformaron vidas. Se pusieron en marcha ministerios. Con el tiempo, tuvimos tres campus y, por la gracia de Dios, todo se pagó. Sin deudas. Sin cargas. Solo bendiciones. Construimos escuelas, organizamos conferencias, enviamos misioneros y fundamos el CBI (Calvary Bible Institute). Teníamos un anciano muy generoso en nuestra iglesia que, un día, me dijo: «Quiero mostrarte algo». Me llevó al otro lado de la ciudad, al primer edificio que había comprado años atrás: una casa de reposo de 28 000 pies cuadrados. La había transformado en una próspera empresa multimillonaria con muchas instalaciones en toda California.

Pero lo que me mostró ese día no era solo un edificio, era un milagro en proceso. El Señor le había hablado a su corazón para que nos diera esa instalación de 8 millones de dólares para establecer un instituto bíblico. Así es como nació el Calvary Bible Institute (CBI): no a través de estrategias o recaudación de fondos, sino a través de la obediencia, la generosidad y la mano inconfundible de Dios. Siempre he creído que lo que Dios comienza, Él lo sostiene. Pero si tratamos de aferrarnos a ello con nuestras propias fuerzas, corremos el riesgo de exprimirlo hasta matarlo. Así que, en enero de mi 43.º año como pastor principal, le entregué el liderazgo de Joshua Springs al pastor B.J. Él había sido llamado. Estaba preparado. Y la iglesia ha prosperado desde entonces. Más adelante compartiré más detalles al respecto.

Sabía que tenía que dedicarme por completo a Calvary Bible Institute, a volcar mis 50 años como cristiano y mis 48 años de ministerio en formar a la próxima generación de pastores y líderes de Calvary Chapel. Estaba claro: era el momento de invertir en la multiplicación.

No teníamos idea de lo que Dios haría.

Hoy en día, trabajamos en 26 campus de CBI en 16 países, ¡y hay más en camino! Lo que comenzó como un simple paso de obediencia se ha convertido en un movimiento global para equipar y enviar a la próxima generación a la cosecha.

Pérdida, Amor Y Segundas Oportunidades

El ministerio, al igual que la agricultura, viene acompañado de tormentas. Y una de las tormentas más difíciles que he tenido que atravesar fue la pérdida de mi primera esposa, Cindy. Estuvimos casados durante 31 años. Ella no era solo mi esposa, era mi compañera en todos los aspectos de la vida y el ministerio. Construimos nuestro hogar juntos, criamos a nuestros hijos juntos y nos adentramos en lo desconocido juntos, una y otra vez, con nada más que la fe para guiarnos. No hubo un solo momento en el ministerio en el que no me apoyara en su sabiduría, su fortaleza y su vida de oración.

Cindy tenía coraje, fe y era muy divertida. Era fuerte. La gente se sentía atraída por ella porque los amaba profundamente y los escuchaba con todo su corazón. Ella me acompañó en cada transición de la iglesia, en cada incertidumbre financiera, en cada acto de fe. Ya fuera que viviéramos en una casa rodante o entrásemos en un santuario, ella traía consigo gracia y risas. Pude hacer lo que hice porque ella estaba a mi lado.

Su versículo favorito era 1 Corintios 13:8: «El amor nunca deja de ser». Y su lema de vida, sencillo pero profundo, era: «Disfruta el viaje». Así que cuando recibimos ese diagnóstico, que el cáncer era terminal, nos golpeó como un tren de carga.

Seguí orando. Ambos lo hicimos. Creíamos en la sanación. Todavía lo hacemos. Pero a veces, el plan de Dios incluye valles profundos que nunca elegiríamos. Verla pasar por esa batalla fue un reto. Sus primeras palabras después de que el médico le dijera que era terminal fueron: «Quiero ser una buena testigo». Nunca faltó un solo domingo a la iglesia, excepto el último, cuando estaba demasiado débil para levantarse de la cama.

Y entonces llegó el día en que tuve que dejarla ir. No hay palabras que puedan prepararte para eso. Recuerdo estar a su lado, sabiendo que había llegado el momento, sabiendo que pronto estaría cara a cara con Jesús. Un día, el Señor habló

a mi corazón: «Hoy es el día». Ella estaba en coma y yo estaba solo en la habitación con ella, abrumado por el peso del momento. Treinta y un años antes, habíamos hecho una promesa a Dios: «Hasta que la muerte nos separe». Y habíamos cumplido esa promesa, juntos, fielmente.

Momentos después, abrió los ojos, con una mirada cristalina. Inmediatamente llamé a nuestros cuatro hijos adultos a la habitación, junto con los padres de ella. Sus ojos brillaban mientras miraba hacia el cielo. Tenía una gran sonrisa en el rostro. Entonces, de repente, se le puso la piel de gallina... y se fue.

Ni siquiera dio un último suspiro. Pudimos ver cómo veía a Jesús.

Me apoyé mucho en el Señor en esa temporada. Volví a mi versículo favorito de Efesios: habiendo hecho todo, permanecer firme. Mi otro versículo favorito es Hechos 20:24:

«Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios».

Así era yo. Ni más ni menos. Solo permanecer firme. Y, de alguna manera, permanecer firme fue suficiente.

Algún tiempo después, Dios hizo algo que nunca esperé. Trajo a Merrily a mi vida. Su historia se parecía tanto a la mía que era casi difícil de creer. Ella también había perdido a su esposo por cáncer, un hombre piadoso, pastor y muy querido en su comunidad. Ella conocía el dolor que yo llevaba dentro. Entendía el dolor de despertarse sola y tratar de encontrar el camino de nuevo.

Merrily y su esposo, Brent, también habían dedicado toda su vida adulta al ministerio. Curiosamente, los cuatro habíamos nacido el mismo año, nos habíamos casado el mismo año y nuestros hijos tenían la misma edad. A Cindy y Brent les diagnosticaron el mismo tipo de cáncer y se fueron con Jesús el mismo año.

Cuando nos conocimos, fue como encontrar un alma gemela. No estábamos buscando un nuevo capítulo, solo intentábamos ser fieles en las cenizas del anterior. Pero Dios tenía un plan. Y cuando nos dimos cuenta de que el Señor estaba entrelazando nuestras historias, ambos dijimos que sí, no a borrar el pasado, sino a honrarlo mientras abrazábamos lo que Dios tenía preparado para nosotros.

Merrily conocía no solo el dolor de la pérdida personal, sino también los retos únicos que conlleva el ministerio a tiempo completo. Entendía lo que significaba ser la esposa de un pastor: la carga invisible, la disponibilidad constante, el peso emocional de llevar las cargas de los demás. Había permanecido en las sombras de las habitaciones de hospital y las reuniones de la junta de la iglesia, las reuniones de oración y las noches solitarias, y nunca perdió su fe. Ese tipo de comprensión es algo poco común y sagrado. Para Merrily, casarse fue un gran paso de fe. Dejaría atrás su hogar, su carrera y su familia en Idaho para mudarse, no solo a California, sino a *Yucca Valley*... el desierto alto.

A menudo decimos: «Somos tú y yo, cariño, contra el mundo». Y lo decimos en serio. Ambos hemos pasado por la misma pérdida. Ambos hemos sentido lo que es que te arrebaten todo. Pero también sabemos lo que es seguir adelante siguiendo al Señor. En la granja, algunos de nuestros campos tenían más de medio kilómetro de largo, y pronto aprendí que la única manera de arar un surco recto era fijar la vista en algo al final del campo y no mirar atrás. En el momento en que te das la vuelta, se vuelve imposible mantener una línea recta.

Este principio me recuerda a Hebreos 12:1-2:

«Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe...».

Al igual que en la agricultura, la vida cristiana exige concentración —los ojos fijos en Jesús— y la fe para seguir adelante, sin importar lo largo o difícil que sea el camino que tenemos por delante.

Así que seguimos en pie. Seguimos amando. Y seguimos adelante, no porque la vida sea fácil, sino porque Dios es bueno. Cada día que pasamos juntos es un regalo. No lo damos por sentado. Sabemos lo rápido que puede cambiar todo. Bromeamos al respecto, pero es cierto: nuestro Padre Celestial nos casó por conveniencia.

Si hay algo que he aprendido de todo esto, es lo siguiente: Dios abre un camino. Siempre. No es el camino que esperabas, no siempre es el camino que querías, pero es un camino. Y siempre es bueno. Siempre.

Quemar los Barcos

Hay algo que sucede cuando te comprometes plenamente con el llamado de Dios, cuando quemas los barcos y decides que no hay vuelta atrás. Ese momento llegó para mí cuando renuncié a la herencia familiar de una granja con petróleo y gas. Pasé de vivir con la seguridad y las comodidades de un estilo de vida millonario a quedarme en la ruina de la noche a la mañana. Cuando le dije a mi padre que el Señor me estaba llamando al ministerio, él era ateo y alcohólico. A pesar de eso, éramos una familia próspera. Acepté quedarme y trabajar para él durante la cosecha de verano, pero durante seis meses me dijo, todos los días, cuánto me odiaba y deseaba que estuviera muerto. Fue una de las épocas más dolorosas de mi vida.

Un día, en pleno verano, estaba junto al granero cuando de repente se volvió inusualmente amable. Me miró y me dijo: «Si renuncias a esas tonterías religiosas, te cederé la mitad de la granja». Me habría convertido en millonario a los 21 años.

En ese momento, el Señor inmediatamente trajo a mi corazón la escena en la que Jesús fue tentado por Satanás con todos los reinos del mundo. Le dije a mi papá que tenía que irme. Lo que siguió fue una ola de odio. Me quedé allí llorando, con el corazón roto y confuso.

Pero entonces el Señor susurró a mi corazón: *«Sígueme y yo te guiaré. Y un día, tú llevarás a tu padre a mí en su lecho de muerte»*.

Y diez años después, en su lecho de muerte, esa promesa se cumplió.

En ese momento, sentí que había perdido todo lo que me era familiar. Pero mirando atrás, fue una de las mayores bendiciones de mi vida. No tenía una red de seguridad. No podía volver a la granja ni al negocio porque mi papá había quemado los barcos. Solo tenía una opción: seguir a Jesús. Y eso me hizo depender de Él más que nunca.

A veces, no tener un plan B es precisamente lo que hace que el plan A tenga éxito. No me dediqué al ministerio con una estrategia de respaldo ni con un fondo fiduciario esperando. Simplemente creía que si Dios me llamaba, también me proveería. Y lo hizo, una y otra vez. No siempre de la manera que yo esperaba, pero siempre de manera que demostraba su fidelidad.

A menudo hablamos de vivir por fe, pero hacerlo realmente es algo completamente diferente: confiar en que Dios pondrá el suelo bajo tus pies después de que ya hayas dado el paso. En aquellos primeros días, Cindy y yo teníamos más preguntas que respuestas, pero nunca nos faltó lo que necesitábamos. Personas que ni siquiera conocíamos nos enviaban ayuda. Los víveres aparecían en el porche. El Señor proveía, siempre, justo a tiempo.

Y lo que he aprendido es esto: cuando das un paso de fe, Dios también lo da. Él te encuentra. Lo confirma. Y multiplica lo que estás dispuesto a poner en Sus manos. Esa decisión de quemar los barcos y seguir el llamado sin volver atrás ha dado forma a todo lo que he hecho desde entonces.

Un Versículo Para La Vida

A lo largo de los años, la gente me ha preguntado qué versículo me ha servido de mayor apoyo. Y sin duda alguna, es Hechos 20:24:

«Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios».

He visto muchas cosas en el ministerio. He visto avivamientos y traiciones. He visto alegría y desamor. He atravesado tormentas personales y crisis eclesíásticas. He enterrado a seres queridos. He visto cómo se alejaban personas a las que había discipulado. Y a través de todo ello, una cosa se ha mantenido constante: el llamado a seguir adelante con una convicción inquebrantable: *«Ninguna de estas cosas me mueve»*.

Toma la decisión ahora, antes de que lleguen los días de adversidad, de que nada te impedirá servir al Señor. Decide hoy en tu corazón permanecer firme, para que cuando lleguen las tormentas, tu rumbo ya esté trazado.

Hubo días en los que lo único que podía hacer era permanecer firme. No podía avanzar. No podía arreglar la situación. Pero podía permanecer firme. Podía negarme a rendirme. Podía decir: «Dios, sigo aquí. No voy a ir a ningún lado». Y esa postura de perseverancia se convirtió en mi salvavidas.

Otro versículo que me ha marcado es Filipenses 3: «Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta». No se trata de la perfección. No se trata del rendimiento. Se trata de seguir adelante. Se trata de no dejar que el pasado, bueno o malo, defina tu próximo paso. Dios no ha terminado. Sigue escribiendo la historia.

Así que he aprendido a vivir de esa manera: a seguir adelante, a mantenerme firme, a seguir sembrando incluso cuando el campo parece estéril. Porque he visto lo que Dios puede hacer con una semilla, incluso con una que cae en tierra quebrada. Él da vida a partir de la muerte. Él da belleza a partir de las cenizas. Él da cosecha a partir de las dificultades.

No soy el hombre más inteligente. No soy el predicador más elocuente. Pero he adquirido el hábito de presentarme, mantenerme firme y confiar en que Dios hará lo que solo Él puede hacer. Y lo ha hecho.

Qué Esperar de Este Libro

Este libro es un recorrido por la parábola del sembrador, contada desde la perspectiva de alguien que sabe lo que es sembrar semillas en la tierra y orar por lluvia. En los próximos capítulos, analizaremos cada tipo de suelo que describió Jesús. Hablaremos de corazones endurecidos, raíces superficiales, vidas abarrotadas y el milagro de la fecundidad. También exploraremos por qué Jesús utilizó historias como estas, sencillas, vívidas y llenas de poder, para revelar las verdades más profundas del reino.

Escucharás lecciones de la tierra, historias del ministerio y verdades que me han acompañado durante décadas de seguir a Jesús. Mi esperanza no es solo enseñarte algo, sino animarte a seguir sembrando, sin importar el tipo de tierra al que te enfrentes. Ya seas pastor, padre, estudiante o simplemente alguien que intenta descubrir cómo crecer, creo que hay algo en este mensaje para ti.

Esto no es teoría. Es una verdad probada en la práctica. Y es un honor para mí recorrer este camino contigo.

Empecemos.

CAPÍTULO 2:

EL SEMBRADOR SALIÓ A SEMBRAR

Entendiendo la Parábola en su Totalidad

La Parábola del Sembrador

Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga. Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino. Y el que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero

no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. El que fue sembrado entre espinos, este es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno. (Mateo 13:1-23)

Antes de desenterrar los diferentes tipos de suelo (fuera de bromas), quiero dedicar un momento a analizar el panorama completo que Jesús nos presentó en la parábola del sembrador. Es una de las historias más importantes que contó, tan importante que, de hecho, aparece en tres de los cuatro Evangelios. Y no solo de pasada. Jesús la cuenta, luego la explica, e incluso dice que si no se entiende esta parábola, no se entenderán las demás (Marcos 4:13).

Jesús comienza diciendo: «Un sembrador salió a sembrar». Es una imagen sencilla, pero muy significativa. Todas las personas que lo escuchaban aquel día habrían entendido lo que significaba. En su mundo, sembrar semillas era parte de la vida. No solo se compraban alimentos, sino que se cultivaban. Y para cultivar algo, había que sembrar.

En aquella época no se sembraba con máquinas. Se usaban las manos. Se metía la mano en la bolsa, se esparcía la semilla y se confiaba en el proceso. No se sabía exactamente qué pasaría. No se podía controlar la tierra, el clima ni los pájaros. Lo único que se podía hacer era sembrar.

Jesús continúa diciendo que algunas semillas caen en el camino, otras en terreno pedregoso, otras entre espinos y otras en buena tierra. Y cada tipo de tierra determina lo que sucede después.

Ahora bien, esto es lo sorprendente: la semilla es la misma en todos los casos. No es una semilla mala. No son diferentes tipos de semillas. Es el mismo mensaje, la misma Palabra de Dios, que se siembra en todas direcciones. Lo que cambia no es el poder de la semilla, sino la condición del suelo.

De eso trata realmente esta parábola. No se trata solo de evangelizar. Se trata del corazón. De la forma en que las personas reciben —o rechazan— la Palabra de Dios.

Las semillas son una poderosa imagen de la Palabra eterna de Dios. Aunque son pequeñas y fáciles de pasar por alto, llevan dentro todo el potencial para la vida, el crecimiento y el fruto, siempre que se den las condiciones adecuadas. Increíblemente, los arqueólogos han descubierto semillas conservadas en las pirámides de Egipto durante miles de años. Cuando se plantaron, esas semillas antiguas aún brotaron. Después de siglos en la oscuridad y el silencio, respondieron a la luz y al agua como si no hubiera pasado el tiempo. La semilla tiene vida en su interior.

A lo largo de los años, he visto esto suceder más veces de las que puedo contar. He predicado el mismo sermón a una sala llena de gente y he visto cómo una persona cambiaba radicalmente mientras otra se marchaba sin que le afectara. ¿Cuál es la diferencia? Es el terreno. Un corazón está preparado. El otro no.

Jesús nos está enseñando algo profundo aquí: la Palabra siempre es poderosa, pero no siempre echa raíces. No porque le falte fuerza, sino porque los corazones son duros, superficiales, abarrotados o destrozados. Y, sin embargo, siempre hay buena tierra en alguna parte. Y cuando la semilla encuentra ese tipo de corazón, los resultados son milagrosos. Treinta, sesenta, incluso cien veces más.

Como agricultor, lo entiendo. No se puede juzgar la cosecha basándose en el primer trozo de tierra que se encuentra. A veces lleva tiempo. A veces, la buena tierra está más profunda de lo que se cree. Pero si se sigue sembrando, la cosecha llegará.

Jesús termina la parábola con una sencilla invitación: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Es su forma de decir: «Presta atención. No escuches solo con la cabeza, escucha con el corazón». Porque esta historia no trata solo de la agricultura antigua. Trata sobre ti. Trata sobre mí. Trata sobre el reino de Dios irrumpiendo en la vida cotidiana.

En los próximos capítulos, analizaremos detenidamente cada tipo de tierra. Pero antes de hacerlo, quiero dejarles con esto: si el sembrador es tan generoso como para seguir sembrando en todas partes, nosotros también deberíamos serlo. No retengan la Palabra por miedo a que no crezca. Simplemente esparzan la semilla. Confíen en el proceso. Dios sabe cómo dar vida incluso a la tierra más dura.

Porque esta no es solo una historia sobre la tierra. Es una historia sobre el destino.
Y la cosecha vale la pena.

La Acción Del Sembrador

Jesús comienza la parábola con esto: «Un sembrador salió a sembrar». Sin antecedentes. Sin calificativos. Solo una persona que se levantó, caminó hacia el campo y comenzó a esparcir semillas.

Vale la pena detenerse aquí, porque esta pequeña frase dice más de lo que creemos. Por un lado, nos muestra el corazón del sembrador. No es pasivo. No espera el día perfecto, las condiciones perfectas o un resultado garantizado. Se levanta y se pone en marcha. Eso es fe en acción. Eso es amor en movimiento.

Esta no es una historia sobre alguien que protege sus semillas. Es la imagen de alguien que está dispuesto a asumir riesgos, a trabajar con incógnitas, a esforzarse sin resultados inmediatos. El sembrador no calcula el rendimiento de su inversión, sino que es fiel. Y así es como se ve el ministerio.

No puedo decirles cuántas veces me he presentado a predicar sin tener idea de cómo sería recibido. He compartido la Palabra de Dios en habitaciones de hospital, en celdas de prisión, en capillas escolares y desde púlpitos grandes y pequeños. Y cada vez, he tenido que confiar en que sembrar era suficiente. Que la obediencia daría fruto, aunque yo no lo viera.

Vivimos en una cultura orientada a los resultados. Nos gustan las estadísticas, los números y los resultados garantizados. Pero el reino no siempre funciona así. A veces, solo hay que presentarse y sembrar. Se esparce la semilla y se marcha confiando en Dios en cuanto al clima, el suelo y el resultado.

Ese es el ejemplo que nos da Jesús: un sembrador fiel, haciendo su parte.

La Semilla Inmutable

Aquí es donde se vuelve realmente importante: la semilla nunca cambia. Ya sea que caiga en un sendero o en tierra fértil, es la misma semilla. Jesús dice claramente que la semilla es la Palabra de Dios. No es un consejo. No es filosofía. No es autoayuda. Es la Palabra.

En el mundo actual, eso es más importante que nunca. Existe la presión de modificar el mensaje, de hacerlo más agradable, más popular, más «relevante». Pero el poder no está en nuestro envoltorio. Está en la semilla misma. La Palabra de Dios está viva. Es activa. Nunca vuelve vacía. Y no necesita nuestra ayuda para ser eficaz, solo necesita ser sembrada.

He aprendido esto de primera mano. Al principio de mi ministerio, a veces me sentía tentado de suavizar los bordes duros de la verdad. No quería ofender. Quería que la gente se quedara. Pero cuanto más predicaba, más veía que los corazones no cambian con una verdad diluida. Cambian con la Palabra de Dios real, cruda y viva.

No estamos llamados a fabricar frutos. Estamos llamados a plantar la semilla correcta. Y si somos fieles en eso, Dios se encargará del crecimiento. A veces rápidamente. A veces lentamente. Pero siempre en Su momento.

La semilla es buena. Siempre. No necesita ser alterada. Solo necesita ser esparcida con fe.

Cuatro Tipos De Suelo: Un Preludio

A medida que Jesús continúa con la parábola, presenta cuatro tipos de suelo. Cada uno representa un tipo diferente de corazón, y cada uno responde a la Palabra de una manera diferente.

El primero es el camino, un lugar duro y compacto donde la semilla ni siquiera puede penetrar. Las aves se la llevan antes de que tenga oportunidad de germinar (Mateo 13:4, 19).

Luego está el terreno pedregoso, un suelo poco profundo y sin profundidad. La semilla brota rápidamente, pero como no tiene raíces, se marchita bajo la presión (Mateo 13:5-6, 20-21).

A continuación está el terreno espinoso, donde la semilla comienza a crecer, pero también lo hacen todas las preocupaciones de la vida y el engaño de las riquezas. La buena semilla es ahogada por otras prioridades que compiten con ella (Mateo 13:7, 22).

Por último, está la buena tierra: blanda, profunda y despejada. Ahí es donde la Palabra echa raíces, crece con fuerza y se multiplica en una cosecha mucho mayor que la que se sembró (Mateo 13:8, 23).

Analizaremos cada uno de ellos en detalle en los próximos capítulos. Pero por ahora, es importante ver el panorama general: el sembrador no prejuzgó la tierra. Sembró en todas partes. Algunas de esas semillas se echarían a perder. Pero otras echarían raíces, y eso valía la pena el esfuerzo.

Analizaremos cada uno de ellos en detalle en los próximos capítulos. Pero por ahora, es importante ver el panorama general: el sembrador no prejuzgó el suelo. Sembró en todas partes. Algunas de esas semillas se echarían a perder. Pero otras echarían raíces, y eso valía la pena el esfuerzo.

En el ministerio, y en la vida, existe la tendencia a ir por lo seguro. A intentar leer el terreno antes de sembrar. Pensamos: «Esa persona no está preparada». O «Ese lugar está demasiado perdido». Pero el sembrador no actúa así. Siembra generosamente. Con esperanza.

¿Por qué? Porque sabe lo que la semilla puede hacer. Sabe que, en las condiciones adecuadas, incluso la cantidad más pequeña puede dar vida. No apuesta por el terreno, confía en la semilla. Ese es el llamado a todos los creyentes, y especialmente a los llamados al ministerio: sembrar ampliamente, sembrar con valentía y confiar en el Dios que da el crecimiento (1 Corintios 3:6).

El Papel Del Corazón

En el centro de esta parábola está la verdad de que cada corazón humano responde de manera diferente a la Palabra de Dios. Jesús podría haber contado una historia sobre diferentes tipos de semillas, pero no lo hizo. Contó una historia sobre la tierra, porque la tierra determina lo que sucede.

El corazón es el suelo. Y la condición de tu corazón determinará lo que sucederá con la semilla de la Palabra de Dios en tu vida. ¿Es duro? ¿Superficial? ¿Abarrotado? ¿O está listo?

He visto a personas que acuden a la iglesia cada semana durante años, pero la Palabra nunca llega a echar raíces. No porque la enseñanza no sea sólida. No porque el

Espíritu no se mueva. Sino porque sus corazones están cerrados, distraídos o solo medio rendidos.

Jesús dijo en Mateo 13:15: «Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible». Ese es el peligro. Cuando dejamos de escuchar con hambre. Cuando dejamos que el dolor o el hábito nos endurezcan.

Pero la otra cara de la moneda es esta: un corazón tierno y abierto siempre dará fruto. Incluso si ha estado seco durante un tiempo. Incluso si ha sido pisoteado. Dios puede romper la tierra en barbecho (Oseas 10:12). Él puede hacer algo nuevo.

El Sembrador Paciente

La agricultura me ha enseñado una cosa una y otra vez: no se cosecha el mismo día que se siembra. Se planta en una temporada y se cosecha en otra. Siempre hay un intervalo. Un período de espera. Y durante ese tiempo, no hay que entrar en pánico, hay que confiar.

Ese es el ritmo del reino. Santiago 5:7-8 dice: «Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia... Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.».

Vivimos en un mundo instantáneo, pero servimos a un Dios que obra en estaciones. Hay momentos en los que predicarás con todo tu corazón y no verás ningún cambio visible. Hay años en los que te dedicarás a alguien y te preguntarás si está sirviendo de algo. Pero no te rindas. No dejes de sembrar.

Gálatas 6:9 nos recuerda: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos».

El sembrador no se rinde. No se echa atrás cuando el terreno parece difícil. Sigue apareciendo. Sigue creyendo. Sigue orando. Porque sabe que la semilla es poderosa y que la cosecha está por llegar.

El Llamado De Jesús A Escuchar

Jesús termina la parábola con esta frase: «El que tiene oídos para oír, que oiga». Es más que una reflexión final. Es un desafío.

La Palabra se está difundiendo. La semilla se está esparciendo. La pregunta es: ¿estamos escuchando?

Escuchar las Escrituras nunca es algo pasivo. Significa inclinarse hacia adelante. Prestar atención. Dejar que la Palabra traspase las distracciones y las defensas. Significa hacer algo con lo que has escuchado.

Jesús sabía que muchos escucharían la parábola y no entenderían su significado. Pero también sabía que algunos lo entenderían. Algunos se inclinarían hacia adelante. Algunos se convertirían en buena tierra.

Eso es lo que Él busca hoy: no personas perfectas, sino personas que escuchen. Personas hambrientas. Corazones que digan: «Señor, habla, y yo obedeceré».

Se Buscan Sembradores

Al reflexionar sobre esta parábola en su conjunto, no puedo evitar pensar en Mateo 9:36-38, donde Jesús miró a las multitudes y tuvo compasión de ellas. Dijo: «La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies». Eso no era solo un versículo, era una petición de oración de la boca del mismo Jesús. Siempre comparto con nuestros estudiantes de CBI: «¿Quién puede responder a la oración de Jesús? ¡Nosotros podemos! Digamos: “¡Sí, Señor!”».

La semilla está lista. La cosecha está esperando. Pero lo que se necesita son más sembradores. Más personas dispuestas a salir al campo, ya sea un púlpito, un lugar de trabajo, un salón de clases o una familia quebrantada, y esparcir la Palabra de Dios con amor y valentía.

Y si estás pensando: «No estoy calificado», déjame decirte esto: yo tampoco lo estaba. No era un erudito. No era un orador. Solo era un granjero con una Biblia y un llamado. Pero Dios no necesita perfección, necesita obediencia. Si estás dispuesto a ir, Él te usará.

Pienso en Juan 4:35, donde Jesús dice: «Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega». La oportunidad es ahora. No algún día. No cuando te sientas preparado. Ahora mismo. Hay personas en tu vida cuyos corazones están preparados, aunque tú aún no lo sepas.

El Salmo 126:5-6 dice: «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; Mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas». Sembrar no siempre es fácil. A menudo se hace entre lágrimas, con oración, con perseverancia. Pero Dios promete una cosecha para los que no se rinden.

Y no olvides Lucas 9:62: «Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios». Son palabras fuertes, pero también liberadoras. Una vez que nos comprometemos con el llamado, no estamos llamados a cuestionarlo. Estamos llamados a avanzar con fe. Siempre digo: «Solo hay una dirección en el Reino de Dios: ¡adelante!».

Si estás cansado, Gálatas 6:7-10 es para ti: «No te engañes, Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará... No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos». La promesa es segura. La cosecha está llegando.

Así que vamos. Sembremos. Dejemos de medir la tierra y comencemos a esparcir la semilla. Parte de ella caerá en terreno duro. Parte de ella será ahogada. Pero parte de ella cambiará vidas, familias, iglesias e incluso naciones.

Porque la Palabra de Dios es así de poderosa. Y este mundo está así de preparado.

A medida que avancemos en los próximos capítulos, veremos cada tipo de tierra en detalle. Pero no olviden esto: la parábola comienza con un sembrador que no se contuvo.

Nosotros tampoco debemos hacerlo.

CAPÍTULO 3:

EL CAMINO: CUANDO LA PALABRA ES ARREBATADA

Corazones Endurecidos Por La Vida Y Las Mentiras

Introducción Al Camino Difícil

Todo agricultor sabe que no todas las partes del campo están listas para sembrar. Algunas zonas están tan desgastadas, tan pisoteadas por el tránsito de personas o animales, que nada tiene posibilidades de crecer. Eso es lo que Jesús quería decir cuando habló de la semilla que cae en el camino.

En aquellos tiempos, los campos no estaban cercados como los vemos hoy en día. La gente solía caminar por ellos, creando caminos estrechos y endurecidos que atravesaban el suelo. Cuanto más se pisaban, más duro se volvía el terreno. Y, con el tiempo, el suelo se compactaba tanto que, aunque la semilla cayera allí, no podía penetrar. Simplemente se quedaba en la superficie hasta que un pájaro se abalanzaba sobre ella y se la llevaba.

Jesús explica en Mateo 13:19 que esta es la persona que oye la Palabra, pero no la entiende. «Viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón».

Aquí es donde comenzamos. Con un corazón tan duro que la Palabra de Dios ni siquiera tiene la oportunidad de asentarse. Un corazón tan insensible que la verdad rebota como la lluvia sobre el cemento.

Ahora bien, aquí está la cuestión: nadie nace con un corazón duro. Es algo que ocurre con el tiempo. Al igual que un camino de tierra no aparece de la noche a la mañana, un corazón endurecido se forma poco a poco. Paso a paso. Decepción tras decepción. Herida tras herida. Hábito tras hábito. Hasta que un día, no solo se resiste a la verdad, sino que se cierra a ella.

He conocido a personas así. Probablemente tú también. Han escuchado cientos de sermones. Han estado sentados en el mismo banco durante años. Pero la Palabra nunca llega a ellos. ¿Por qué? Porque han sido pisoteados. Por la vida. Por las personas. Por la religión. Y con el tiempo, el dolor ha endurecido su corazón.

A veces es el orgullo lo que endurece el corazón. Otras veces es el dolor. A veces es la decepción con Dios, las oraciones que parecen no haber sido respondidas. Otras veces es la amargura, las ofensas que nunca se han perdonado. Y luego está la apatía, ese lento endurecimiento que se produce cuando escuchamos la Palabra tan a menudo que dejamos de escucharla por completo.

Si ese es tu caso, o si estás sembrando en alguien así, no pierdas la esperanza. Esta parábola no termina aquí. El sembrador sigue sembrando. Y Dios sabe cómo ablandar incluso la tierra más dura.

A veces ni siquiera nos damos cuenta de que está sucediendo. El terreno se endurece silenciosamente, poco a poco. Una decepción aquí, una oración sin respuesta allá. Añádele a eso algunas traiciones, tal vez incluso por parte de personas de la iglesia, y empiezas a construir un caparazón. No de una sola vez, sino poco a poco. Se forma un callo espiritual sobre el alma.

Por eso las Escrituras nos advierten: «Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Hebreos 3:15). La implicación es clara: es una elección. No siempre es fácil, pero no deja de ser una elección. Podemos abrir nuestros corazones a la voz de Dios o cerrarlos por miedo, dolor u orgullo.

Y aunque las personas pueden endurecer sus propios corazones, a veces son otros los que lo hacen. Padres que fallaron. Iglesias que hirieron. Líderes que abusaron de su autoridad. Cada huella deja una marca. Y si no dejamos que Jesús cure esas heridas, se convertirán en muros.

Pero aquí está la buena noticia: Jesús no teme a los lugares difíciles. No se salta el camino. Lo recorre con paciencia y amor. Se dirige a la tierra que otros han pisado y dice: «Incluso aquí puedo traer vida».

No descartes a nadie. Ni siquiera a ti mismo. Porque la gracia de Dios puede hacer lo que ningún arado podría hacer jamás. Puede romper los lugares más duros y volverlos tiernos de nuevo.

Cómo Se Endurecen Los Corazones

Cuando Jesús habló de la semilla que cae en el camino, dijo que el enemigo se la arrebatava antes de que pudiera echar raíces (Mateo 13:19). Esa es una realidad aleccionadora. La Palabra no falla. La semilla no es débil. Pero el corazón, cuando se endurece, se vuelve vulnerable al robo espiritual. Y el enemigo siempre está cerca, listo para abalanzarse como las aves de la historia.

¿Cómo ocurre esto?

Antes de poder sembrar en la granja de Kansas, solíamos dejar que las vacas pastaran en los campos en descanso durante el verano para que se comieran las malas hierbas. Era una forma natural de limpiar la tierra, pero tenía un inconveniente. Las vacas son animales de costumbres. Caminan por las mismas rutas todos los días, creando senderos estrechos, lo que llamábamos «caminos de vacas», que con el tiempo se convirtieron en una especie de sistema de autopistas que atravesaba el campo. Con el tiempo, esos caminos se compactaron y endurecieron tanto que, a la hora de arar, era casi imposible atravesarlos. El resto de la tierra cede, pero esos senderos estrechos y muy transitados se resisten. Con el tiempo, esos caminos se compactaban y endurecían tanto que, cuando llegaba el momento de arar, era casi imposible atravesarlos. El resto del suelo cedía, pero esos senderos estrechos y muy transitados resistían la pala. Es una imagen muy vívida del corazón humano. Hay áreas que se endurecen, no de la noche a la mañana, sino a lo largo de años de rutina, repetición y resistencia al cambio. Y a menos que el arado de la Palabra de Dios cave profundamente, la semilla nunca echará raíces en esos lugares.

¿Cómo llegan los corazones a ese estado?

Una de las primeras formas es a través de la negligencia. Al igual que la tierra que nunca se cultiva se vuelve seca y dura, lo mismo ocurre con el corazón humano. Cuando dejamos de comunicarnos con Dios, cuando la oración se vuelve infrecuente y la Biblia permanece cerrada, el corazón comienza a perder su ternura. Nos volvemos espiritualmente insensibles. Inconscientes. Indiferentes. No necesariamente hostiles, solo indiferentes. Y la indiferencia es una de las herramientas favoritas del enemigo. Él no necesita que odies a Dios; solo quiere que dejes de interesarte.

Otra forma en que los corazones se endurecen es a través del pecado repetido. El pecado que nunca se confiesa, que nunca se aborda, crea capas sobre la conciencia. Cada convicción ignorada hace que el corazón se vuelva un poco más insensible. Pablo escribe en 1 Timoteo 4:2 acerca de las personas que han «marcado su conciencia como con un hierro candente». Es un lenguaje gráfico, pero preciso. Cuando persistimos en el pecado sin arrepentirnos, perdemos la sensibilidad al Espíritu Santo. Y una vez que esa sensibilidad desaparece, la semilla de la Palabra de Dios no penetra.

Luego está la amargura. La amargura puede ser la forma más rápida de endurecer el corazón. Una ofensa que se guarda durante demasiado tiempo se convierte en un filtro a través del cual se distorsiona toda la verdad. Empiezas a escuchar todo como un ataque. Te cierras. He visto esto en tiempo real: personas a las que he amado y servido, que antes eran tiernas con el Señor, pero que después de una dolorosa división en la iglesia o una traición personal, cerraron sus oídos. Su corazón se cerró de golpe.

La tragedia es que estas son a menudo las personas que más necesitan la Palabra. Son a quienes apunta el Sembrador. Pero el terreno está demasiado compactado. Las heridas están demasiado frescas. O tal vez son viejas, pero nunca sanaron.

Y entonces, como dijo Jesús, «viene el maligno». Esto no es solo lenguaje poético. Es real. Hay una batalla espiritual que tiene lugar alrededor de la Palabra de Dios cada vez que se siembra. Satanás odia la Palabra porque sabe lo que puede hacer. Sabe que puede romper cadenas, edificar la fe y dar vida a los muertos. Por eso actúa rápido. Distrae. Engaña. Desvía la atención de las personas de mil maneras sutiles. Un teléfono que suena. Una duda persistente. Un mal recuerdo. No le importa lo que cueste, solo que la semilla nunca eche raíces.

2 Corintios 4:4 dice: *«el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio»*. Esa es la estrategia. Mantener a la gente ciega. Mantener el suelo duro. Arrebatar la semilla antes de que se hunda.

Pero no se trata solo de los incrédulos. Esto nos puede pasar a cualquiera de nosotros. Si no tenemos cuidado, incluso los creyentes de toda la vida pueden desarrollar puntos duros. Lugares en nuestras vidas en los que hemos dicho: «Dios, puedes

tenerlo todo, excepto eso». Y en esos lugares, la semilla se queda en la superficie. Sin ser recibida. Sin cambiar.

La única respuesta es rendirse. Rendirse total y sinceramente. El Salmo 139:23-24 dice: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón... ve si hay en mí alguna ofensa». Ese tipo de oración mantiene el suelo blando. Abre espacio para que la semilla penetre profundamente.

Entonces, ¿cómo se endurecen los corazones? Lentamente. Sutilmente. Pero no de manera irreversible. El mismo Dios que creó el corazón puede renovarlo. El mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos puede labrar el suelo de tu alma. Si has notado áreas de tu vida en las que la Palabra simplemente no penetra, pídele que rompa el suelo. Invítalo a sacar las piedras y ablandar lo que se ha endurecido. Y si estás sembrando en el corazón endurecido de otra persona, no te detengas. Sigue amando. Sigue hablando. Sigue orando.

El sembrador nunca se rindió. Y nosotros tampoco debemos hacerlo.

El Enemigo En Acción

Jesús no anda con rodeos cuando habla de lo que le sucede a la semilla en el camino. Dice: «Viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón.» (Mateo 13:19). No es solo un resultado desafortunado. Es un acto hostil. Hay un enemigo involucrado, y es agresivo.

Como pastor y agricultor, he llegado a reconocer patrones espirituales al igual que he aprendido a leer los patrones climáticos. Casi se puede sentir: esos momentos en los que la Palabra se manifiesta con fuerza y, de repente, hay distracción, división o confusión. No es una coincidencia. Es una guerra.

Satanás sabe lo que la Palabra de Dios puede hacer. Recuerda lo que sucedió cuando Jesús citó las Escrituras en el desierto: cómo cada ataque que lanzó fue contrarrestado con «Está escrito». Sabe que la Palabra es viva y eficaz (Hebreos 4:12), más cortante que cualquier espada de dos filos. Por eso hace todo lo posible para evitar que eche raíces.

Su táctica en el camino es simple: no dejar que la semilla se asiente. Atraparla antes de que se hunda. A veces utiliza distracciones: el zumbido de un teléfono, el llanto

de un bebé, una mente inquieta. Otras veces utiliza la duda: «Eso no se aplica a ti» o «Ya has oído esto antes». Y a veces utiliza el orgullo: «Ya sabes esto. No lo necesitas».

Satanás no tiene trucos nuevos, solo viejos que aún funcionan. En Génesis, tergiversó las palabras de Dios a Eva: «¿Es verdad que Dios ha dicho...?» (Génesis 3:1). Ha estado haciendo lo mismo desde entonces. Sembrando dudas. Diluir la verdad. Desviando la fe.

Pero no estamos indefensos. Las Escrituras nos dicen que estemos alerta, porque nuestro adversario, el diablo, «anda como león rugiente, buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8). ¿Y cómo luchamos? Con la misma Palabra que él intenta robar.

Una de las mayores tragedias que he presenciado es cuando la gente descarta por completo la idea de la guerra espiritual. Piensan que es para los supersticiosos o los excesivamente espirituales. Pero si no entiendes que estás en una batalla, nunca aprenderás a luchar. Y no te equivoques: la batalla a menudo se centra en si la Palabra echa raíces o no.

Por eso es importante la oración. Por eso preparamos nuestros corazones antes de abrir la Biblia. Por eso los pastores se esfuerzan en sus mensajes, no solo para sonar elocuentes, sino para abrir camino en lo espiritual. Porque el enemigo está trabajando para robar la semilla, y nosotros debemos trabajar con la misma intención para plantarla.

Santiago 4:7 nos da una estrategia clara: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros». No se puede resistir lo que no se conoce. No se puede proteger el corazón si no se sabe que está siendo atacado. Pero cuando lo hacemos, cuando reconocemos las tácticas, cuando nos aferramos a las promesas, cuando oramos con fe, hacemos retroceder las tinieblas.

Cada vez que abres tu Biblia con un corazón humilde, estás sembrando. Cada vez que compartes la Palabra con otra persona, estás esparciendo la semilla. Y cada vez que oras contra la distracción, la confusión y el desánimo, estás protegiendo la semilla de los pájaros.

No seas ingenuo. El enemigo está trabajando. Pero tampoco tengas miedo. Mayor es el que está en ti que el que está en el mundo (1 Juan 4:4). No estás sembrando

solo. El Espíritu Santo está contigo, y su poder es más que suficiente para vencer las artimañas del diablo.

Así que la próxima vez que escuches la Palabra, ya sea en un sermón, en tu tiempo de silencio o en una conversación, tómate un momento para orar: «Señor, no dejes que el enemigo robe esto. Plántalo profundamente». Y cuando siembres en la vida de otra persona, ora lo mismo.

Porque el enemigo puede intentar arrebatar la semilla, pero el Sembrador no ha terminado. Y nosotros tampoco.

El Peligro De La Familiaridad

Una de las fuentes más sorprendentes del endurecimiento del corazón no es la rebelión, sino la rutina. No siempre son los ateos o los pródigos los que impiden que la Palabra cale hondo, sino que también pueden serlo los fieles que acuden a la iglesia desde hace mucho tiempo, los asistentes fieles o los líderes ministeriales. Personas que han escuchado enseñar la Biblia durante años, que pueden citar versículos, que conocen las historias, pero que en algún momento dejaron de escuchar.

La familiaridad tiene un poder sutil. Cuando has escuchado la verdad tantas veces, comienza a perder su impacto. Puedes escuchar el evangelio y pensar: «Eso ya lo sé». Se lee un pasaje y mentalmente te desconectas porque lo has escuchado cientos de veces antes. Y sin darte cuenta, el suelo de tu corazón se compacta, no por el pecado o el sufrimiento, sino por la repetición sin reflexión.

Lo he visto de cerca. Algunas de las personas más difíciles de alcanzar no son las que están fuera de la iglesia, sino las que se sientan en ella cada semana con los brazos cruzados y el corazón cerrado. Han sido inmunizadas con la religión justa para resistirse a la transformación. Oyen, pero no escuchan. Observan, pero no ven. Tal y como Jesús describió en Mateo 13:13-15.

Es el espíritu fariseo. Cerca de la verdad, pero cerrado a ella. Rodeados de la Palabra de Dios, pero sin dejarse moldear por ella. Jesús dijo que honraban a Dios con los labios, pero que sus corazones estaban lejos de Él (Mateo 15:8). Y eso puede ser lo que nos pase a nosotros, si no tenemos cuidado.

La familiaridad genera presunción. Comenzamos a suponer que ya sabemos lo que Dios quiere decir, por lo que dejamos de escuchar. Suponemos que tenemos razón, por lo que dejamos de arrepentirnos. Suponemos que hemos llegado, por lo que dejamos de crecer. Y en esa postura, la semilla nunca tiene oportunidad.

Uno de los versículos más tristes de los evangelios es cuando Jesús se maravilla de la incredulidad de la gente en su propia ciudad natal. «*No pudo hacer allí ningún milagro... y estaba asombrado de la incredulidad de ellos*» (Marcos 6:5-6). Estaban demasiado familiarizados. Demasiado despreocupados. Demasiado convencidos de que ya sabían quién era Él.

Entonces, ¿qué hacemos? Volvemos a maravillarnos. Aprendemos a acercarnos a la Palabra como si fuera la primera vez, cada vez. Le pedimos al Espíritu Santo que la renueve. Que rompa la corteza de la sobreexposición. Que nos recuerde que este Libro está vivo, no es estático. Que cada versículo sigue respirando.

También nos mantenemos dispuestos a aprender. Esa es la postura de la buena tierra. No solo saber, sino recibir. No solo leer, sino responder. Cuando volvemos a estar dispuestos a aprender, nos convertimos en tierra fértil.

Y nos mantenemos humildes. Porque el orgullo es el fertilizante de la familiaridad. Pero la humildad rompe la superficie. Crea espacio para un nuevo crecimiento.

Así que si te has encontrado a ti mismo hojeando las Escrituras, desconectando en los sermones o marcando mentalmente casillas durante las devociones, puede que no sea rebeldía. Puede que solo sea familiaridad. Pero incluso ese terreno puede ser labrado. Incluso ese suelo puede ser ablandado.

Dios no ha terminado de hablar. Y si se lo pedimos, nos ayudará a escucharlo de nuevo.

Rompiendo El Terreno

Entonces, ¿qué haces cuando la tierra está dura? En la agricultura, no la ignoras. No plantas alrededor de ella. Entrás con herramientas que fueron hechas para una sola cosa: romper. El arado, la grada, el cultivador... todos son instrumentos de ruptura, diseñados para romper la corteza y remover la tierra para que pueda respirar de nuevo.

Dios utiliza un conjunto diferente de herramientas, pero el objetivo es el mismo. Rompe lo que se ha compactado. Da vuelta lo que está enterrado en lo profundo. Y hace espacio para que la semilla de Su Palabra finalmente se hunda.

Esa ruptura a menudo no se siente bien. Se presenta en forma de convicción. O de crisis. A veces es una conversación dolorosa. A veces es una temporada en la que todo se calma y te quedas solo con tus pensamientos y tu Dios. A veces es una pérdida. A veces es amor. Pero siempre es Dios llegando a los lugares difíciles, no para castigarte, sino para prepararte.

Oseas 10:12 dice: «Haced para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia». Ese versículo no es solo poético, es profético. Hay una llamada en él: haz el trabajo. Abre tu corazón. Deja entrar al Señor.

A menudo esperamos que Dios nos arrasara con algún tipo de experiencia fulminante, pero la mayoría de las veces nos invita a cooperar. A admitir que nos hemos endurecido. A pedirle que nos ablande de nuevo. Ese tipo de honestidad puede hacer más en un momento que años de religión obstinada.

Y aquí está lo hermoso: Él responde. El Salmo 51:17 dice: «Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». Dios nunca se aleja de la tierra quebrantada. De hecho, a menudo es el mejor lugar para empezar.

He visto a personas pasar del escepticismo con los brazos cruzados a la rendición llena de lágrimas, no porque alguien les haya convencido de creer, sino porque el Espíritu Santo se abrió paso. He visto cómo años de resistencia se derretían en un solo encuentro. Eso es lo que Dios puede hacer.

A veces, la tierra se abre paso a través de la adoración. A veces, a través de la Palabra. A veces, a través del dolor. Pero siempre es por gracia. Porque el mero acto de abrirse paso es un acto de misericordia.

Si sientes que tu corazón se ha endurecido, tal vez no todo, tal vez solo una parte, no esperes más. Invita a Dios a entrar. Pídele que lo cambie. Di como

David: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Salmo 51:10). Él lo hará. Siempre lo hace.

Y si estás orando por otra persona, sigue orando. Sigue amando. No trates de forzar la semilla, solo sigue sembrando y confía en que el Espíritu labrará la tierra a su debido tiempo.

Incluso el camino puede convertirse en un jardín. Solo se necesita el toque de la mano del Sembrador.

Qué Significa Esto Para Nosotros

Entonces, ¿qué hacemos con todo esto? ¿Cómo respondemos a la realidad del camino: la dureza, la oposición, la familiaridad y la batalla espiritual? Comenzamos siendo honestos. Honestos acerca de la condición de nuestros propios corazones. Honestos acerca de las personas a las que estamos llamados a amar y servir.

Algunos de nosotros somos la tierra. Otros somos los sembradores. La mayoría somos ambas cosas. Y sea cual sea tu situación, esta parábola te invita a tomar en serio la Palabra de Dios. A reconocerla como semilla: viva, potente, pero necesitada de tierra.

En la granja de Kansas, cuando conducía el tractor, a menudo me encontraba con caminos endurecidos. Ponía el tractor en la marcha más baja y bajaba el arado a su posición más profunda. El tractor resoplaba y daba sacudidas al romper el suelo duro, arrancándolo en enormes terrones.

Eso es exactamente lo que debe suceder en nuestras vidas. Debemos dejar que el arado de Dios rompa la dureza de nuestros corazones. Pero entonces, después de unas hermosas y refrescantes lluvias primaverales, la siguiente vez que se trabajó la tierra, cedió más fácilmente. Cuando llegó el otoño, ese mismo campo se había convertido en un suelo rico y fértil.

Olía dulce y limpio, y estaba listo para recibir la buena semilla.

Si tu corazón ha estado duro, comienza con humildad. No finjas. No lo pospongas. Pídele al Señor que te ablande. Si tus oraciones se han enfriado, ora de todos modos. Si tu Biblia te parece árida, ábrela de todos modos. Preséntate. Deja que Dios te encuentre. Él puede hacer más con un momento sincero que lo que tú puedes lograr en un año de esfuerzo.

Y si estás en una temporada de sembrar —en un hijo que no responde, un cónyuge que no cree, un ministerio que parece estéril— no te detengas. Recuerda, incluso los discípulos tuvieron dificultades para entender esta parábola. Tuvieron que pedirle a Jesús en privado que se la explicara (Mateo 13:10). Eso nos dice que está bien luchar. Está bien tener preguntas. Pero no dejes que las preguntas te lleven al desánimo. Permite que te lleven a escuchar más profundamente.

Este capítulo no es solo un diagnóstico, es una invitación. Una invitación a revisar tu tierra. A comenzar a labrarla de nuevo. A dejar de asumir que la Palabra siempre rebotará y comenzar a esperar que pueda penetrar.

Si te has desanimado, no estás solo. Si has sentido ganas de rendirte, no eres un fracasado. Simplemente estás en una batalla real. Pero no la estás librando solo. El Sembrador sigue sembrando. El Espíritu sigue obrando. Y tu campo, sí, incluso los lugares endurecidos, todavía tiene futuro.

La cosecha llegará. Quizás no mañana. Quizás no la próxima semana. Pero llegará. Jesús lo prometió. Y sus promesas nunca vuelven vacías (Isaías 55:11).

¿Qué significa esto para nosotros? Significa que no nos rendimos. No nos desesperamos. No juzgamos por lo que vemos. Caminamos por fe, no por vista. Seguimos sembrando.

Porque la Palabra es buena. El Sembrador está cerca. Y el suelo, sí, incluso el camino, todavía puede cambiar.

Ánimo Para Seguir Sembrando

Es fácil desanimarse cuando se siembra en tierra dura. Cuando se ora, se predica, se cría a los hijos y se pone todo el corazón en ello, y parece que no pasa nada. Es especialmente difícil cuando se hace todo lo que se sabe hacer, pero no hay frutos. No hay avances. No hay cambios visibles.

Pero recuerde esto: los frutos no aparecen de la noche a la mañana. Así no funciona la agricultura. Y tampoco es así como funciona el reino de Dios. Si has estado sembrando en tus hijos, no te detengas. Puede que ahora pongan los ojos en blanco, pero las semillas se están plantando. Si has estado dirigiendo fielmente un grupo

pequeño y sientes que nadie está creciendo, sigue asistiendo. Si has estado amando a un cónyuge que está lejos de Dios, sigue amando. Sigue orando. Dios lo ve todo.

A veces el problema no es que no haya crecimiento, sino que lo estamos buscando en la estación equivocada. Hay un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar. Eclesiastés 3 lo deja claro. La temporada de espera no es en vano. Es cuando la semilla hace su trabajo invisible bajo la superficie.

Como agricultor, he caminado por campos que parecían muertos durante meses. Secos. Vacíos. Pero bajo la tierra, algo estaba sucediendo. Se estaban formando raíces. La vida se preparaba para brotar. Y cuando finalmente lo hizo, llegó de golpe.

Eso es lo que también puede suceder en la vida espiritual. Las temporadas de silencio suelen preceder a avances repentinos.

No dejes que lo que ves te haga olvidar lo que Dios dijo. Si Él te llamó a sembrar, entonces siembra con fe. Algunas de las cosechas más abundantes llegan después del trabajo más duro. Las lágrimas que has derramado, las oraciones que has susurrado, los sermones que has predicado y que parecían no tener efecto... nada de eso se olvida. Dios lo tiene todo en cuenta.

Y recuerda, no todas las cosechas se producen durante tu vida. Hebreos 11 está lleno de personas que sembraron fielmente sin ver la promesa completa. Pero sembraron de todos modos. ¿Por qué? Porque confiaban más en el Sembrador que en la tierra.

Esa es nuestra tarea. Seguir confiando. Seguir esparciendo la semilla. Creer que, aunque la tierra parezca dura ahora, no siempre lo será. Aunque alguien rechace la Palabra hoy, esa misma Palabra podría echar raíces mañana. Simplemente no sabemos cuán cerca está alguien de dar el paso decisivo.

Así que dejemos que este capítulo no sea solo un diagnóstico de corazones duros, sino un llamado a sembrar fielmente. Sigue apareciendo. Sigue abriendo tu Biblia. Sigue compartiendo el evangelio. Sigue orando con perseverancia.

Dios está obrando. Incluso cuando no lo ves. Y un día, llegará la cosecha. No porque tú fuiste fuerte, sino porque Él es fiel.

Reflexiones Finales Sobre El Camino

Quizás hayas leído este capítulo y te hayas dado cuenta de que tú eres el camino. No lo planeaste. No lo querías. Pero en algún momento, la vida se volvió pesada. El dolor añadió capas. La religión sin relación llenó el terreno bajo tus pies. Y ahora, cuando escuchas la Palabra, no te cala hondo. Quieres que lo haga. Pero no es así.

¿Puedo decirte algo? Eso no te descalifica. Solo significa que tú eres a quien se dirige esta parábola. Jesús contó esta historia no para condenar a las personas de corazón duro, sino para mostrarles que incluso el suelo duro puede cambiar. Que incluso los lugares pisoteados pueden volver a ser tiernos.

Si ese es tu caso, no te escondas. No finjas. Solo di: «Señor, rompe la tierra en barbecho». Él lo hará. Es su especialidad. No le intimidan tus preguntas, tu cansancio o tus muros. De hecho, esos son precisamente los lugares en los que le encanta encontrarnos.

Y tal vez tú no seas el camino, pero alguien a quien amas sí lo es. Un amigo. Un hijo. Un cónyuge. Un padre. Y has estado sembrando fielmente sin obtener ningún resultado visible. No te rindas. Dios está trabajando bajo la superficie. Lo que ahora parece imposible podría convertirse más adelante en una historia de transformación. Sigue esparciendo la semilla. Sigue hablando de la vida. Sigue mostrando amor. Nunca se sabe qué día será el día en que la tierra ceda.

La parábola del sembrador no es una historia de frustración, es una historia de esperanza. La historia de un sembrador que sigue caminando, sigue sembrando y sigue creyendo que algunas de las semillas encontrarán buena tierra.

Permite que este capítulo despierte algo en ti. Un deseo de recibir de nuevo. La determinación de seguir sembrando. Una fe que cree en el poder de la Palabra incluso cuando el terreno parece difícil.

La tierra dura no asusta a Jesús. Lo invita. Y cuando Él entra en el campo, nada permanece igual.

Así que aquí está la invitación: déjalo entrar. Deja que la Palabra penetre profundamente. Deja que el sembrador haga su trabajo.

Porque incluso el camino puede producir una cosecha.

CAPÍTULO 4:

EL SUELO ROCOSO: RAÍCES SUPERFICIALES EN UN MUNDO HOSTIL

Cuando la fe surge rápidamente pero se marchita bajo presión

Un Comienzo Rápido Sin Profundidad

Hay algo emocionante en una semilla que brota rápidamente. En la agricultura, ese verdor temprano puede ser alentador, ya que te hace pensar que la cosecha será abundante. Pero si conoces la tierra, sabes que no debes celebrar demasiado pronto. A veces, las plantas que brotan más rápido son las que mueren primero. No tenían profundidad. No tenían raíces. Solo un rápido estallido de vida seguido de un lento desvanecimiento hasta desaparecer.

Esa es la imagen que Jesús da en el segundo tipo de tierra. En Mateo 13:5-6, dice: «Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra. Brotó rápidamente, porque no tenía profundidad. No tenía raíces. Solo un rápido estallido de vida seguido de un lento desvanecimiento hasta desaparecer».

Esa es la imagen que Jesús da en el segundo tipo de suelo. En Mateo 13:5-6, dice: «Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó». Más adelante, explica que se trata de la persona que oye la palabra y la recibe inmediatamente con alegría, pero como no tiene raíces, solo dura poco tiempo. Cuando llegan los problemas o la persecución, se aleja rápidamente (Mateo 13:20-21).

Qué imagen tan aleccionadora. Alguien escucha el evangelio y se conmueve. Responde. Se muestra entusiasmado. Se lo cuenta a sus amigos. Puede que incluso empiece a servir en el ministerio. Pero entonces la vida se vuelve difícil. Llegan los problemas. Alguien se burla de su fe. O sus expectativas no se cumplen. Y en poco

tiempo, se ha ido. Se acabó la iglesia. Se acabó la oración. La alegría que una vez caracterizó su nueva fe se desvanece como la niebla matinal.

Como pastor, lo he visto más veces de las que puedo contar. Un joven tiene un poderoso encuentro con Dios en un retiro juvenil. Vuelve a casa lleno de entusiasmo. Todos los domingos se sienta en la primera fila. Pero seis meses después, ya no se le ve por ningún lado. O una mujer atraviesa un doloroso divorcio, encuentra esperanza en Cristo y se sumerge en la vida de la iglesia, pero cuando la sanación no llega tan rápido como esperaba, su fe comienza a desvanecerse.

Al principio, es fácil pensar: «¿Qué pasó?». Pero la parábola nos dice lo que pasó. La raíz nunca se hizo profunda. El suelo era poco profundo. Había entusiasmo, pero no perseverancia. Había alegría, pero no profundidad.

No se trata de juzgar a los demás, sino de comprender lo que realmente ocurre bajo la superficie. Porque la respuesta emocional no es lo mismo que la transformación espiritual. Las lágrimas en un servicio religioso no siempre significan raíces en el corazón. Tenemos que celebrar los comienzos, sí, pero también tenemos que cultivar la profundidad.

Y seamos honestos: a veces somos nosotros los que estamos en suelo pedregoso. Quizás no sea todo tu corazón, sino solo una parte. Quizás hay un área en la que te encanta la idea de la Palabra de Dios, pero no la has dejado penetrar profundamente. Quieres cambiar, pero sin costo alguno. Quieres crecer, pero sin desafíos. Y así, el sistema radicular nunca se forma. Entonces, cuando llega la presión, esa parte de tu fe se marchita.

Todos hemos pasado por eso. Por eso es importante este capítulo, no solo para las personas a las que intentamos discipular, sino también para nuestras propias almas. La fe superficial es una fe frágil. Y la fe frágil rara vez sobrevive al calor.

Así que echemos un vistazo honesto a las rocas que hay bajo la superficie. Pidamos al Señor que nos muestre lo que nos impide profundizar. Porque la respuesta no es renunciar a la alegría, sino dejar que esa alegría nos impulse a una mayor entrega. A una mayor obediencia. A un mayor arraigo.

Porque cuando las raíces son profundas, la planta puede soportar cualquier cosa. Y eso es lo que Jesús busca en nosotros: no solo un comienzo rápido, sino frutos duraderos.

Por Qué Las Raíces No Son Profundas

Entonces, ¿qué impide que las raíces profundicen? ¿Qué hay debajo de ese suelo poco profundo, espiritualmente hablando? En la agricultura, el suelo rocoso parece estar bien en la superficie, pero debajo hay una capa de piedra. Las raíces no pueden atravesarla. Empiezan a crecer, pero rápidamente se bloquean. Espiritualmente, ocurre lo mismo. Hay cosas debajo de la superficie de nuestro corazón —heridas, hábitos, patrones, mentiras— que impiden que la Palabra profundice.

A veces se trata de traumas del pasado. Las personas cargan con profundas heridas causadas por el abuso, el rechazo, el abandono o el dolor. Acuden a Cristo y se llenan de alegría al encontrar esperanza, pero a menos que esas heridas se lleven a Jesús y se sanen, permanecen justo debajo de la superficie, frenando el crecimiento espiritual. La alegría dura un momento, pero cuando el dolor resurge, la fe se debilita.

Otras veces, se trata de una mala teología. Un evangelio superficial, que promete bendiciones sin costo, perdón sin arrepentimiento o prosperidad sin perseverancia, crea cristianos superficiales. Si todo lo que has oído es que Jesús solucionará tus problemas y te facilitará la vida, te enfrentarás a una crisis cuando lleguen las dificultades. Un evangelio superficial crea raíces superficiales.

Luego está el orgullo. El orgullo nos convence de que ya lo tenemos todo resuelto. Nos resistimos a una enseñanza más profunda, a una entrega más profunda, a una dependencia más profunda. Nos gusta la idea de que Dios nos ayude, pero no que hurgue en nuestra alma. Y así, como el terreno rocoso, parecemos buenos en la superficie, pero estamos cerrados por dentro.

Una de las mayores tragedias del ministerio moderno es la frecuencia con la que nos conformamos con una respuesta emocional en lugar de una transformación espiritual. Nos alegramos cuando alguien levanta la mano o se acerca al altar, ¡y debemos hacerlo! Es un hermoso comienzo. Pero no podemos detenernos ahí. ¿Qué

sucede después del servicio? ¿Quién camina con ellos? ¿Quién les ayuda a echar raíces? Ese es el verdadero trabajo.

Recuerdo a un joven que vino a Cristo en uno de nuestros servicios. Se emocionó hasta las lágrimas, levantó las manos y oró en voz alta. Pero dos semanas después, dejó de asistir. Cuando me puse en contacto con él, me dijo: «Simplemente no funcionó para mí». Eso me impactó mucho. No porque Dios hubiera fallado, sino porque el suelo no estaba listo para lo que la semilla necesitaba. Tenía alegría, pero no raíces.

El desarrollo de las raíces lleva tiempo. Es un proceso. No ocurre en un solo momento o servicio. Ocurre en comunidad, a través del tiempo constante en la Palabra, a través de la oración, a través de las dificultades. Y sí, a veces a través del silencio, esas temporadas tranquilas en las que Dios parece distante, pero en realidad está haciendo que nuestras raíces se hundan más profundamente.

Colosenses 2:6-7 dice: *«Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe»*. Fíjense en el lenguaje: arraigados, edificados, fortalecidos. Esto es continuo, no instantáneo. No se desarrollan raíces profundas por accidente, se hace a propósito.

Así que si has notado un patrón en tu vida de empezar con fuerza y luego agotarte, tal vez sea hora de preguntarte: ¿qué hay debajo de la superficie? ¿Qué piedras están bloqueando el sistema radicular? ¿Y cómo sería dejar que el Espíritu desenterrara esas cosas?

La buena noticia es esta: Dios es un jardinero fiel. Él no solo siembra, sino que también cuida. No busca una fe llamativa y de rápido crecimiento. Busca profundidad. Está dispuesto a meterse en el desorden de tu suelo y hacer el trabajo de quitar lo que se interpone en el camino.

Déjalo hacerlo. Déjalo ir más allá de la superficie. Porque una vez que se quitan esas rocas, la Palabra finalmente puede crecer en profundidad, y cuando lo haga, nunca volverás a ser el mismo.

La Realidad Del Calor Y Las Dificultades

Una de las características que definen al suelo rocoso es cómo responde al calor. Al principio, todo parece ir bien: hay crecimiento, brotes verdes, signos de vida. Pero luego sale el sol y todo cambia. La planta comienza a marchitarse. No porque la semilla fuera mala, sino porque la raíz era superficial.

Jesús es claro: este es el creyente que recibe la Palabra con alegría, pero no tiene raíces. Cuando llegan las dificultades o la persecución, rápidamente se alejan (Mateo 13:21). Llega el calor y la fe superficial se marchita.

El calor en la parábola representa las dificultades: tribulaciones, presiones, persecuciones. Y esta es la verdad: todo creyente enfrentará el calor. No es opcional. Jesús nunca prometió una vida fácil. De hecho, prometió lo contrario. *«En este mundo tendréis aflicción»*, dijo (Juan 16:33). Pablo le dijo a la iglesia primitiva: *«Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios»* (Hechos 14:22).

Sin embargo, cuando llegan las dificultades, algunos se apartan porque nunca las esperaron. Pensaban que la fe significaría menos problemas, no más. No les enseñaron que las pruebas refinan, que las tormentas son parte del viaje, que las raíces crecen mejor en la oscuridad.

Santiago 1:2-4 nos dice que *«tengamos sumo gozo»* cuando enfrentamos pruebas, porque la prueba de nuestra fe produce perseverancia. Las pruebas no son interrupciones, son invitaciones a profundizar. Primera de Pedro 1:6-7 dice que el dolor y el sufrimiento prueban la autenticidad de nuestra fe, refinándola como el oro.

El calor no es el enemigo. Las raíces superficiales sí lo son. De hecho, el calor es lo que revela lo que hay debajo. Cualquiera puede parecer fuerte cuando la vida es fácil. Pero el sufrimiento pone al descubierto sobre qué estamos contruidos. Cuando llega el diagnóstico. Cuando se pierde el trabajo. Cuando termina la amistad. Cuando parece que las oraciones no son respondidas. Es entonces cuando descubres si tu fe era emocional o estaba anclada.

Me he sentado frente a personas en el hospital, en los tribunales, tras una traición, y he observado dos reacciones diferentes. Una persona maldice a Dios y se aleja. Otra

se aferra con más fuerza, incluso entre lágrimas. La diferencia no era el dolor. Era la raíz.

Como iglesia, debemos dejar de intentar proteger a las personas de las dificultades y, en cambio, prepararlas para ellas. El discipulado no consiste en eliminar el sol, sino en construir un sistema de raíces que pueda soportar el calor.

Y si ahora mismo estás pasando por un momento difícil, no pienses que Dios está ausente. Quizás te esté haciendo crecer de maneras que aún no puedes ver. Jeremías 17:7-8 describe a la persona que confía en el Señor como «un árbol plantado junto al agua... cuando llega el calor, sus hojas siempre están verdes». La diferencia no es la presencia del calor, sino la presencia de las raíces.

Permite que esto te desafíe. ¿Son tus raíces lo suficientemente profundas como para soportar la presión? ¿Estás arraigado en la Palabra? ¿En la oración? ¿En la comunidad? ¿En Cristo? Una vez más, como dice Hechos 20:24: *«Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios»*. El apóstol Pablo enfrentó las cadenas y la tribulación con una fe y una confianza inquebrantables en el Dios vivo.

Y que eso también te consuele a ti. Porque si has tropezado bajo el calor, eso no significa que estés descalificado. Significa que eres humano. Y significa que es hora de profundizar. Deja que la prueba te empuje a la presencia de Dios. Deja que la presión produzca perseverancia.

El sol saldrá. Eso está garantizado. Pero con las raíces adecuadas, permanecerás firme cuando eso ocurra.

Cristianismo Superficial

Uno de los peligros que Jesús señala en esta parábola no es solo lo que ocurre en la tierra, sino lo que falta debajo de ella. El problema de la tierra rocosa no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Y esa es la trampa del cristianismo superficial. Se ve bien. Suena bien. Pero cuando la vida ejerce presión, se agrieta.

En una cultura que celebra la velocidad, la emoción y la facilidad, no es de extrañar que muchas personas se acerquen a la fe como lo hacen a un servicio de suscripción:

mientras les beneficie, se quedan. En el momento en que les exige demasiado (demasiado tiempo, demasiado compromiso, demasiada incomodidad), se retiran. El evangelio se convierte en otra opción de estilo de vida, no en la entrega de la propia vida.

Vivimos en una época en la que el cristianismo se ha empaquetado para mayor comodidad. «Sigue a Jesús y tu vida mejorará». «Cree y todo mejorará». Pero Jesús nunca predicó un evangelio cómodo. Él dijo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Lucas 9:23). Eso no es ligero, no es fácil y, desde luego, no cabe impreso en una taza de café.

El cristianismo superficial puede comenzar con buenas intenciones, pero termina en agotamiento. Sin discipulado, sin profundidad, los altibajos emocionales se convierten en resacas espirituales. Lo vemos en las historias de personas que crecieron en la iglesia, participaron en todos los eventos juveniles, asistieron a todas las conferencias y, sin embargo, se alejaron en la universidad porque su fe no era propia. Era prestada. Heredada. Superficial.

Jesús no estaba interesado en crear multitudes. Él llamaba a discípulos. En Lucas 14:27-30, dice claramente que nadie puede seguirlo sin contar el costo. No oculta el calor, nos prepara para él.

Y, sin embargo, las iglesias de hoy pueden caer en la misma trampa. Creamos entornos para atraer, pero no siempre para echar raíces. Nos centramos más en la asistencia que en la madurez espiritual. Nos conformamos con las decisiones, en lugar de buscar el discipulado. Jesús nos lo muestra en su mensaje a la iglesia de Laodicea en Apocalipsis 3:14-22: la iglesia tibia. Increíblemente, Jesús está fuera, llamando a la puerta, anhelando que lo inviten a entrar.

Pero la vida cristiana nunca fue pensada para ser vivida en la superficie. El fruto se encuentra en lo profundo: en la constancia, en la perseverancia, en la vida oculta con Dios que nos sostiene cuando la vida pública se vuelve difícil.

Entonces, ¿cómo podemos ir más allá de lo superficial? Volviendo a lo básico. Volviendo a las disciplinas de la fe, no como obligaciones, sino como salvavidas. Tiempo diario en la Palabra. Oración sincera y sincera. Compañerismo con otros creyentes que nos impulsan, nos animan y nos corrigen. Nos tomamos en serio la

santificación, dejar que Dios escarbare en nuestros corazones y se ocupe de lo que preferimos ignorar.

No hay atajos para alcanzar la profundidad espiritual. Pero hay gracia para el camino. El mismo Jesús que nos llama a tomar nuestra cruz también nos da fuerzas para llevarla. No nos abandona al calor, sino que nos acompaña en él.

Así que, si te has dado cuenta de que algunas partes de tu fe han sido superficiales, no te desanimes. Sé honesto. Deja que esa honestidad se convierta en el suelo donde pueda crecer algo real. Porque Dios no busca el rendimiento, sino las raíces. Y está dispuesto a profundizar tanto como tú le permitas.

Desarrollando Raíces Profundas

Si las raíces superficiales no pueden sobrevivir al calor, entonces la solución es obvia: necesitamos raíces profundas. Raíces que se mantengan firmes. Raíces que absorban agua incluso en épocas de sequía. Raíces que permanezcan cuando otras se desprenden. Pero, ¿cómo se cultivan?

La profundidad espiritual no es algo místico ni accidental. Se cultiva. Se forma con el tiempo, la verdad, las pruebas y la confianza. Los creyentes más profundamente arraigados que conozco no son los que han evitado el dolor, sino los que lo han atravesado con Jesús. Han llegado a conocerlo no solo como un concepto, sino como un consolador. No solo como un Salvador, sino como un sustentador.

Entonces, ¿qué se necesita?

En primer lugar, se necesita tiempo para leer la Palabra, sin prisas, sin marcarla como completada, sino arraigada. Colosenses 2:6-7 nos dice que estemos *«arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados»*. Si la Palabra es la semilla, las raíces crecen al permanecer cerca de ella. Permita que las Escrituras vayan más allá de la superficie. Medite en ellas. Ore con ellas. Permita que le corrijan y le guíen.

Tengo un dicho que repetimos a menudo en la iglesia: «Lee tu Biblia y ora todos los días». Mi hijo menor, Isaiah, cuando volvió a entregar su vida al Señor, me dijo: «Papá, te he oído decir eso toda mi vida. Pero quiero decirte que, cuando lo haces, ¡funciona!».

En segundo lugar, se necesita tiempo en la presencia de Dios. Las raíces profundas se forman en lugares tranquilos: de rodillas, con la Biblia abierta y el corazón expuesto. Vivimos en un mundo ruidoso, pero las raíces crecen en silencio. Haz espacio para la soledad, para la adoración, para escuchar.

En tercer lugar, se necesitan pruebas. No tiene por qué gustarte esa verdad, pero no puedes evitarla. Todo sistema radicular se pone a prueba con la adversidad. Cuando llega la tormenta, tu profundidad determina tu resistencia. Pero Dios no desperdicia el dolor. Romanos 5:3-5 dice que el sufrimiento produce perseverancia, carácter y esperanza. Las pruebas no destruyen lo que está arraigado, sino que lo fortalecen.

Cuarto, se necesita una comunidad. Nunca se pretendió que crecieras solo. Dios usa a otros para desafiarnos, agudizarnos y llevarnos. El aislamiento conduce a la superficialidad. La responsabilidad, la vulnerabilidad y la vida compartida conducen a la madurez.

Quiero hablarte de mi maravillosa madre, una mujer piadosa que enfrentó muchas dificultades en la vida. Vivió durante las tormentas de polvo de Kansas y se casó con solo 15 años. A los 21 años ya había dado a luz a cinco hijos, y a los 28 me tuvo a mí.

Aunque su matrimonio fue difícil, llegó a amar profundamente al Señor y se convirtió en una gran bendición en mi vida. Una de las mayores alegrías que compartimos fue viajar juntos por el mundo, a Israel y a muchos otros países. Su fe, su fortaleza y su amor dejaron un legado duradero en mi corazón.

Permíteme contarte sobre una mujer de nuestra iglesia que era callada, fiel y siempre permanecía en segundo plano. Durante años, se sentó en la segunda fila, nunca faltó a un servicio, pero nunca hablaba mucho. Un día, compartió su historia. Había perdido a un hijo. Luchó contra el cáncer. Pasó por el abandono. Pero a pesar de todo, se aferró a Dios. Sin fanfarria. Sin ser el centro de atención. Solo con raíces profundas y fieles. Su vida dio fruto en épocas de sufrimiento porque estaba profundamente arraigada. Durante los 34 años que he servido en Joshua Springs, he visto cómo esta verdad se repite una y otra vez: personas que han enfrentado grandes pruebas y dificultades, y que siguen caminando fielmente con Jesús.

Eso es lo que quiero. Eso es lo que pido en mis oraciones por ustedes. No una fe llamativa. No un entusiasmo momentáneo. Sino una vida que pueda soportar lo peor y seguir adorando.

Si sientes que tus raíces son superficiales, la buena noticia es que no tienes por qué seguir así. Pídele al Espíritu Santo que cultive la profundidad. Empieza hoy mismo. Profundiza. Supera el ruido. Rodéate de personas que aman la Palabra y la viven. Crea ritmos de práctica espiritual que te mantengan cerca de Jesús.

Porque cuando tus raíces son profundas, tu vida se mantiene firme. Pase lo que pase.

Lo Que Esto Significa Para Nosotros

Cada parábola que Jesús contó tenía un propósito: no solo ilustrar la verdad, sino provocar una respuesta. El suelo rocoso no es solo una advertencia, es una invitación a crecer. A mirar nuestras vidas y preguntarnos: ¿Estoy creciendo en profundidad? ¿Estoy construyendo el tipo de fe que puede soportar el calor?

Si te has visto reflejado en este capítulo (en los comienzos rápidos, los altibajos emocionales, las raíces superficiales), no estás solo. Y no estás estancado. El Señor siempre nos invita a profundizar. Siempre nos llama a una fe que se mantiene cuando la vida se vuelve difícil.

La verdad es que todos tenemos momentos difíciles. Lugares en nuestros corazones que se resisten a profundizar. Hábitos, heridas o patrones que dificultan que la Palabra penetre profundamente. Y Jesús no está de pie sobre nosotros condenándonos, sino arrodillado como un agricultor paciente, con las manos en la tierra, listo para sacar las piedras y labrar el suelo.

Para los líderes, pastores y discipuladores, este capítulo es un recordatorio: nuestra tarea no es solo plantar la semilla, sino también cuidar el suelo. No podemos conformarnos con un crecimiento superficial en las personas que Dios nos ha confiado. Debemos llamarlos con amor a profundizar, acompañarlos en las dificultades y darles ejemplo de lo que significa seguir a Jesús cuando los sentimientos se desvanecen.

Para los padres, este capítulo es muy significativo. Nuestros hijos no solo necesitan experiencias emocionantes en la iglesia, sino también una verdad arraigada.

Necesitan vernos aferrados a Jesús en la tranquilidad, en el dolor y en la decepción. Las raíces se aprenden más con el ejemplo que con la enseñanza.

Para todos nosotros, es un llamado a buscar una fe que no pueda ser quemada por el sol. Una fe que permanezca cuando la vida no tenga sentido. Eso es lo que Jesús busca. No un entusiasmo efímero, sino una obediencia duradera.

Si estás en una temporada en la que tu fe se siente débil, no te asustes: siembra. Vuelve a la Palabra. Da prioridad a la quietud con Dios. Reconstruye la comunidad. Permite que el Espíritu haga el trabajo profundo, a veces doloroso, de la transformación. Porque el cristianismo superficial no dura. ¿Pero las vidas profundamente arraigadas? Esas son las que dan fruto durante toda la vida. Que esta sea tu oración: «Señor, quiero profundizar. Cualquier roca que haya que quitar, cualquier raíz que tenga que crecer, hazlo en mí».

Él lo hará. Siempre responde al corazón que quiere más de Él.

Sigue Cultivando

La profundidad espiritual no se alcanza en un día, y desde luego no es fruto de la casualidad. Al igual que un buen agricultor no se marcha después de esparcir la semilla, nosotros tampoco podemos hacerlo. El crecimiento requiere cuidados. Requiere un cultivo constante, atención y paciencia. Y a veces, requiere empezar de nuevo.

Cuando Jesús contó la parábola, no dijo que el sembrador se saltara el terreno rocoso. También esparció semillas allí. Eso dice algo sobre la naturaleza de nuestro Dios. No es derrochador, pero tampoco teme sembrar en lugares que parecen poco prometedores. Eso me da esperanza. Significa que Jesús cree que el suelo puede cambiar. Cree que las rocas pueden ser removidas. Y está dispuesto a seguir trabajando con lo que otros podrían abandonar.

Al crecer en una granja en Kansas, recuerdo vívidamente ir a los lugares rocosos con solo un pico y una pala para quitar las piedras. Día tras día, trabajaba bajo el sol ardiente, desenterrando rocas y arrojándolas a un camión para llevármelas.

Así que seguimos cultivando. Como líderes, eso significa que discipulamos con paciencia. No solo celebramos las conversiones, sino que acompañamos a las

personas hacia la madurez. Damos ejemplo de perseverancia. Enseñamos durante las temporadas de sequía. No nos desanimamos cuando alguien tropieza, sino que le ayudamos a levantarse de nuevo.

Como padres, sembramos la Palabra una y otra vez, incluso cuando nuestros hijos no parecen interesados. Seguimos orando. Seguimos animando. Seguimos desafiando con delicadeza. A veces, la semilla que parece estar inactiva simplemente está echando raíces donde no podemos ver.

Como amigos, no renunciamos a las personas que parecen superficiales o inconsistentes. Recordamos que la transformación es obra del Espíritu, no algo que podamos fabricar. Nuestra tarea es amar bien, decir la verdad y permanecer cerca.

Y como individuos, seguimos cultivando nuestros propios corazones. No asumas que, por haber caminado con Jesús durante un tiempo, tus raíces son tan profundas como pueden serlo. Sigue preguntándote: «¿En qué aspectos necesito crecer?», «¿Qué parte de mi corazón sigue siendo superficial?», «¿Qué ritmos o relaciones necesito construir para profundizar?».

Filipenses 1:6 nos recuerda que «el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». Aún no has terminado. Las raíces de tu fe siguen creciendo. Permítele terminar lo que comenzó.

Y si has fallado en el camino, si sientes que fuiste como tierra pedregosa y te rendiste cuando la vida se volvió difícil, no te desanimes. Puedes regresar. Puedes empezar de nuevo. El arrepentimiento es la primera pala que abre nuevos caminos. Vuelve a la Palabra. Vuelve a comprometerte con el cuerpo de Cristo. Pídele al Señor que cave más profundo que antes.

Porque esto no se trata solo de ti. Se trata de aquellos que te observan. Aquellos a quienes discipularás. Aquellos a quienes tu vida impactará. Las raíces profundas no solo te bendicen a ti, sino que también dan cobijo a otros. Ofrecen estabilidad en un mundo inestable. Dan fruto que otros comerán.

Así que sigue cultivando. No apresures el proceso. Deja que el Sembrador trabaje. Él no se ha alejado de tu campo, y tú tampoco deberías hacerlo.

CAPÍTULO 5:

EL TERRENO ESPINOSO: CUANDO EL CRECIMIENTO SE VE SOFOCADO

Cómo la palabra puede ser desplazada por la preocupación, la riqueza y la mundanidad

Crecimiento Sin Fruto

En la agricultura, pocas cosas son más frustrantes que ver cómo un cultivo comienza a crecer, solo para ver cómo lo invaden los espinos. Tienes buenas semillas, buena tierra, las condiciones adecuadas e incluso ves signos de vida.

Pero no dura mucho. El crecimiento es real, pero el fruto nunca llega. Algo más, algo invasivo, roba la fuerza, la luz y los nutrientes. Y el cultivo se ahoga.

Jesús pinta exactamente este cuadro en el tercer tipo de tierra. Dice en Mateo 13:7: «Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron». Más adelante, en el versículo 22, explica: «La parte que cayó entre espinos se refiere a los que oyen la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y no da fruto».

Esta persona oye la Palabra. La recibe. Comienza a crecer. Pero hay algo más que también crece y compite con ella. Las espinas no atacan a la semilla directamente. Simplemente la ahogan. Le quitan la fuerza. Ocupan su espacio. Y con el tiempo, ganan.

Este es el terreno de la competencia espiritual. No es que se rechace la Palabra, sino que no se le da prioridad. Comparte el corazón con otros amores, otros temores, otras búsquedas. Y en ese espacio dividido, se asfixia.

A diferencia del camino, donde la Palabra nunca echa raíces, o del terreno rocoso, donde brota y muere rápidamente, el terreno espinoso parece productivo durante un

tiempo. Hay crecimiento. Incluso hay apariencia de fruto. Pero debajo, algo no está bien. Y al final, no es la semilla la que falla. Es el entorno que nunca se limpió. He visto esto en el ministerio más veces de las que puedo contar. Personas que aman genuinamente a Jesús, pero que poco a poco se ven envueltas por todo lo demás. No se alejan de la fe, simplemente están demasiado ocupadas para ello. Crean en la Biblia, pero no la leen. Aman la iglesia, pero no le dan prioridad. Siempre están distraídos, siempre abrumados, siempre persiguiendo otra cosa.

Y lo que da miedo es que, desde fuera, todo puede parecer bien. La vida parece plena. La agenda está llena. Sus redes sociales son inspiradoras. Pero el fruto, el verdadero fruto espiritual del amor, el gozo, la paz, la paciencia y el autocontrol, no se encuentra por ninguna parte.

Esta es una advertencia no para los rebeldes, sino para los distraídos. No para los ateos, sino para los que están demasiado atareados. No para los que han rechazado la Palabra, sino para los que la han desplazado.

El peligro del terreno espinoso es que no parece peligroso, hasta que es demasiado tarde. Crecimiento sin fruto. Movimiento sin madurez. Pasión sin perseverancia. Todas son señales de una vida en la que la Palabra está presente, pero no es preeminente.

Pero aquí está la buena noticia: el terreno espinoso se puede limpiar. El Sembrador no lo abandona. Trabaja con él. Identifica lo que está desplazando a la Palabra y nos invita a cultivar las malas hierbas y las espinas de nuestra vida. Eso es lo que exploraremos en el resto de este capítulo.

Porque tu vida no fue creada solo para crecer, sino para dar fruto. Y el fruto solo llega cuando se limpian las espinas. En la granja de Kansas, teníamos unas malas hierbas llamadas «cheat weeds» (hierbas malas), que siempre crecían más rápido que los cultivos que plantábamos. No se podían dejar crecer, porque sus semillas se propagaban rápidamente. La clave era ocuparse de ellas antes de plantar el trigo, para resolver el problema desde el principio.

Es como la cizaña de la Biblia. Una vez que crece junto al trigo, arrancarla también arrancaría el buen cultivo. Por eso son importantes el momento oportuno y el discernimiento, tanto en la agricultura como en la vida espiritual.

Ahogados Por Las Preocupaciones

Cuando Jesús explicó lo que era el terreno espinoso, la primera enredadera que mencionó fue «las preocupaciones de este mundo» (Mateo 13:22). Algunas traducciones lo llaman «las preocupaciones de la vida» o «las ansiedades de la época». Sea cual sea la expresión, el significado es claro: la ansiedad tiene el poder de sofocar la Palabra.

La preocupación está en todas partes. Es la banda sonora de nuestros tiempos. Nos preocupamos por las finanzas, las relaciones, la seguridad, los hijos, la política, la salud, el envejecimiento, el clima, la guerra... La lista es interminable. Y la mayoría de nosotros llevamos estas preocupaciones como pesos invisibles. Nos arrastran hacia abajo, nos quitan la energía, nublan nuestra mente y, si no tenemos cuidado, nos quitan el espacio donde se supone que debe crecer la fe.

A menudo confundimos la preocupación con la responsabilidad. Nos decimos a nosotros mismos: «Solo estoy siendo cauteloso» o «Alguien tiene que pensar en esto». Pero la preocupación no es sabiduría, es miedo disfrazado de madurez. Parece responsable, pero en realidad es falta de fe. Y con el tiempo, se convierte en una mala hierba que crece rápidamente y lo invade todo.

En la agricultura, las espinas y las malas hierbas no necesitan ayuda para crecer. Crecen de forma silvestre y más rápido que lo que tú plantas. Todo lo que necesitan es un poco de descuido. Y lo mismo ocurre con la preocupación. No tienes que cultivarla, surge de forma natural. Si no entregas activamente tus preocupaciones al Señor, se multiplicarán. Si no alimentas tu alma con la verdad, se alimentará de la ansiedad.

Jesús abordó este tema de frente en Mateo 6:25-34. Les dijo a sus seguidores que no se preocuparan por la comida, la ropa o el mañana. «Mirad las aves», dijo. «Su Padre celestial las alimenta. ¿No son ustedes más valiosos que ellas?». No estaba minimizando las necesidades reales, sino elevando nuestra mirada. Nos llamaba a volver a confiar. «Buscad primeramente el reino de Dios», dijo, «y todas estas cosas les serán añadidas».

La preocupación y la Palabra no pueden crecer en el mismo espacio. Una ahogará a la otra. Y Jesús deja claro cuál debemos elegir.

En el ministerio pastoral, he visto a personas con un potencial increíble quedar marginadas por el miedo. Empezaron con fuerza, pero luego la vida se interpuso. La pérdida de un trabajo. Un diagnóstico. Un hijo que se descarrió. En lugar de apoyarse en Dios, se apoyaron en el miedo. Dejaron de orar. La adoración se volvió esporádica. La asistencia a la iglesia se volvió irregular. No porque dejaran de creer, sino porque estaban demasiado agobiados para seguir adelante.

Yo también he pasado por eso. Ha habido épocas en las que la preocupación amenazaba con apoderarse de mí: por mi familia, la iglesia, el futuro. Me desvelaba tratando de resolver problemas que ni siquiera se me habían planteado todavía. Y sentía cómo el peso se apoderaba de mí como una niebla. Pero cada vez, la Palabra era mi salvación. Las Escrituras me recordaban quién es Dios, lo que ha prometido y lo fiel que ha sido.

Filipenses 4:6-7 ofrece una alternativa clara: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias». ¿El resultado? «Y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús».

Así es como se arranca de raíz la espina de la preocupación: sustituyéndola por la oración. Se arranca de raíz al pronunciar la verdad sobre los miedos. Confiesas tu ansiedad a Dios y dejas que Él la lleve.

También debemos tener cuidado con quién escuchamos. Un flujo constante de malas noticias, voces alarmistas, teorías conspirativas y medios de comunicación constantes pueden alimentar nuestra ansiedad más rápido de lo que nos damos cuenta. Aquello en lo que te enfocas crece. Si llenas tu alma con lo que está roto en el mundo, será difícil confiar en Aquel que lo sostiene todo.

La preocupación no tiene por qué ganar. Pero sí hay que abordarla. No es algo que puedas ignorar y esperar que desaparezca. Tienes que sacarla. Todos los días. Con honestidad. Con oración.

Así que pregúntate: ¿Qué es lo que más me preocupa? ¿Qué ha ocupado más espacio mental y emocional que la presencia de Dios? ¿Qué miedos han desplazado a la fe?

Jesús no está condenando tus miedos, te está invitando a entregárselos. A cambiarlos por confianza. A hacer espacio en tu corazón para que la semilla de la Palabra vuelva a crecer.

Porque cuando la preocupación ya no ahoga tu espíritu, el fruto tiene espacio para florecer.

Ahogados Por La Riqueza

Jesús no solo mencionó la preocupación como una amenaza para el crecimiento espiritual, sino también la riqueza. En Mateo 13:22, describe «el engaño de las riquezas» como una espina que ahoga la Palabra. Observe que no dijo que las riquezas en sí mismas sean malas. Dijo que son engañosas. Prometen una cosa, pero dan otra. Nos convencen de que estamos llenos, mientras que poco a poco nos privan de lo que realmente importa.

La riqueza es una fuerza poderosa. No es solo el dinero, sino la comodidad, la seguridad, la identidad y la influencia que a menudo la acompañan. Y en el terreno equivocado, esas cosas pueden empezar a rivalizar con la voz de Dios. Se convierten en salvadores funcionales. Confiamos en ellas. Nos apoyamos en ellas. Las perseguimos. Y al hacerlo, sin saberlo, sofocamos la vida misma de la Palabra en nosotros.

El problema con la riqueza no es lo que es, sino lo que puede hacerle a nuestro corazón. Primera de Timoteo 6:10 dice: «Raíz de todos los males es el amor al dinero». Es un problema de raíz. Y las raíces se extienden. Si no se controla, la búsqueda de más puede desplazar la presencia de Dios. ¿Cuánto dinero se necesita para ser feliz? La respuesta es la misma para todos: «Un poco más de lo que jamás tendrás». En el ministerio, he visto cómo esto se desarrolla sutilmente. Alguien comienza con fuerza, apasionado, devoto, lleno de fe. Pero luego obtiene un ascenso. Sus ingresos aumentan. Su agenda se llena. Adquiere una segunda casa, otra inversión, una agenda más ocupada. Poco a poco, las cosas espirituales pasan a un segundo plano. No porque hayan dejado de creer, sino porque su amor por la comodidad comenzó a superar su hambre de Cristo.

Jesús advirtió sobre esto en Mateo 6:24: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». No es una cuestión de equilibrio, es una cuestión de lealtad. Solo uno puede ser el primero.

Cuando era un joven pastor, tuve dos congregantes en la misma residencia de ancianos que fallecieron el mismo día. Uno era extremadamente rico: era dueño de su propio banco y de vastas extensiones de tierra ricas en petróleo y gas. Su funeral fue grandioso: asistieron muchos dignatarios, había un ataúd de cobre, una bóveda y una lápida grande e impresionante. La otra persona estaba en el polo opuesto.

Fue enterrada en el cementerio de los indigentes, en un ataúd sencillo, sin lápida. Solo los funerarios y yo estuvimos presentes.

Pero la abrumadora verdad que me impactó ese día fue esta: ambos estaban muertos.

No traemos nada a este mundo y no nos llevamos nada.

La riqueza nos engaña al ofrecernos seguridad. Nos hace sentir intocables. Pero Proverbios 11:28 dice: *«El que confía en sus riquezas caerá; Mas los justos reverdecerán como ramas»*. El dinero no nos da seguridad. Dios lo hace. El dinero no nos hace fructíferos. La Palabra lo hace.

Otro engaño de la riqueza es la distracción. Cuanto más tenemos, más gestionamos. Cuanto más gestionamos, menos margen nos queda. Nuestras vidas se llenan de cosas, tareas, responsabilidades y objetivos. Y en nombre de la productividad o el éxito, la semilla de la Palabra queda relegada a un segundo plano.

Jesús le dijo al joven rico que vendiera todo y lo siguiera, no porque el dinero sea malo, sino porque Jesús vio el corazón de aquel hombre. Sabía que las espinas ya estaban creciendo. El hombre se alejó triste, no desafiante, solo dividido. Quería tanto el reino como su reino. Pero Jesús no comparte tronos.

Si has notado que las cosas materiales han comenzado a tener prioridad sobre las espirituales, no estás solo. Esta es la batalla del siglo. Pero aquí está la esperanza: puedes arrancar la espina. Puedes reorientar tu vida en torno al tesoro eterno. Puedes vivir generosamente. Vive con sencillez. Vive libre.

Una vez conocí a un empresario que ganaba millones, pero su casa era modesta. Su coche era fiable, nada llamativo. Sus donaciones eran tremendas. Un día le pregunté

por qué. Me respondió: «Antes vivía como si todo fuera mío. Ahora vivo como si todo fuera de Él». Ese hombre tenía riqueza, pero la riqueza no lo tenía a él. Las personas así se convierten en canales de generosidad. En realidad, es un don del Espíritu Santo para la iglesia.

Esa es la diferencia. Cuando las riquezas sirven al reino, son una bendición. Pero cuando sustituyen al reino, se convierten en una espina.

Así que pregúntate: ¿Veo la riqueza como una herramienta o como un tesoro? ¿Mis donaciones reflejan mi confianza? ¿Me entusiasman más las recompensas eternas o las ganancias temporales?

Jesús no llama a todos a venderlo todo. Pero sí llama a todos a entregar todo. Eso incluye nuestras cuentas bancarias, nuestros sueños, nuestra sensación de seguridad. No porque quiera quitarnos nada, sino porque quiere darnos lo que realmente perdura.

La Palabra siempre tendrá dificultades para crecer en un corazón preocupado por la prosperidad. Pero si limpiamos el terreno, si hacemos espacio, vivimos con generosidad y buscamos primero el reino, los frutos vendrán.

Porque los frutos no provienen del esfuerzo, sino de la entrega.

Ahogados Por Las Cosas Del Mundo

Jesús, en el relato de Lucas sobre la parábola (Lucas 8:14), añade otra espina: «los placeres de la vida». Estos placeres no son necesariamente malos o inmorales. Simplemente son... absorbentes. Llenan el alma. Absorben tiempo, energía y afecto. Y antes de que nos demos cuenta, no estamos rechazando la Palabra, sino sustituyéndola.

La mundanalidad no siempre es obvia. No siempre se ve como una rebelión. A veces es simplemente un cambio sutil. El amor por el entretenimiento, la comodidad, la moda, la reputación o la búsqueda de «la buena vida» pueden ocupar el lugar que le corresponde a la Palabra. El enemigo de la fecundidad no suelen ser las cosas malas, sino los afectos mal colocados.

En Romanos 12:2, Pablo escribe: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento». La palabra «conformarse»

implica presión, como si el mundo intentara moldearnos, remodelarnos, encajarnos en su forma. Y si no estamos atentos, nos conformaremos sin siquiera darnos cuenta.

Hoy en día, vivimos en una cultura que predica la indulgencia. Haz lo que te haga sentir bien. Sigue tu corazón. Huye del dolor. Busca la comodidad. ¿Y cuál es el resultado? Una espiritualidad superficial, alérgica al sacrificio, recelosa de las convicciones y propensa a las distracciones.

Todos lo hemos sentido: la atracción de nuestros teléfonos, la necesidad de estimulación constante, el agotamiento de las opciones infinitas. Incluso las cosas buenas, como los pasatiempos, el ejercicio físico, las redes sociales o los eventos familiares, pueden empezar a ocupar un lugar desproporcionado en nuestros corazones. En poco tiempo, las disciplinas espirituales se sienten como obligaciones, y la presencia de Dios se siente lejana, no porque Él se haya alejado, sino porque nuestras vidas están simplemente demasiado llenas.

La mundanalidad no suele ahogar la Palabra con un rugido. Lo hace con un susurro. Con un lento alejamiento. Con concesiones casuales. Dejamos de decir «sí» al Espíritu y empezamos a decir «quizás más tarde». No somos hostiles, solo estamos ocupados. No somos rebeldes, solo estamos distraídos. Pero el resultado es el mismo: la Palabra se ahoga.

Recuerdo haber aconsejado a una joven que en otro tiempo había sido muy apasionada por Jesús. Dirigía la adoración, disciplinaba a otros y devoraba las Escrituras. Pero con el tiempo, otras cosas se fueron infiltrando: una carrera exigente, un nuevo entorno social, algunas relaciones que la alejaron de la iglesia. No se alejó de Dios, simplemente se distanció. Un día dijo: «Me siento entumecida». No porque hubiera hecho algo malo, sino porque había permitido que las cosas equivocadas ocuparan un lugar central en su vida. Eso es lo que hace la mundanalidad. Nos insensibiliza. Nos vuelve espiritualmente pasivos. Y cuando eso sucede, el fruto deja de formarse. Pero, nuevamente, la buena noticia es que es reversible.

Puedes arrepentirte de la mundanalidad. Puedes despejar tu corazón. Puedes reenfocarte. Empieza por preguntarte: ¿Qué estoy alimentando en mi alma? ¿Qué ocupa mi mejor tiempo y energía? ¿A qué recurro cuando estoy estresado? ¿Dónde está arraigada mi alegría?

El Espíritu Santo es fiel para revelar lo que hay que eliminar. Y cuando despejamos las voces y prioridades que compiten entre sí, descubrimos que la Palabra vuelve a echar raíces y el fruto comienza a crecer.

Porque los placeres de este mundo pueden satisfacernos por un momento, pero solo Dios produce alegría duradera. La que sobrevive a la sequía. La que sabe a paz. La que no se puede fingir. Permita que la Palabra recupere el centro. Arranque las malas hierbas. Haga espacio para Dios nuevamente. Porque el fruto vale la pena.

Señales De Que Estás Siendo Ahogado

Lo que pasa con las espinas y las malas hierbas es que son traicioneras. No aparecen de golpe. Crecen silenciosamente, poco a poco. Y si no tenemos cuidado, no nos daremos cuenta de que estamos siendo ahogados hasta que el fruto haya dejado de formarse.

Entonces, ¿cómo saber cuándo estás en terreno espinoso? ¿Cómo reconocer las señales de que algo está desplazando la Palabra en tu vida?

Empieza por aquí: ¿tu hambre espiritual se ha atenuado? Cuando abres la Biblia, ¿te parece árida, como si las palabras rozaran la superficie en lugar de calar hondo? ¿Te distraes durante el culto, te sientes inquieto durante la oración, eres indiferente a la convicción?

Una de las primeras señales de un corazón abarrotado es un espíritu frío. Sigues creyendo, pero ya no ardes. Sigues asistiendo a la iglesia, pero falta algo. ¿Y lo más aterrador? Puede que ni siquiera eches de menos lo que falta. Las malas hierbas han crecido tan lentamente que parecen normales.

Otra señal: ajeteo sin fruto. Estás haciendo todo lo que se supone que debes hacer: ir a grupos pequeños, servir en la iglesia, marcar las casillas espirituales, pero el amor, el gozo, la paz, la paciencia y el autocontrol no aumentan. Estás activo, pero no estás permaneciendo. Esa es una señal de alerta.

Y luego está la prueba del horario. Analiza detenidamente cómo empleas tu tiempo. Si tus días están llenos de actividades interminables, pero no hay margen para las Escrituras, la oración, el descanso o la quietud, es posible que las espinas se hayan

apoderado de ti. La Palabra no puede crecer en un terreno que se ha entregado a la prisa.

Revisa también lo que te apasiona. ¿Qué es lo que más te emociona? ¿Con qué sueñas despierto? ¿A qué recurres cuando estás cansado o estresado? Si tu consuelo, esperanza o satisfacción se encuentran constantemente en otro lugar que no sea Dios, eso no es solo una distracción, es competencia.

Recuerdo una época en la que mi vida estaba llena de cosas buenas. El ministerio estaba en auge, surgían oportunidades, la agenda estaba llena. Pero una mañana, durante un raro momento de tranquilidad, me di cuenta de algo: llevaba semanas sin escuchar la voz de Dios. Había leído las Escrituras, predicado sermones, dado consejos, pero no me había sentado con Jesús. La Palabra seguía presente, pero estaba siendo ahogada.

Así es como sucede. No con un estruendo, sino con un lento desvanecimiento.

Entonces, ¿qué haces si te das cuenta de que estás en terreno espinoso? Primero, no te condenes a ti mismo, reconócelo. Dios ya lo sabe. Y no le sorprende. Él es el jardinero paciente que está listo para quitar las malas hierbas.

Segundo, simplifica. Empieza a eliminar lo que sea innecesario.

No necesitas hacer todo. Necesitas hacer lo esencial: permanecer en Cristo, amar a tu prójimo, vivir con integridad. Lee la Biblia y ora todos los días. En tercer lugar, busca la ayuda de alguien que te ayude a rendir cuentas. A veces no podemos ver claramente las espinas por nosotros mismos. Pregunta a alguien en quien confíes: «¿Qué ves en mi vida que está ahogando la Palabra?». Permite que su perspectiva guíe tu poda.

Por último, vuelve a tu primer amor. Vuelve a Jesús. No por obligación, sino por anhelo. Reaviva el asombro. Pide hambre. Pasa tiempo donde solías encontrarlo: lugares tranquilos, espacios de adoración, el lugar secreto.

Porque las señales de asfixia no son señales de que Dios haya terminado contigo. Son señales de que está listo para hacer algo de jardinería. Y si le dejas, hará lo que siempre ha hecho: dejar espacio para que la semilla vuelva a crecer.

Retirar Las Espinas

Sacar las espinas no es un trabajo glamuroso. Es duro. Es sucio. Es incómodo. Pero es sagrado. Porque cuando Jesús habló de la tierra ahogada por las espinas, no estaba descartando a esas personas. Les estaba mostrando lo que era posible, si se eliminaban las espinas.

Las malas hierbas y las espinas crecen sin esfuerzo. Pero eliminarlas requiere intención. Requiere valor. Significa identificar lo que ocupa espacio en tu vida que por derecho pertenece a Dios, y luego arrancarlo de raíz.

El primer paso para eliminar las espinas es nombrarlas. ¿Cuáles son las cosas específicas en tu vida que están desplazando la Palabra? ¿Es tu teléfono? ¿Tu calendario? ¿Una relación tóxica? ¿Un hábito del que no puedes deshacerte? La preocupación, la riqueza y la mundanalidad son categorías amplias, pero dentro de ellas hay raíces específicas que deben ser arrancadas.

El segundo paso es la confesión. No solo admitirlo ante ti mismo, sino llevarlo ante Dios. No trates de manejar tus espinas, ríndete a ellas. Jesús no necesita tu perfección; Él quiere tu honestidad. Y Él promete que si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos (1 Juan 1:9).

Luego viene la poda. Aquí es donde las cosas se ponen serias. En Juan 15:2, Jesús dice que cada rama en Él que da fruto, el Padre la poda para que dé más fruto. La poda no es un castigo, es una preparación. Es la manera en que Dios elimina lo innecesario para que podamos ser más fructíferos.

Eso podría significar ajustar tu estilo de vida. Quizás necesites alejarte de las redes sociales o del entretenimiento. Quizás necesites decir no a algo bueno para poder decir sí a algo mejor. Quizás necesites alejarte por un día o un fin de semana solo para estar con Jesús y escuchar Su voz nuevamente.

Y quizás lo más difícil: necesitarás hacer esto una y otra vez. Arrancar espinas y malas hierbas no es algo que se hace una sola vez. Es un acto continuo de rendición. Mientras vivamos en un mundo quebrantado, siempre habrá cosas que intentarán volver a infiltrarse en el suelo de nuestro corazón. Pero cuanto más rápido respondamos, menos profundamente se arraigarán esas espinas.

Quitar las espinas rara vez es algo instantáneo. Pero vale la pena. Porque el fruto que proviene de un suelo limpio es del tipo que perdura. Del tipo que nutre a otros. Del tipo que glorifica a Dios.

Recuerdo un verano en Kansas en el que llovió durante semanas y las malas hierbas se descontrolaron por completo. Eran tan altas como el tractor. Cuando el suelo finalmente se secó lo suficiente como para trabajar, mi papá me llevó en auto a 20 millas de casa, me dejó en el campo y me dejó allí con el tractor.

Cuando empecé a trabajar, millones de insectos comenzaron a meterse en mis oídos, nariz y ojos. Me estaba volviendo loco, pero rendirme no era una opción. Así que me quité la camisa, abrí la lata de diésel, empañé la camisa en combustible y me la froté por toda la cabeza. Eso mantuvo a los insectos alejados lo suficiente como para que pudiera terminar el trabajo y limpiar el campo.

¿La lección? No te rindas. No importa lo incómodo, abrumador o agotador que sea, simplemente sigue adelante.

Sé honesto. Sé intencional. Invita al Espíritu Santo a que te muestre lo que hay que eliminar. Y confía en Él, porque nadie limpia el terreno mejor que Aquel que primero sembró la semilla.

Lo Que Esto Significa Para Nosotros

Cuando Jesús explicó lo del terreno espinoso, ya había descrito otros dos tipos de terreno en los que la Palabra no podía sobrevivir: uno demasiado duro y otro demasiado superficial. Pero ¿y este terreno? Empieza a crecer. Parece prometedor. Muestra signos de vida. Y luego se detiene. Nunca alcanza su potencial. Y para muchos de nosotros, este es el terreno con el que más nos identificamos.

Porque sabemos lo que es desear a Jesús y aún así sentirse dividido. Comenzar con entrega, pero luego desviarse lentamente hacia uno mismo. Decir sí a Dios, pero permitir que otras cosas compartan el trono de nuestro corazón. El terreno espinoso no es un rebelde endurecido, es un alma abarrotada. Y eso significa que aún hay esperanza. Aún hay terreno. Aún hay tiempo para cambiar.

Entonces, ¿qué significa esta parábola para nosotros? En primer lugar, significa que debemos permanecer vigilantes. La Palabra siempre enfrentará competencia en

nuestras vidas. Siempre. No nos graduamos de la amenaza de las espinas. De hecho, cuanto más tiempo seguimos a Jesús, más sutiles y sofisticadas pueden volverse las distracciones. Debemos estar atentos para proteger nuestros corazones y hacer espacio para la Palabra todos los días.

En segundo lugar, significa que debemos ser honestos. ¿Qué está creciendo junto con la Palabra en nuestras vidas? ¿Qué voces son las más fuertes? ¿Qué es lo que ocupa nuestro tiempo, nuestra atención, nuestro cariño? Porque la falta de fruto no siempre es evidente desde fuera. Es posible ser muy visible en el ministerio y marchitarse lentamente por dentro. A Dios no le impresiona el movimiento, sino que busca la madurez.

En tercer lugar, esta parábola nos recuerda que Jesús sigue invirtiendo en corazones espinosos. Él sigue sembrando. Él sigue esperando. Él sigue trabajando el campo. Eso es gracia. Y significa que no estás descalificado por el hecho de haber dejado que otras cosas lo hayan desplazado. Estás invitado a limpiar el terreno de nuevo.

Y en cuarto lugar, esto es un llamado a la simplicidad espiritual. Nuestras vidas se complican. Nuestras agendas se llenan. Pero el evangelio es sencillo: Permanece en Cristo. Ama a Dios. Ama a los demás. Obedece Su Palabra. Cuando nos alejamos de eso, el fruto se marchita. Cuando volvemos a ello, el fruto se forma.

Para los pastores y líderes, esta parábola nos desafía a discipular a las personas no solo hacia las decisiones, sino hacia la fructificación. No podemos contentarnos con las multitudes, las manos levantadas o el número de asistentes. Tenemos que enseñar a las personas cómo despejar sus corazones, cómo cultivar un suelo fértil, cómo dejar que la Palabra las transforme desde dentro.

Para los padres, esto significa dar ejemplo de lo que significa buscar primero el reino. Los niños no solo necesitan oírnos hablar de Dios, sino que necesitan vernos darle prioridad. Ver cómo nos desconectamos de las distracciones, simplificamos nuestros horarios y hacemos espacio para lo que realmente importa.

Y para todos los creyentes, esto es un llamado a reiniciar. A detenernos y preguntarnos: ¿Estoy dando fruto? ¿Está viva la Palabra en mí? ¿Hay espacio en mi corazón para que Jesús hable?

Si la respuesta es no, o no como solía ser, entonces escucha esto claramente: Él no está enojado contigo. No está pasando página. Está buscando los guantes de jardinería. Está listo para ayudar.

Deja que esto sea una interrupción sagrada. Una invitación divina. No solo para creer, sino para crecer. No solo para crecer, sino para dar fruto.

Porque para eso fuiste creado.

Jesús dijo en Juan 15:8: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos».

Así que lo que esto significa para nosotros es sencillo: quitamos las espinas y las malas hierbas. Hacemos espacio. Confiamos en el Sembrador. Y seguimos diciendo que sí.

Porque, al final, una vida que da fruto no solo bendice al mundo, sino que da gloria a Dios.

Haz Espacio Para La Palabra Otra Vez

Así que aquí estamos, al borde de una decisión. Jesús nunca contó estas parábolas para entretenernos. Las contó para llevarnos a tomar una decisión. Y si te has visto a ti mismo en el terreno espinoso, si la Palabra ha estado presente pero no ha tenido poder en tu vida, solo queda una cosa por hacer: hacer espacio otra vez.

No necesitas resolverlo todo de una vez. Solo necesitas empezar a despejar el espacio. Una preocupación menos. Un ídolo menos. Un margen más para decirle sí a Jesús. Empieza poco a poco, como todas las buenas semillas. Pero crece.

Quizá eso signifique levantarse más temprano para sentarse con la Palabra antes de que el mundo se ponga en marcha. Quizá signifique apagar el ruido —tu teléfono, las noticias, incluso las opiniones de los demás— para poder volver a escuchar la voz de Dios. Quizá signifique poner fin a algo que te ha estado robando tu afecto por Cristo.

Sea lo que sea, no lo pospongas. No esperes a que tu vida se calme para decir que sí. Haz espacio ahora. Empieza con lo que puedas. Dios te encontrará allí.

Hebreos 12:1 dice: «Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante». Esa es la llamada: déjalo todo. Déjalo ir. Y corre.

Porque cuando se eliminan las espinas, la Palabra comienza a respirar de nuevo. Crece. Echa raíces. Produce. Y en poco tiempo, tu vida no solo se vuelve plena, sino también fructífera.

Nunca estuviste destinado a vivir una vida ahogada. Estabas destinado a vivir una vida fructífera. Y el Jardinero no ha renunciado a tu tierra.

Déjalo hacer lo que mejor sabe hacer. Haz espacio para la Palabra de nuevo.

Lee tu Biblia y ora todos los días. Hasta ahora, el 75 % de la buena semilla no está dando fruto, debido a corazones duros, superficiales o abarrotados. El objetivo del enemigo es simple: quiere que todos se rindan.

Pero tengo una gran noticia: estamos a punto de ver un cambio dramático.

Ahora es el momento de tener el corazón de un agricultor fiel: paciente, persistente y lleno de esperanza. Sigue sembrando. La cosecha está llegando.

CAPÍTULO 6:

LA BUENA TIERRA: FRUTO QUE PERMANECE

Tierra Que Finalmente Produce Fruto

Después de guiarnos a través de la tragedia del camino endurecido, la decepción de las raíces superficiales y la lenta asfixia del suelo espinoso, Jesús nos ofrece un soplo de esperanza: la buena tierra. Es el tipo de tierra con la que sueña todo agricultor, la que recibe la semilla y responde como siempre debió hacerlo. En Mateo 13:8, dice: *«Otra parte cayó en buena tierra, donde produjo fruto, cien, sesenta o treinta veces más de lo que se sembró»*. Y luego lo explica claramente: *«Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno»*. (Mateo 13:23).

Qué imagen tan poderosa: una vida no solo tocada por la Palabra, sino transformada por ella. Una vida que produce (rebosa) fruto. Este es el objetivo. Este es el resultado que todo sembrador anhela y al que todo creyente está invitado.

Pero fíjate en algo: Jesús no dice que la buena tierra sea tierra fácil. No dice que siempre haya sido así. Todo agricultor sabe que incluso la mejor tierra tuvo que ser labrada en algún momento. Tuvo que ser limpiada de piedras y maleza. Tuvo que ser arada y ablandada. La buena tierra no se consigue por casualidad. Ha sido cuidada, trabajada, preparada.

Nunca olvidaré el ritmo de la preparación de la tierra en la granja de Kansas. Cada año, cuando llegaba el momento de empezar a trabajar el barbecho de verano, salíamos al campo alrededor de abril y comenzábamos el largo y paciente proceso de labrar la tierra endurecida. La primera pasada con el arado dejaba grandes terrones, gruesos trozos de tierra que necesitaban tiempo y clima para ablandarse. Esperábamos la lluvia, porque sin ella no se podía avanzar.

Después de la primera lluvia, las malas hierbas comenzaban a brotar. Esa era nuestra señal. Enganchábamos el tractor y volvíamos al campo para eliminar hasta la última.

Luego esperábamos de nuevo. Lluvia. Más malas hierbas. Otra pasada. Este ciclo se repetía una y otra vez. Cuando llegaba septiembre, ya no teníamos que arar terrones endurecidos, solo romper una ligera costra en la superficie del suelo, asegurándonos de que estuviera limpio, nivelado y listo para sembrar. En septiembre, cuando el suelo estaba finalmente listo para sembrar, olía tan bien: rico, terroso, vivo. Podías agacharte, tomar un puñado de tierra y sentirla increíble en tus manos: suave, cálida y llena de promesas.

Esto nos recuerda que la buena tierra no es una imagen de perfección, sino más bien de preparación, es una imagen de rendición. No es que este corazón esté libre de pecado, sino que es suave. Está listo. Es receptivo. Da la bienvenida a la semilla, la deja hundirse profundamente y le da espacio para crecer.

Esto debería darnos esperanza a todos. Porque si tu vida aún no te parece fructífera, no significa que estés descalificado. Tal vez la tierra aún se esté trabajando. Tal vez el Jardinero aún esté labrándola. Y si se lo permites, Él puede convertir cualquier tierra, sin importar cuán pisoteada, rocosa o abarrotada esté, en tierra que da fruto.

He visto cómo sucedía esto. He visto vidas que antes estaban endurecidas por la amargura volverse tiernas bajo la gracia. He visto a personas que antes perseguían la riqueza y el estatus comenzar a anhelar la Palabra más que cualquier otra cosa. He caminado con creyentes que tuvieron que desenterrar años de dolor y mentiras antes de que la semilla pudiera crecer, y entonces, de repente, lo hizo. Brotó. Y comenzó a dar fruto.

¿Cómo es ese fruto? Lo exploraremos pronto. Pero por ahora, solo ten en cuenta esto: el hecho de que te importe ser fructífero, que estés leyendo estas palabras, inclinándote, escuchando, es evidencia de que ya se está formando buena tierra.

La historia no ha terminado. De hecho, para la buena tierra, la historia apenas está comenzando. La semilla ha sido sembrada. Las raíces se están profundizando. Y la cosecha... está por llegar.

Que esta sea tu oración: «Señor, hazme buena tierra. Haz lo que necesites hacer en mí para que tu Palabra pueda crecer. No para mi gloria, sino para la tuya».

Porque una vida que da fruto no es llamativa, es fiel. No llama la atención sobre sí misma, sino que apunta al Sembrador. Y cuando llegue la cosecha, quedará claro: todo fue gracia.

Y la gracia siempre hace crecer algo bueno.

¿Qué Significa Realmente «Bueno»?

Cuando Jesús habló de «buena tierra», no se refería a personas perfectas. No se refería a aquellos que lo tienen todo bajo control, que nunca luchan contra el pecado o la duda. Se refería a algo mucho más profundo, algo mucho más accesible para cada uno de nosotros. Lo bueno, en el sentido bíblico, no significa perfecto. Significa flexible. Significa humilde. Significa estar preparado.

En la agricultura, la tierra se considera «buena» cuando es receptiva. Cuando ha sido removida, ablandada, limpia de escombros y es capaz de recibir la semilla sin resistencia. No repele la semilla, sino que la acoge. No solo permite el crecimiento, sino que lo fomenta. Eso es lo que Jesús busca en nosotros: no un desempeño impecable, sino una postura de rendición.

Hay una razón por la que Oseas 10:12 nos dice que *«hagamos para nosotros barbecho»*. El terreno en barbecho es un terreno que tiene potencial, pero que se ha dejado sin tocar. Es dura en la superficie, pero debajo hay un suelo rico esperando a ser cultivado. Esa es la historia de muchos creyentes. La vida, el orgullo, el dolor o la complacencia han endurecido la capa superior del suelo. Pero justo debajo de la superficie hay un corazón que, si se rinde, podría llegar a ser increíblemente fructífero.

Así que cuando Jesús llama a alguien «buena tierra», está reconociendo algo profundo: se trata de una persona que ha dejado que Dios haga el trabajo duro. Le han dejado arar. Le han dejado podar. Le han dejado quitar las piedras y las malas hierbas. Han elegido la confianza por encima de la comodidad. La obediencia por encima de la conveniencia. Y esa elección, una y otra vez, es lo que hace que la tierra sea buena.

Pienso en los discípulos. Ninguno de ellos era, por naturaleza, buena tierra. Pedro era impulsivo. Santiago y Juan eran orgullosos. Tomás dudaba. Sin embargo, con el tiempo, sus corazones se ablandaron. Siguieron, fracasaron, se levantaron y

volvieron a seguir. Y al final, dieron frutos increíbles, no porque fueran personas excepcionales, sino porque permanecieron abiertos a la mano de Jesús en sus vidas.

He conocido a personas que han pasado por tragedias y aún así han dicho: «Dios, haz tu voluntad». Eso es buena tierra. He visto a adictos dejar las drogas y aferrarse a las Escrituras como si fueran oxígeno. Eso es buena tierra. He visto a silenciosos santos que nunca subieron a un escenario, pero cuyas oraciones conmovieron al cielo. Eso es buena tierra. La buena tierra se forma, no se encuentra. No se trata de la personalidad. Se trata de la postura. No se trata del talento. Se trata de la ternura.

¿Y lo mejor de todo? Cualquiera puede convertirse en buena tierra. Cualquiera. No hay barreras de origen o educación. No hay descalificación por haber fracasado. El único requisito es rendirse.

Así que si estás leyendo esto y piensas: «Eso no es para mí», no te desanimes. Puede serlo. La pregunta no es: «¿Soy lo suficientemente bueno?», sino: «¿Estoy dispuesto a quebrantarme para poder ser fructífero?».

Pídele al Espíritu Santo que te revele lo que necesitas suavizar. Invita a Dios a cavar profundamente, aunque te duela. Porque la buena tierra no teme al arado, sino que lo acoge con agrado.

Recuerda esto: Dios no busca la perfección. Busca personas que digan que sí. Personas que sigan diciendo que sí, incluso cuando sea difícil. Especialmente cuando sea difícil.

Eso es lo que hace que la tierra sea buena.

Y donde hay buena tierra, siempre hay una cosecha por delante.

Oír y Comprender

Jesús describe la buena tierra como aquellos que oyen la Palabra y la comprenden. A primera vista, eso podría parecer sencillo. Pero el tipo de escucha del que habla Jesús no es pasiva. No se trata solo de absorber información. Se trata de escuchar con intención. Con hambre. Con voluntad de responder.

El oír bíblico siempre está ligado a la acción. En el pensamiento hebreo, oír era obedecer. Por eso Santiago escribe: *«Pero sed hacedores de la palabra, y no tan*

solamente olores, engañándoos a vosotros mismos» (Santiago 1:22). Oír sin que ello dé lugar a una transformación no es oír en absoluto. Es solo ruido.

El tipo de comprensión del que habla Jesús es más que una comprensión intelectual. Es el tipo de comprensión que llega al corazón. Que cala hondo y echa raíces. Que se convierte en la lente a través de la cual vemos el mundo, a nosotros mismos y a Dios.

Cuando alguien comprende verdaderamente la Palabra, no solo se conmueve, sino que cambia. Sus deseos comienzan a transformarse. Sus valores se reajustan. Sus decisiones se filtran a través de la verdad de las Escrituras. Y ese cambio puede ser lento, pero es seguro. Se nota cuando alguien no solo repite versículos de la Biblia, sino que los vive.

En el ministerio, he visto ambos tipos de oyentes. Están los que asienten con la cabeza durante cada sermón, toman notas, citan versículos, pero sus vidas permanecen intactas. Y luego están los que escuchan algo sencillo, un versículo, una frase, y dejan que les traspase. Se van a casa. Lo oran. Luchan con ello. Lo obedecen. Eso es comprender.

Jesús dijo en Juan 10:27: *«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen»*. Escuchar lleva a seguir. El objetivo nunca es solo conocer la Biblia, sino obedecerla. Es conocer la voz del Pastor tan claramente que caminamos dondequiera que Él nos lleve.

La comprensión también crece por etapas. Al igual que una planta, se profundiza con el tiempo. A veces escuchas una verdad y no la asimilas de inmediato. Pero a medida que continúas buscando a Dios, orando y permaneciendo en la Palabra, esa semilla se abre. Comienza a crecer. Y en poco tiempo, da fruto.

Hay una razón por la que Jesús decía tan a menudo: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Él sabía que no todos los oyentes realmente oirían. La condición del suelo determina la recepción de la semilla. Y el buen suelo, el suelo blando y rendido, es el suelo que escucha no para entretenerse o informarse, sino para transformarse.

Si quieres ser buena tierra, pídele a Dios que agudice tu oído. Pídele que te dé no solo oídos, sino discernimiento. No solo información, sino revelación. Ora el Salmo 119:18: *«Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley»*.

Pide entendimiento que te lleve a la obediencia. El tipo de entendimiento que cambia la forma en que te comunicas con los demás. La forma en que perdonas. La forma en que empleas tu tiempo. Lo que persigues. Permite que la Palabra pase de las páginas a tu actitud.

Porque en el reino, el entendimiento no se demuestra con lo que puedes repetir, sino con lo que vives.

¿Y aquellos que escuchan y entienden? Jesús dice que darán fruto. No tal vez. No ocasionalmente. Lo harán.

Así que si alguna vez has sentido que tu fe está estancada, empieza por aquí. Vuelve a la Palabra. Ábrela no solo con curiosidad, sino con hambre. Con entrega. No preguntes solo «¿qué significa esto?», sino «¿qué debo hacer?».

Porque la semilla es buena. El sembrador es generoso. La pregunta es: ¿seremos el tipo de tierra que realmente escucha? ¿Que realmente recibe?

Ese tipo de escucha lo cambia todo.

Y ese tipo de comprensión siempre conduce al crecimiento.

El Poder De La Perseverancia

Una de las frases más pasadas por alto en la parábola del sembrador aparece en la versión de Lucas de la historia. Lucas 8:15 dice: «Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia». Esa última parte es clave: perseverancia. El fruto no se produce al instante. Lleva tiempo. Y el tiempo siempre pone a prueba nuestra fe.

La perseverancia es la diferencia entre el entusiasmo momentáneo y los frutos duraderos. Es lo que mantiene la semilla creciendo cuando no llueve de inmediato, cuando el viento azota la planta o cuando el suelo se seca. Sin perseverancia, incluso las buenas semillas en buena tierra se estancarán. ¿Pero con ella? Llegó la cosecha.

En la granja, comenzábamos a trabajar la tierra en abril. Cada vez que llovía y brotaban las malas hierbas, volvíamos a trabajarla. En septiembre, el suelo estaba listo y plantábamos el trigo. Ni siquiera sabía que el Día del Trabajo se consideraba un día festivo; mi papá me dijo que era solo el día en que te dejaban salir de la escuela para trabajar y plantar trigo.

El trigo comenzaba a brotar en octubre, y luego llegaba el gélido invierno de Kansas, que lo mantenía en estado de latencia hasta la primavera. La cosecha no llegaba hasta junio, 14 o 15 meses después de que empezáramos a preparar la tierra.

También teníamos alrededor de 100 cabezas de ganado, y durante los duros meses de invierno las manteníamos en cobertizos para protegerlas. En primavera, cuando el ganado volvía a pastar en los verdes prados, una de mis tareas era limpiar esos cobertizos. Excavaba entre un metro de estiércol seco y lo cargaba con una horquilla en un esparcidor de estiércol tirado por un pequeño tractor. Luego conducía el tractor por los campos, esparciendo el estiércol al aire para fertilizar la tierra.

Estaba completamente cubierto de polvo de estiércol cuando mi joven esposa, recién llegada de la ciudad, vino a visitarme. Me miró con los ojos muy abiertos y me preguntó: *«¿Cómo puedes soportar hacer esto?»*. Y yo le respondí con sinceridad: *«Nunca lo pensé. Simplemente había que hacerlo»*.

Me he reído de ello a lo largo de los años, porque ese trabajo, sucio y necesario, en realidad me preparó para muchas cosas en el ministerio.

Nuestra cultura no valora la perseverancia. Nos gustan los resultados rápidos, el éxito de la noche a la mañana, la fe instantánea. Pero el reino de Dios no funciona así. Funciona más como un viñedo que como una máquina expendedora. Y el fruto que perdura es el fruto que tardó en crecer.

He visto esto muchas veces en el ministerio pastoral. Un nuevo creyente comienza con fuerza, lleno de pasión y propósito. Pero luego la vida le golpea. El trabajo se vuelve difícil. Un ser querido se enferma. La tentación resurge. Y todo en ellos quiere rendirse. Ese es el momento en que la perseverancia se convierte en la clave. ¿Se mantendrán firmes? ¿Seguirán adelante incluso cuando no lo sientan? ¿Confiarán en el proceso, confiarán en el Sembrador y seguirán apareciendo?

Algunas de las personas más fructíferas que conozco no tienen historias dramáticas. Simplemente no se rindieron. Siguieron orando cuando no llegaban las respuestas. Siguieron sirviendo cuando nadie se daba cuenta. Siguieron amando cuando no les correspondían. Y con el tiempo, sus raíces se hicieron profundas, al igual que sus frutos.

Hebreos 10:36 dice: *«Necesitan perseverar para que, cuando hayan hecho la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido»*. La voluntad de Dios rara vez es llamativa. A menudo, parece una simple obediencia en la misma dirección durante mucho tiempo.

Aquí es donde entran en juego las disciplinas espirituales. Leer las Escrituras, orar, adorar, estar en comunidad... Puede que no sean actividades emocionantes todos los días, pero son como el agua y la luz del sol para el alma. Cada vez que abres la Biblia, cada vez que oras, aunque no «sientas» nada, estás fortaleciendo tu sistema de raíces. Te estás preparando para dar fruto.

La perseverancia también requiere perspectiva. Los agricultores no siembran una semilla y esperan obtener frutos al día siguiente. Saben que hay un proceso. Una temporada. Una espera. Jesús solía utilizar lenguaje agrícola por una razón: quería que adoptáramos una visión a largo plazo. Que confiáramos en que lo que estamos sembrando ahora crecerá más adelante.

Y cuando llegue el desánimo, como sin duda sucederá, volvamos a la promesa: «No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).

Quizás te encuentres en esa situación ahora mismo. Has estado haciendo todo lo correcto, pero no has visto muchos frutos. No te rindas. Sigue cuidando la tierra. Sigue regando la Palabra con tus oraciones. Sigue confiando en que Dios está obrando, incluso cuando no lo ves.

La perseverancia es a menudo el camino hacia el éxito. Es lo que hace que los lugares áridos se vuelvan fructíferos. Es lo que hace que las estaciones secas se conviertan en testimonios. Es lo que hace que la semilla, enterrada en la oscuridad, finalmente brote hacia la luz.

Así que sigue adelante. Aunque nadie te vea. Aunque nada parezca cambiar. Porque la cosecha está por llegar.

Y cuando lo haga, no solo será fruto para ti, sino que será fruto que alimentará a otros.

Ese es el poder de la perseverancia. Y esa es la promesa del Sembrador.

Frutos En Diferentes Grados

Una de las partes más hermosas (y liberadoras) de la parábola se encuentra en la descripción que hace Jesús de la cosecha. «*Cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno*». (Mateo 13:8) No todas las semillas que caen en buena tierra producen la misma cantidad. La cosecha no es uniforme, y no se supone que lo sea. Esta verdad debería acallar el juego de las comparaciones que tan a menudo se cuela en nuestro caminar con Cristo.

Nos sentimos tentados a medir nuestras vidas en comparación con las de los demás. Vemos la influencia, la plataforma o los resultados de otra persona y asumimos que nos estamos quedando cortos. Pero Jesús nunca dijo que la buena tierra tuviera que igualar a la parcela de al lado. Simplemente dijo que produciría fruto, cada uno en su medida.

Algunas personas llegarán a miles. Otras moldearán silenciosamente a la próxima generación, un niño, un estudiante, un alma a la vez. Ambos son fieles. Quiero hablarles de mi prima, quien me llevó al Señor.

Durante un tiempo, hubo gente que me golpeaba en la cabeza con la Biblia, tratando de salvarme. El problema era que yo no creía que necesitara ser salvado. Un día, alguien me dijo que necesitaba a Jesús, y yo señalé con la mano hacia el horizonte y dije: «*¿Para qué necesito al Señor? Mira todo lo que tengo*».

Meses más tarde, asistí al aniversario de bodas número 50 de un familiar. Tres primos vinieron de diferentes partes del país y, cuando dos de ellos se marchaban en su auto, me fijé en una pegatina en el parabarro que decía: «*Dale una oportunidad a Jesús*».

Me volví hacia mi prima que aún estaba allí y le pregunté: «*¿Ellos son fanáticos de Jesús?*» Esa pregunta dio lugar a una conversación de cuatro horas. Le hice una pregunta tras otra sobre Dios, la fe y Jesús, y al final, ella me guio en una oración para pedirle a Jesús que entrara en mi corazón. No recuerdo las palabras exactas que dije en mi oración, pero sé esto: nunca volvería a ser el mismo.

No volví a verla durante 40 años. Pero un día, la llamé y le pregunté:

«*¿Sigues caminando con el Señor?*».

Ella respondió que sí, y luego compartió algo que me dejó sin palabras:

«Eres la única persona a la que he llevado al Señor».

Luego me preguntó: *«¿Me corresponde el mérito por todas las personas que tú has llevado a Jesús?».*

La respuesta es: Sí. Por supuesto que sí.

Dios determina el rendimiento. Nuestra función es permanecer fieles. Cuidar la tierra. Seguir escuchando, confiando, obedeciendo. El fruto llegará, porque Él es quien lo hace crecer (1 Corintios 3:6).

Esta verdad también debería traernos paz. No somos responsables de los resultados. Somos responsables de la tierra. Si hemos sido fieles en recibir la Palabra, responder a ella y vivirla, la cosecha —ya sea treinta, sesenta o cien veces más— llegará en el momento y según el plan de Dios.

Pensemos en la parábola de los talentos. El siervo al que se le dieron cinco los duplicó a diez. El que recibió dos los convirtió en cuatro. Ambos escucharon las mismas palabras: «Bien hecho, siervo bueno y fiel». A Dios no le impresiona la cantidad, sino que honra la fidelidad con lo que se nos ha dado.

La belleza de la economía de Dios es que incluso la ofrenda más pequeña, cuando se le entrega a Él, se multiplica. ¿Recuerdas al niño con cinco panes y dos peces? No era mucho. Pero puesto en las manos de Jesús, alimentó a miles.

Así que si tu fruto no se parece al de los demás, no te desanimes. Mantente firme. Mantente fiel. Lo que estás cultivando —a través de la oración, la bondad, la constancia y la obediencia— es importante. Puede que nunca veas el alcance total de tu cosecha en este lado del cielo, pero Dios lo ve. Él lo sabe. Y se regocija.

Además, la fructificación a menudo nos sorprende. Una palabra tranquila dicha en el momento oportuno. Un solo acto de perdón. Un testimonio compartido con vulnerabilidad. Estas cosas tienen un impacto mayor de lo que podemos imaginar. Las semillas sembradas en secreto a menudo florecen en lugares por los que nunca caminaremos.

Y para aquellos que sienten que su rendimiento es pequeño, tal vez treinta veces más, no lo pasen por alto. Treinta veces más sigue siendo treinta veces más de lo que se sembró. Eso no es un fracaso. Es una multiplicación.

El fruto no está solo en los números, está en las vidas transformadas. La fe refinada. La alegría producida. La paz compartida. El carácter forjado.

Así que celebren su cosecha, sea cual sea. Y no comparen su cosecha con el campo de otra persona. Porque en el reino de Dios, la alegría no está en producir más que los demás, sino en ser fieles con la semilla que hemos recibido.

Cómo Es El Fruto Verdadero

Cuando escuchamos la palabra «fruto», es fácil imaginar el éxito: iglesias en crecimiento, eventos llenos, impacto ministerial o seguidores en las redes sociales. Pero Jesús nunca definió el fruto por métricas o aplausos. El fruto verdadero es la transformación interior que se refleja en acciones externas. Es lo invisible que se vuelve visible: el carácter de Cristo que toma forma en la vida cotidiana.

Gálatas 5:22-23 nos da la imagen más clara: *«Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza»*. Esta es la cosecha que Dios busca. No la plataforma, sino la pureza. No el ruido, sino la profundidad. No el ajetreo, sino la santidad.

El fruto se parece al amor que se manifiesta cuando es inconveniente. La alegría que permanece cuando las circunstancias se desmoronan. La paz en medio del caos. La paciencia cuando nada cambia. La bondad hacia aquellos que no la corresponden. La fidelidad cuando nadie está mirando.

Tanto Merrily como yo estuvimos en la iglesia el domingo siguiente al fallecimiento de nuestros cónyuges. Yo seguí predicando y Merrily siguió dirigiendo el ministerio de mujeres. Es fácil mirar a los grandes ministerios o a los líderes conocidos y suponer que ellos son el estándar de la productividad. Pero he visto a algunas de las personas más llenas del Espíritu y productivas viviendo discretamente en el anonimato. Una madre que cría a sus hijos en la gracia y la verdad. Un hombre que acude fielmente al trabajo y ora por sus compañeros. Una pareja de ancianos que ha abierto su casa a otros durante décadas sin pedir nunca reconocimiento.

Los frutos reales suelen crecer en lugares ocultos. No es necesario anunciarlos, se revelan con el tiempo. Jesús dijo en Mateo 7:16: *«Por sus frutos los conoceréis»*. No por su carisma. No por su influencia. Por sus frutos.

Y los frutos llevan tiempo. No se pueden apresurar. No se pueden fingir. No se pueden forzar. Hay que cultivarlos. Hay que regarlos con la Palabra. Hay que cuidarlos con oración. Hay que podarlos con obediencia.

Pienso en un hombre de nuestra iglesia que pasó por un divorcio muy doloroso. Todo en su vida parecía desmoronarse. Y, sin embargo, todos los domingos llegaba temprano para orar. Cada semana, enviaba notas escritas a mano a los miembros de la congregación. Sus ojos brillaban con una fe tranquila. Su alegría no era ruidosa, pero era profunda. Eso es fruto. Y ahora, cada vez que alguien atraviesa un divorcio doloroso, le indico dónde encontrarlo porque sé que tendrá palabras de consuelo para él.

El fruto es la evidencia visible de un trabajo invisible. Cuenta una historia de rendición, confianza y elección diaria de Jesús por encima de uno mismo. Puede que nunca se ponga de moda. Puede que nunca se vuelva viral. Pero trae el cielo a la tierra.

El fruto real también se multiplica. El amor conduce a más amor. La paz engendra paz. La paciencia inspira paciencia. El fruto nunca permanece aislado, sino que nutre a los demás.

Así que, si te has estado preguntando si tu vida está dando fruto, no te limites a mirar tu calendario o tus logros. Mira tu carácter. Pregúntate: ¿Soy más como Jesús que hace un año? ¿Las personas más cercanas a mí experimentan el amor, la alegría y la paz de Cristo a través de mí?

Y si la respuesta es sí, aunque sea en pequeñas cosas, entonces ánimate. La semilla está creciendo. El suelo es bueno. El fruto se está formando.

Porque en el reino, lo que parece pequeño a menudo tiene el mayor peso. Y la cosecha que más agrada a Dios no es la que llena las habitaciones, sino la que llena los corazones con su semejanza.

Cómo Permanecer Como Buena Tierra

Convertirse en buena tierra no es el final del camino, sino el comienzo de un proceso que dura toda la vida para permanecer blando, rendido y fructífero. Al igual que la tierra física necesita atención regular, la tierra espiritual requiere un cuidado constante. El descuido conduce a la dureza. La distracción invita a las espinas. E incluso la buena tierra, si se deja sin cuidar, puede enfriarse.

Esto significa que, aunque hayas caminado con Jesús durante décadas, el trabajo no ha terminado. El objetivo no es llegar a un punto de llegada, sino permanecer en una postura de preparación. En el momento en que asumimos que «lo hemos logrado», ya estamos cayendo en un suelo que se resiste al crecimiento.

Entonces, ¿cómo mantenemos un buen suelo?

Primero, nos mantenemos humildes. La humildad mantiene el suelo blando. Es el reconocimiento de que todavía necesitamos la gracia, todavía necesitamos ser podados, todavía necesitamos la voz del Espíritu Santo. Proverbios 3:7 dice: «No seas sabio en tu propia opinión». El orgullo compacta el suelo. La humildad lo mantiene tierno.

Segundo, mantenemos cuentas claras con Dios. El arrepentimiento regular nos mantiene limpios. No se trata de culpa, se trata de crecimiento. Al igual que un jardinero arranca regularmente las malas hierbas, debemos invitar constantemente a Dios a que exponga todo lo que no nos pertenece. El Salmo 139:23-24 es nuestra oración diaria: «Examíname, Dios, y conoce mi corazón... Mira si hay en mí algún camino ofensivo, y guíame por el camino eterno».

En tercer lugar, creamos ritmos de renovación. La buena tierra necesita temporadas de descanso y renovación. Eso significa sabbat. Quietud. Tiempo en la presencia de Dios solo para estar con Él, no para producir, no para servir, sino simplemente para sentarnos y escuchar. Estos son los nutrientes espirituales que reponen nuestra tierra.

Cuarto, nos mantenemos conectados con la comunidad. El suelo aislado es un suelo vulnerable. Necesitamos personas que puedan decirnos la verdad en nuestras vidas, que puedan ayudarnos a identificar las rocas o las espinas que hemos pasado por alto. Hebreos 10:24-25 nos recuerda «Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras... animémonos unos a otros».

Después de que mi esposa se fuera a casa para estar con el Señor, asistí a una conferencia de pastores en Murrieta. Mientras estaba allí, hablé con Brent y descubrí que le habían diagnosticado el mismo cáncer. Sabía, a menos que ocurriera un milagro, cómo iba a terminar todo esto. Así que le dije: «Si alguna vez necesitas ayuda, aquí me tienes».

Tres meses después, Brent me llamó y me pidió que fuera a predicar por él. Acepté y fui a Idaho, donde me pidió que supervisara la iglesia.

Acepté y comencé a volar una vez al mes, mientras enviaba a pastores asistentes para cubrir las otras semanas.

Fue una época dolorosa. Aunque Cindy y Brent nunca se habían conocido, podrían haber sido hermanos, no solo por sus personalidades similares, sino porque este tipo de cáncer en particular tiene rasgos físicos muy específicos y visibles.

Recuerdo que un domingo llegué temprano a la iglesia, horas antes del servicio. Brent estaba en el sofá, desmayado por el cansancio, y yo me quedé allí de pie, abrumado, y dije en voz alta: «¿*Qué estoy haciendo aquí?*».

Y el Señor habló a mi corazón: «*Yo te he llamado*».

Debemos estar dispuestos, incluso cuando sea difícil, porque los planes de Dios son mucho más grandes de lo que podemos imaginar.

Quinto, recordamos nuestra dependencia. En Juan 15:5, Jesús dice: «*Separados de mí nada podéis hacer*». No es una frase poética, es la verdad. En el momento en que comenzamos a confiar en nuestra fuerza, nuestras estrategias o nuestras experiencias, olvidamos la fuente de nuestro fruto. Mantenerse como buena tierra significa permanecer conectado a la Vid.

He aprendido que la buena tierra no se trata tanto de un comienzo fuerte como de un cuidado fiel. He visto a personas que alguna vez ardían por Dios alejarse lentamente, no porque se apartaran, sino porque dejaron de prestar atención. El ajetreo se apoderó de ellas. Las espinas regresaron. La tierra cambió.

Pero también he visto a quienes, año tras año, se mantienen flexibles. Se mantienen dispuestos a aprender. Se mantienen hambrientos. Sus vidas pueden no ser

llamativas, pero están llenas. Sus frutos pueden no ser ostentosos, pero son duraderos.

Eso es lo que quiero. Eso es a lo que estamos llamados. Una vida de crecimiento lento y constante. Un corazón que sigue diciendo sí al Sembrador.

Así que no te limites a convertirte en buena tierra. Mantente como buena tierra. Cuida el terreno de tu alma. Riégalo con adoración. Abónalo con las Escrituras. Expónlo a la luz de la comunidad y al calor de la presencia de Dios.

Porque la buena tierra, cuando se cuida, no solo da fruto una vez, sino que da fruto en cada estación.

Y ese es el tipo de vida que a Jesús le encanta cultivar.

El Papel Del Espíritu Santo

En el centro de toda vida fructífera no solo hay un buen esfuerzo, una planificación inteligente o una voluntad fuerte, sino también la obra del Espíritu Santo. Si el Padre es el Jardinero y Jesús es la Vid, entonces el Espíritu Santo es la vida que fluye por todo el sistema. Él es quien da vida a la Palabra, quien convence al corazón, quien nutre la semilla y quien potencia el crecimiento. A menudo subestimamos esto. Intentamos cultivar el fruto espiritual con nuestras propias fuerzas: leyendo más, esforzándonos más, actuando mejor.

Pero el fruto del Espíritu es precisamente eso: fruto producido por el Espíritu, no por nuestro propio esfuerzo. Gálatas 5:22-23 enumera lo que solo el Espíritu puede hacer crecer en nosotros: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza. Estos no son productos naturales del esfuerzo humano, sino evidencia sobrenatural de la presencia divina.

El Espíritu Santo hace lo que ningún mentor o método humano puede hacer: nos transforma desde dentro. Toma la verdad que escuchamos y la planta profundamente. La riega con convicción y ánimo. La ilumina con la luz de la revelación. Y, con el tiempo, la lleva a la madurez.

Jesús habló de esto en Juan 16:13, diciendo: «*Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad*». Eso es lo que hace el Espíritu: no solo informa, sino que guía. No solo instruye, sino que camina con nosotros.

El Espíritu también nos da discernimiento. Cuando las espinas de la distracción, el orgullo o la ansiedad comienzan a aparecer, a menudo es la voz suave y tranquila del Espíritu Santo la que nos alerta. Él es quien nos susurra: «Esto no te está ayudando a crecer» o «Deja eso». Sin Él, no podemos identificar correctamente las malas hierbas en nuestro terreno, y mucho menos arrancarlas.

Y cuando se trata de permanecer en buena tierra, el Espíritu nos da el poder para seguir adelante. Hechos 1:8 promete: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo». Ese poder no es solo para predicar o hacer milagros, es para perseverar. Para permanecer arraigados. Para vivir con profundidad en un mundo superficial.

He visto este poder obrando en la vida de personas que deberían haberse rendido, pero no lo hicieron. Personas que enfrentaron tragedias y pérdidas, pero dieron fruto porque el Espíritu las sostuvo. Personas que se alejaron de la adicción, la amargura o el miedo, no por su fuerza de voluntad, sino por la rendición empoderada por el Espíritu.

El Espíritu también es nuestro Consolador. Cuando el proceso de poda se siente doloroso, Él está ahí con paz. Cuando la semilla parece estar enterrada demasiado profundo o la espera se hace demasiado larga, Él nos recuerda que Dios no ha terminado.

Y lo mejor de todo es que el Espíritu Santo nunca nos abandona. No es estacional. No solo se manifiesta en avivamientos o retiros. Él permanece. Él mora. Él hace su hogar en nosotros. Y gracias a eso, el potencial para dar fruto siempre está presente.

Así que, si quieres ser buena tierra, no solo por una temporada, sino por toda la vida, debes caminar con el Espíritu. Escúchalo. Ríndete a Él. Invítalo a escudriñar tu corazón, a mostrarte el estado de tu tierra y a ayudarte a dar frutos que perduren.

Porque el Espíritu no solo quiere producir una cosecha en ti, sino que quiere convertirte en un jardín donde otros puedan encontrar la belleza de Cristo.

Ese es el milagro de la gracia.

Y esa es la obra del Espíritu.

No Te Desanimes Por El Proceso

Todo agricultor sabe que el crecimiento no ocurre de la noche a la mañana. Hay días en los que la tierra permanece en silencio. Semanas en las que no brota nada. Temporadas en las que el esfuerzo no parece corresponderse con los resultados. Y es en esos momentos cuando el desánimo se apodera de nosotros.

Lo mismo ocurre en nuestro caminar con Dios. A veces hacemos todo lo correcto — plantamos la semilla, la regamos con oración, mantenemos la tierra blanda con arrepentimiento— y, aun así, parece que no pasa nada. El enemigo nos susurra: «Estás perdiendo el tiempo. Nunca cambiarás. Esto no funciona».

Pero la verdad es que el crecimiento casi siempre es invisible antes de ser innegable. Las raíces crecen profundamente antes de que aparezca el fruto. A menudo, Dios realiza su obra más importante en la oscuridad, bajo la superficie, donde nadie puede verla, ni siquiera nosotros.

A veces, aún no estás dando fruto porque no es la temporada adecuada. No porque la semilla sea mala. No porque la tierra sea infiel. Sino porque Dios está trabajando en un plazo que te protege, te prepara y perfecciona lo que Él comenzó.

Santiago 5:7-8 nos recuerda que «Tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía». Esperar es parte de la fe. Es donde se forja la confianza y se ponen a prueba las raíces.

Si estás en una temporada seca, no dejes de sembrar. Sigue orando, aunque te sientas vacío. Sigue abriendo tu Biblia, incluso cuando las palabras te parezcan lejanas. Sigue asistiendo, aunque tus emociones no estén a la altura de tu obediencia. Estás fortaleciendo tu músculo espiritual. Estás demostrando a tu propio corazón que tu fe no depende de los sentimientos.

He visto a personas que casi se alejaron en la temporada seca, solo para descubrir que la siguiente fue su gran avance. Y he conocido a personas que sembraron con fe durante años antes de ver un solo brote. Pero ¿cuándo llegó la cosecha? Valió la pena cada momento de espera.

Dios ve el proceso. Él honra el esfuerzo. Hebreos 6:10 dice: « Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado». Ni un solo momento de obediencia se desperdicia. Ni un solo acto de rendición pasa desapercibido.

Así que no te desanimes. No estás atrasado. No estás olvidado. Estás siendo formado. Y si permaneces en Él, Él ha prometido que darás mucho fruto (Juan 15:5).

Recientemente, estuvimos en Chipre de camino a Alemania para explorar la posibilidad de iniciar allí un Instituto Bíblico Calvary. De camino al aeropuerto, me perdí (conduciendo por el lado izquierdo de la carretera, como se hace en el Reino Unido) y llegamos mucho más tarde de lo previsto.

Teníamos la intención de estacionar nuestro auto rentado en el estacionamiento de larga estancia, pero cuando llegamos allí, descubrimos que había que registrarse previamente. Después de dar vueltas en círculos, literalmente, e incluso marcha atrás en ocasiones, no pudimos encontrar ni una sola plaza disponible. Finalmente, tuvimos que dejar el auto a un lado, fuera de un lugar oficial.

Apresurados y estresados, corrimos hacia el aeropuerto, preocupados por si el auto estaba mal estacionado, nos cobraban por hora y posiblemente lo remolcaran mientras estábamos fuera durante cuatro días. Luego, en la fila de inmigración, le robaron el equipaje a Merrily, pero milagrosamente lo recuperaron poco después.

Estábamos agotados, frustrados y abrumados. Pero entonces nos detuvimos y nos dimos cuenta: esto era una guerra espiritual. El enemigo estaba tratando de desgastarnos y hacernos desistir. Teníamos la misión de fundar un CBI en Alemania, y la preocupación no nos iba a ayudar a cumplir ese llamado.

Llegamos a Alemania, completamos la misión y, cuando regresamos a Chipre, el coche seguía allí... y el costo total del estacionamiento fue de solo 41 dólares.

En el Reino de Dios, solo hay una dirección: hacia adelante.

Fruto Que Se Multiplica

Uno de los milagros que se pasan por alto en la agricultura es que cada pieza de fruta lleva dentro el potencial de producir más fruta. Una manzana puede contener diez semillas. Una mazorca de maíz puede producir cientos más. Del mismo modo, una

vida cristiana fructífera no termina con el crecimiento personal, sino que se extiende. Se multiplica. Jesús insinuó esto cuando describió la buena tierra como la que produce treinta, sesenta o cien veces más. Ese tipo de aumento no se refiere solo a la madurez espiritual, sino a la multiplicación espiritual. Discípulos que se convierten en formadores de discípulos. Amor que inspira más amor. Un testimonio que ilumina el camino a los demás.

En la granja de Kansas, mi cumpleaños siempre caía justo en medio de la cosecha. Incluso cuando era niño, tenía responsabilidades durante esa temporada tan ajetreada. Y a medida que crecía, también lo hacía mi papel. En una familia de agricultores, todos tienen deberes, especialmente durante la cosecha. Recuerdo cómo se necesitaban todas las manos. Incluso mi mamá conducía su Lincoln hasta el campo, abría el maletero y repartía el almuerzo para todos, allí mismo, en medio de la cosecha.

Trabajábamos desde el amanecer hasta el atardecer, día tras día. Y hasta el día de hoy, todavía se me pone la piel de gallina de alegría cuando lo recuerdo. Hay algo sagrado en la cosecha.

Y lo mismo ocurre en la familia de Dios. Todos tienen un lugar en Su cosecha. Nadie queda fuera. Cada papel es importante.

Piensa en cómo llegaste a la fe. Alguien sembró una semilla en tu vida: una conversación, una oración, un estudio bíblico, un ejemplo constante. Y ahora, aquí estás, dando fruto. Y tu vida es ahora una semilla en el jardín de otra persona.

El fruto se multiplica cuando invertimos en los demás. Cuando vertemos lo que hemos recibido en el crecimiento de otra persona. Cuando oramos, enseñamos, animamos, corregimos y caminamos con otros hacia Jesús. Pablo le dijo a Timoteo en 2 Timoteo 2:2: *«Lo que has oído de mí... esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros»*. Esa es una cosecha de cuatro generaciones: de Pablo a Timoteo, a hombres fieles, a otros.

Por eso tu fruto es importante. No solo para ti, sino también para tu familia, tus amigos, tu iglesia y personas que nunca conocerás. Tu fidelidad hoy podría afectar la eternidad de alguien mañana.

Pero el fruto también se multiplica a través del dolor. A menudo, las temporadas de crecimiento más impactantes en otros provienen del sufrimiento que hemos atravesado con Jesús. ¿Las lágrimas que has derramado? Dios las usa para regar el avance de otra persona. ¿La poda que has soportado? Te hace ser más tierno con los demás. Tus cicatrices se convierten en señales.

Había veces en que mirábamos los campos de trigo a finales de la primavera o principios del verano y decíamos: «Esta podría ser nuestra mejor cosecha hasta ahora». Las espigas estaban llenas. El color era el adecuado. Todo parecía perfecto. Casi se podía sentir la recompensa que se avecinaba. Pero entonces, de la nada, diez minutos de granizo lo arrasaron todo y lo dejó todo aplastado en el suelo. Esto me pasó en 1975, cuando perdimos toda la cosecha. El trigo quedó destrozado. Todo ese trabajo. Todas esas oraciones. Toda esa paciencia. Desapareció en unos instantes. No obtuvimos absolutamente nada de la cosecha.

¿Y sabes lo que eso significó? Tuvimos que empezar de nuevo.

No era teoría, era nuestra vida. Cultivábamos en Kansas, donde plantábamos trigo y esperábamos entre 14 y 15 meses entre la siembra y la cosecha. Eso significaba largos períodos de recompensa diferida, en los que invertías sin ver resultados, creías sin garantías. Y cuando llegó esa granizada, no solo perdimos la cosecha, perdimos un año de trabajo y, con él, todas nuestras esperanzas para la temporada. Pero no nos rendimos. Hicimos lo que hacen los agricultores: volvimos al tractor, volvimos a arar y confiamos en Dios para la próxima cosecha.

Así es la agricultura. Y así es también la vida.

Por eso es tan importante no acumular tus frutos. Deja que otros los prueben. Comparte tu historia. Abre tu casa. Muestra tus heridas. Invierte tu tiempo. Sé mentor de alguien más joven en la fe. Pregúntale a Dios a quién debes discipular.

Porque la buena tierra no solo absorbe, sino que produce. No solo crece, sino que da. No solo da frutos, sino que los transmite.

Y cuanto más damos, más crecemos. Esa es la paradoja del reino: los que pierden su vida por Cristo, la encontrarán. Los que esparcen su semilla, cosecharán.

Así que deja que el fruto de tu vida sea el comienzo de la vida de otra persona.

Porque en las manos del Sembrador, incluso una sola vida fiel puede multiplicarse por cien.

Una Vida Que Alimenta A Los Demás

Lo más notable de la buena tierra no es en qué se convierte, sino lo que da. Una vida fructífera no es un punto final, sino una fuente. Se convierte en alimento para los demás. Cuando caminas con Jesús durante el tiempo suficiente, tus raíces se profundizan, tus frutos se multiplican y tu presencia comienza a alimentar los corazones hambrientos que te rodean.

Así es como se ve la madurez espiritual. No es aislarse en un pedestal, sino integrarse en la vida de los demás. La buena tierra no se aleja del mundo, sino que lo nutre. Es el creyente quien acoge al cansado, escucha al quebrantado y vive de tal manera que los demás pueden vislumbrar a Jesús.

Piensa en los frutos de Gálatas 5: amor, gozo, paz, paciencia. Ninguno de ellos existe en el vacío. No son virtudes privadas. Son dones relacionales. Tu paciencia fortalece la debilidad de otra persona. Tu paz calma la tormenta de otra persona. Tu amabilidad abre un corazón cerrado por el miedo.

Una vida fructífera se convierte en un refugio para los demás. Un árbol que ofrece sombra. Una vid que ofrece sustento. Un jardín que refresca el alma. Esto es lo que estamos llamados a ser: no solo discípulos, sino formadores de discípulos. No solo receptores, sino reflectores de la gracia.

Lo he visto en la fiel y silenciosa labor de una viuda que asesora a las jóvenes de nuestra iglesia. En Joshua Springs tenemos una tienda de segunda mano tipo departamental en la que trabajan muchas viudas, tanto como empleadas como voluntarias. Ellas se dedican a ayudar a las personas de nuestra comunidad, así como a los estudiantes de CBI que trabajan allí. Su ministerio de presencia, sabiduría y amabilidad tiene un impacto duradero.

También lo he visto en la pareja casada que ha abierto su hogar a adolescentes descarriados. En el empresario que utiliza sus recursos para enviar Biblias a los confines de la tierra. Sus vidas son comidas servidas a diario. Fruto ofrecido gratuitamente. Jesús visto con claridad.

El Salmo 1 habla de la persona justa como «un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto en su temporada y cuyas hojas no se marchitan; todo lo que hace prospera». Note que el árbol no solo está arraigado, sino que también tiene recursos. Se mantiene cerca del arroyo y, gracias a eso, nunca se seca.

En Kansas hay gigantescos álamos viejos, tan grandes que se necesitarían cuatro personas cogidas de la mano para rodearlos. Estos árboles han soportado un calor abrasador, un frío glacial, sequías, inundaciones e incluso la tormenta de polvo.

Y, sin embargo, sobreviven, porque sus raíces son profundas y llegan hasta el agua viva.

Ese es el secreto. Cuando estás plantado cerca de la Fuente, nunca te faltarán frutos que dar. Y nunca te cansarás de darlos. Porque no se producen por presión, sino que se sostienen por la presencia.

Pregúntate: ¿quién se alimenta del fruto de mi vida? ¿Quién se está volviendo más fuerte, más esperanzado, más arraigado porque yo me he mantenido arraigado? ¿Quién se está acercando más a Jesús porque yo me he mantenido cerca de Él?

No tienes que ser famoso para ser fructífero. Solo tienes que permanecer plantado. Sigue diciendo que sí. Sigue caminando con el Sembrador. Él hará crecer algo en ti que otros probarán y dirán: «Esto es bueno. Esto es real. Esto es Jesús».

Porque el objetivo nunca fue solo crecer, sino convertirse en una vida que alimenta a los demás.

Arraigados Y Listos

La historia de la buena tierra termina con una cosecha. Pero esa cosecha no ocurre por casualidad, es el resultado de una vida profundamente arraigada, fielmente cuidada y siempre lista. Lista para la lluvia, el calor, la poda y la recolección. Lista para la voz del Sembrador, la obra del Espíritu y el tiempo del Padre.

Estar arraigados significa que estamos anclados en Cristo, no en nuestras emociones, logros o circunstancias. Significa que cuando llegan las tormentas (y llegarán), no nos tambaleamos fácilmente. Nuestras raíces se mantienen firmes. No porque seamos fuertes, sino porque hemos aprendido de dónde sacar la fuerza.

Los creyentes arraigados no persiguen todas las modas ni necesitan una afirmación constante. Tienen una confianza tranquila que proviene de permanecer firmes. No tienen prisa, porque entienden que la fecundidad es un proceso. No temen la oscuridad, porque saben dónde se encuentra su valor.

¿Y estar preparados? Se trata de estar disponibles. Se trata de tener un suelo que no solo sea blando, sino también expectante. Se trata de vivir cada día con el corazón abierto, preguntando: «Señor, ¿qué quieres que crezca en mí hoy? ¿A quién quieres bendecir a través de mí?». Se trata de presentarse con las manos abiertas y los ojos levantados.

Una vida arraigada y preparada es la respuesta a un mundo lleno de prisas, ruido y agotamiento. Es un testimonio de paz en medio del caos. Esperanza en medio de la decepción. Alegría en medio de las pruebas. Y el mundo se da cuenta.

Jesús dijo en Juan 15:8: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos». Esta es la meta: no la perfección, sino el fruto. No la popularidad, sino la fidelidad. No la visibilidad, sino el legado.

Así que, al cerrar este capítulo, aquí va la invitación: cuida tu tierra. Quédate cerca del arroyo. Arranca las malas hierbas rápidamente. Acepta la poda. Y cuando llegue la cosecha, no olvides quién la hizo crecer.

Arraígate. Prepárate. Porque el Sembrador siempre está sembrando. Y los campos están blancos para la cosecha.

CAPÍTULO 7

LA AGRICULTURA DEL REINO: MÁS PARÁBOLAS DEL CAMPO

Por Qué Jesús Enseñó En Parabolas

Jesús no solo daba sermones, sino que pintaba imágenes. No solo proclamaba la verdad, sino que la plantaba en el terreno de los corazones de las personas. Ese es el poder de las parábolas. No son argumentos académicos, sino

semillas del reino. Son historias sobre cosas cotidianas, como semillas, maleza y viñedos, que contienen verdades eternas para cualquiera que esté dispuesto a escuchar.

En Mateo 13:10-11, los discípulos le preguntaron a Jesús: «¿Por qué les hablas por parábolas?». Su respuesta fue sencilla y profunda: «Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no». En otras palabras, las parábolas eran un filtro. Revelaban la verdad a quienes la ansiaban y la ocultaban a quienes se resistían a ella.

Las parábolas requieren algo más que intelecto: requieren humildad. Hay que inclinarse hacia ellas. Hay que hacer preguntas. Hay que dejar de lado el orgullo y permitir que el Espíritu abra los ojos. Por eso Jesús solía seguir sus parábolas con este desafío: «El que tenga oídos, que oiga».

No les hablaba a los oídos de sus cabezas, sino a la postura de sus corazones.

Para los agricultores y la gente común, las parábolas agrícolas de Jesús les llegaban al corazón. Eran sencillas, fáciles de entender y estaban arraigadas en los ritmos de la vida cotidiana. Pero dentro de estas historias familiares había verdades revolucionarias sobre el reino de Dios: cómo funciona, para quién es y qué cuesta.

Las parábolas sobre la agricultura nos muestran que el reino de Dios es orgánico, no mecánico. Crece lentamente. En silencio. Misteriosamente. A menudo desafía la lógica y las expectativas. Pero siempre está vivo. Siempre avanzando.

Estas historias no estaban destinadas a entretener, sino a transformar. Y para aquellos que estén dispuestos a profundizar en ellas, la cosecha de verdad que ofrecen sigue siendo abundante.

A medida que avancemos, veremos varias de las parábolas agrícolas de Jesús, cada una de las cuales es una semilla con algo que decir sobre nuestras vidas, nuestro Dios y Su reino.

¿Estás listo para escuchar? Entonces volvamos al campo.

El Trigo Y La Cizaña

Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explicanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin. de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga. (Mateo 13:24-30, 36-43)

Una de las parábolas más aleccionadoras que Jesús contó sobre la agricultura es la parábola del trigo y la cizaña. Se encuentra en Mateo 13:24-30 y se explica más adelante en los versículos 36-43. En ella se describe a un agricultor que siembra buena semilla en su campo, pero un enemigo viene de noche y siembra cizaña entre el trigo. A medida que las plantas crecen, los siervos se dan cuenta de la presencia de la cizaña, que se parece al trigo pero no lo es, y le preguntan al amo si deben arrancarla. Pero el agricultor responde: «No... dejad que ambos crezcan juntos hasta la cosecha».

A primera vista, esta parábola trata sobre la paciencia. Pero, bajo la superficie, revela verdades profundas sobre el discernimiento, la justicia y la forma en que funciona el reino de Dios en un mundo caído.

El trigo y la cizaña crecen juntos. Uno al lado del otro. Desde lejos, parecen similares. Ambos se elevan hacia arriba. Ambos ocupan espacio en el mismo campo. Pero uno produce vida. El otro no produce nada.

Jesús explica que la buena semilla representa a los hijos del reino, y la cizaña representa a los hijos del maligno. El campo es el mundo. Y la cosecha es el fin de la era. Es un mensaje claro: no todos los que parecen formar parte del reino lo son realmente.

Esto puede resultar inquietante. Queremos categorías claras y nítidas. Queremos arrancar las malas hierbas de inmediato. Pero Jesús dice: «Dejad que crezcan juntos». ¿Por qué? Porque intentar separarlos demasiado pronto podría dañar el trigo. El juicio humano suele ser imperfecto. Nosotros vemos el exterior; Dios ve el corazón.

Esta parábola es un llamado a la paciencia, para nosotros y para los demás. En el ministerio, a menudo nos encontramos con personas cuyas vidas parecen estar descarriladas. Tal vez hayan escuchado el evangelio, tal vez incluso estén en la iglesia, pero sus vidas no dan fruto. Nuestro instinto es sacarlos, corregirlos, juzgarlos, descartarlos. Pero el Maestro dice: «Esperen». Dejen que la cosecha revele lo que es verdaderamente trigo.

También es un llamado al autoexamen. La presencia de cizaña en el campo debería hacernos reflexionar: ¿Soy trigo? ¿Mi vida está dando fruto? ¿Hay sustancia espiritual, o solo apariencia espiritual?

Una rápida mirada a la historia de la iglesia revela una verdad innegable: siempre ha habido quienes transigen y, lo que es peor, lobos con piel de cordero dentro del redil. Desde la pompa introducida bajo Constantino

hasta el derramamiento de sangre de las Cruzadas, los horrores de la Inquisición y la lenta erosión de la autoridad bíblica en los seminarios liberales, un principio permanece constante: hay trigo y hay paja.

En Kansas, llamábamos a la paja «trampa». El término parece adecuado. La trampa se parece al trigo, crece entre el trigo, pero está vacía. Hueca. Engañosa. Del mismo modo, hay personas que quieren aparentar piedad sin el costo de la obediencia. Anhelan los beneficios de ser vistos como espirituales, pero rechazan el sacrificio diario que se necesita para permanecer fieles a la Palabra de Dios.

Las palabras de Jesús deben desafiar a los que viven cómodamente y consolar a los que se enfrentan a dificultades. Para aquellos de nosotros que hemos visto una iglesia desordenada o una cultura comprometida y hemos exclamado: «¿Por qué Dios no hace algo?», esta parábola es su respuesta. Él lo hará. Pero aún no. Su momento es perfecto y su justicia es segura.

Cuando llegue la cosecha, Jesús dice que los ángeles recogerán la cizaña para quemarla, y los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. Esto es tanto una advertencia como una promesa. El juicio es real. Pero también lo es la recompensa.

Para los agricultores, la lección es clara: manténganse fieles en el campo. Sigán sembrando, regando y esperando. No se distraigan tratando de arreglar todo o a todos. Su trabajo no es arrancar, sino cultivar. Y confiar en que el Señor de la cosecha hará su parte, en su momento.

En la cultura eclesial actual, donde la división y la crítica suelen ser rampantes, esta parábola nos invita a ser menos reactivos y más devotos. A confiar en Dios con el desorden del medio. A creer que Él está más comprometido con la salud de su campo que nosotros.

Una vez, estaba saludando a la gente antes del servicio cuando conocí a una señora por primera vez. Ella me miró y me dijo: «No estás tan gordo como en la televisión».

¿Cómo se responde a eso? ¿«Gracias»?

Pero así es como es la gente a veces: hay que reírse y seguir adelante.

Vivimos en una época de juicios instantáneos: críticas en línea, suposiciones apresuradas y orgullo espiritual. Pero la labranza del reino es diferente. Se inclina hacia la gracia. Deja espacio para el crecimiento. Se niega a confundir la inmadurez con la falta de sinceridad.

Y para el siervo cansado que se pregunta si Dios ve la diferencia entre lo verdadero y lo falso, lo fiel y lo falso, aquí está Su garantía: Él lo ve. El trigo y la cizaña crecen juntos, pero no son lo mismo. Y un día, todas las raíces ocultas serán reveladas.

Hasta entonces, sigue creciendo. Sigue sembrando. Sigue confiando en el Señor del campo.

Porque la cosecha se acerca.

Una de mis escrituras favoritas es Juan 4:34-38:

Jesús les dijo: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores».

Este pasaje muestra que somos una familia de agricultores y que, en la familia de Dios, todos tenemos un lugar en su cosecha. La alegría de la cosecha será eterna para todos nosotros, igual que a mí todavía se me pone la piel de gallina cuando recuerdo la cosecha de trigo en Kansas.

La Semilla Que Crece

«Decía además: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él

sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado». (Marcos 4:26-29)

Escondida en Marcos 4:26-29 hay una parábola tan breve y discreta que, si se lee demasiado rápido, se puede pasar por alto su profundidad. Jesús dice: «Así es el reino de Dios. Un hombre esparce la semilla en la tierra. Noche y día, ya sea que duerma o se levante, la semilla brota y crece, aunque él no sabe cómo».

Lo que sigue es un milagro silencioso: «Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado».

Esta es una parábola sobre la confianza. Trata sobre el misterio del crecimiento y el milagro del reino. Y se dirige directamente a cualquiera que alguna vez se haya preguntado: «¿Realmente está funcionando lo que estoy haciendo?».

El agricultor de esta parábola hace algo muy sencillo: siembra. No se obsesiona con los mecanismos de la germinación. No se queda despierto toda la noche removiendo la tierra para ver si está funcionando. No mide ansiosamente el rendimiento de la semilla. Simplemente la planta y confía en el proceso.

Jesús destaca la parte más humana de la parábola con cinco pequeñas palabras: «aunque no sabe cómo». Esa es la esencia de caminar con Dios. Sembramos, esperamos, confiamos... y no siempre entendemos cómo o cuándo vendrá el crecimiento. Una verdad agrícola: cuanto más grano tiene una espiga de trigo, más se inclina.

Esta es una buena noticia para cualquiera que ejerza su ministerio en terreno difícil. Para cualquiera que críe a sus hijos en la fe. Para cualquiera que siembre la Palabra de Dios en lugares quebrantados. Nos recuerda que nuestra tarea es plantar. La tarea de Dios es producir.

La expresión griega «por sí misma» es «automatos», de donde proviene la palabra «automático». La tierra sabe qué hacer con una buena semilla. Así es como Dios diseñó Su Palabra. Una vez que cae en un corazón que está siquiera ligeramente abierto, el Espíritu comienza a obrar, a menudo de forma lenta, silenciosa e invisible.

He visto cómo esto se desarrolla una y otra vez. Un sermón que parecía no tener ningún efecto acaba cambiando la vida de alguien meses después. Una simple oración hecha por un hijo pródigo hace años da fruto de repente. Una conversación, olvidada hace tiempo por quien la pronunció, se convierte en una semilla que Dios nunca olvidó.

Recibí una carta de uno de nuestros graduados de secundaria que se había mudado al otro lado del país. Hacía diez años que no sabía nada de él. Escribió: *«En primer lugar, quiero pedir perdón por mi comportamiento en la secundaria. En segundo lugar, encontré al Señor; en la secundaria, mientras estudiaba Levítico».*

(¿Quién se salva leyendo Levítico?)

«En tercer lugar», dijo, *«ahora soy pastor».*

Los resultados no siempre se ven en el momento, pero Dios siempre está obrando.

Esta parábola nos libera de la presión de controlar los resultados. En un mundo obsesionado con la velocidad y la medición, el reino se mueve con silenciosa constancia. La semilla no necesita publicidad, solo necesita tiempo.

Pero no confundas lo oculto con la inacción. Algo está sucediendo bajo la superficie. Incluso cuando dormimos. Incluso cuando dudamos. Incluso cuando nos alejamos del campo y nos preguntamos si valió la pena.

Por eso Pablo escribió en 1 Corintios 3:6: *«Yo planté, Apolos regó, pero el crecimiento lo ha dado Dios».* Dios hace crecer lo que sembramos. No siempre en nuestro tiempo, no siempre de la manera que esperamos, pero siempre con un propósito.

Mi hija Lydia y su esposo respondieron al llamado de Dios de mudarse a Tooele, Utah, un condado con muy pocos cristianos evangélicos. Desde su hogar, plantaron una iglesia próspera y hoy ven a sus propios hijos adultos graduarse de CBI y entrar en el ministerio.

Esta es una gran recompensa por su fidelidad. Dejaron las comodidades de Joshua Springs para comenzar una obra desde cero, y el fruto ha sido increíble. Para mí, es una profunda alegría ver a tres generaciones sirviendo en el ministerio: es un legado que solo Dios podría construir.

Esta parábola también trata sobre la esperanza. Porque cuando llega la cosecha, es repentina. «Tan pronto como el grano está maduro...», dice Jesús. Toda la espera, todo el riego, todas las dudas... todo ello conduce a algo. Un momento de avance. Un resultado visible.

Pero debemos dejar que el proceso siga su curso. «Primero el tallo, luego la espiga, luego el grano completo...». El crecimiento espiritual es progresivo. Se construye. Se desarrolla. Y cada etapa es importante.

Así que, si estás cansado de sembrar, recuerda: el crecimiento está ocurriendo, aunque no lo veas.

Sigue plantando. Sigue orando. Sigue confiando.

Porque en el reino de Dios, incluso cuando duermes, la semilla sigue creciendo.

Reflexión Final: Lecciones Del Campo

Al repasar estas parábolas, hay un tema que se repite una y otra vez: Dios es un agricultor fiel. Siembra con cuidado, espera con paciencia, poda con sabiduría y cosecha con alegría. Los campos pueden ser diferentes —el trigo, la mostaza, la higuera, la viña—, pero el mensaje es el mismo: el reino está creciendo, y nosotros también debemos hacerlo.

Estas historias no solo tratan sobre la agricultura, sino también sobre nosotros. Sobre cómo crecemos. Sobre cómo respondemos. Sobre cómo reflejamos el reino en la vida cotidiana. Y, por sencillas que sean, no son sentimentales, sino profundamente espirituales. Muestran a un Dios que no es pasivo, sino decidido. Que no se limita a plantar y marcharse, sino que observa, riega y camina entre las hileras.

Si alguna vez te has sentido desanimado en tu camino, estas parábolas te ofrecen una perspectiva. Dios no apresura los frutos. No exige la perfección, sino que cultiva la transformación. Sabe cómo trabajar con tierra dura. Sabe cómo arrancar las malas hierbas, cómo esperar, cómo replantar. Y, sobre todo, nunca deja de volver al campo. No estás olvidado. Estás siendo cultivado con cuidado.

Y si te has acomodado, si solo has dado hojas y no frutos, estas parábolas también sirven como una llamada de atención. Hay una diferencia entre estar plantado y ser

productivo. Jesús no busca una espiritualidad superficial. Él busca frutos. Frutos duraderos. Frutos que permanezcan.

Así que aquí está la invitación: quédate en el campo. Mantén tus manos en el arado. Confía en la semilla. Ríndete a la poda. Celebra la cosecha, incluso cuando sea pequeña. Y, sobre todo, mantente conectado a la Vid.

Porque un día, el Señor de la cosecha regresará. Y ese día, no serán nuestros títulos o talentos lo que importe, sino los frutos. La evidencia de que la vida de Jesús realmente vivió en nosotros.

Hasta entonces, cultivamos con fe. Sembramos con lágrimas. Trabajamos con esperanza. Y confiamos en que, sin importar la estación, **Dios traerá el aumento.**

CAPÍTULO 8:

UN SEGUNDO AIRE: CBI Y LA COSECHA GLOBAL

La Visión Detrás Del Campo

La agricultura te enseña cosas que nunca aprenderías en un salón de clases. Te enseña a ser paciente. Te enseña a trabajar duro. Te enseña a confiar en lo que no puedes ver. En ese entonces no lo sabía, pero crecer en una granja de trigo en Kansas fue mi primer seminario. Antes de pararme detrás de un púlpito, caminé detrás de un arado. Antes de abrir una Biblia, abrí la tierra.

Los ritmos de esa granja moldearon mi alma. Recuerdo que mi papá me despertaba antes del amanecer para trabajar en los campos. No había atajos, solo semillas, tierra y sudor. Plantabas con esperanza, pero también tenías que confiar en la lluvia. Y si no llovía, aprendías a seguir adelante de todos modos. Es curioso, si eres granjero en Kansas, aunque seas ateo, oras para que llueva. Yo creo en la mano milagrosa de Dios.

Esa misma mentalidad me ha acompañado durante décadas de ministerio. Cuando me convertí en pastor, no buscaba construir algo grandioso, solo quería plantar buenas semillas. Quería enseñar a la gente la Palabra de Dios, amarlos como Jesús lo hace y ver lo que Él podía hacer crecer en sus vidas. Pero en algún momento del camino, comencé a ver una necesidad mayor.

No se trataba solo de la cosecha, sino también de los trabajadores. Jesús dijo en Mateo 9:37-38: *«A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies»*. Comencé a orar esa oración. Y entonces me di cuenta de que yo debía ser parte de la respuesta.

Así es como nació la visión del Instituto Bíblico Calvary. No quería crear otra aula, quería cultivar un campo de entrenamiento. Un lugar donde los jóvenes pudieran arraigarse en las Escrituras, llenarse del Espíritu y ser enviados a cambiar el mundo.

No me interesaban los currículos pulidos ni los estudiantes perfectos. Buscaba personas que estuvieran dispuestas. Personas con las uñas sucias. Personas con un corazón para la mies.

Y al igual que en la granja, creía que si éramos fieles en sembrar, Dios sería fiel en el crecimiento.

CBI comenzó con un puñado de estudiantes y muchas oraciones. No teníamos edificios lujosos ni recursos ilimitados, pero teníamos la Palabra, el Espíritu y una visión. Y eso era suficiente.

Al principio, pasaba horas con los estudiantes, enseñándoles, riendo con ellos, desafiándolos. Verlos crecer me recordaba a ver cómo el trigo brota de la tierra. No sucedió de la noche a la mañana, pero era real. Y era hermoso.

En ese entonces no sabía hasta dónde llegaría esa visión. Solo conocía el campo que tenía delante. Pero a medida que seguíamos sembrando, Dios comenzó a ampliar las fronteras. Estaba preparando una cosecha global. Y estaba levantando obreros para recogerla.

El Nacimiento Del CBI

El primer Instituto Bíblico Calvary comenzó aquí mismo, en Yucca Valley, California. Lo pusimos en marcha con un claro sentido de vocación, dijimos sí al llamado de formar a la próxima generación de pastores, fundadores de iglesias, misioneros y líderes servidores. Y ese sí lo cambió todo. Lo que imaginábamos no era un seminario tradicional, sino un lugar donde el discipulado y el servicio fueran de la mano.

Nuestra intención era formar a estudiantes que no solo conocieran la teología, sino que pudieran aplicarla en el ministerio de la vida real. Queríamos que experimentaran el poder del Espíritu Santo, no solo estudiarlo. Que predicaran la Palabra, no solo la analizaran. Que sirvieran a los demás, no solo que aprendieran a hacerlo. Nuestro deseo era formar a estudiantes que no solo conocieran la teología, sino que pudieran aplicarla en el ministerio de la vida real. Queríamos que experimentaran el poder del Espíritu Santo, no solo que lo estudiaran. Que predicaran la Palabra, no solo que la analizaran. Que salieran, no solo que se quedaran dentro.

Cada clase, cada capilla, cada evento de divulgación formaba parte de algo más grande: cultivar vidas que multiplicaran el evangelio. Empezamos con un tamaño reducido, pero la visión siempre fue global. Desde el principio creímos que CBI no se quedaría solo en Yucca Valley. Como una buena semilla, se extendería.

Y eso es exactamente lo que comenzó a suceder. Uno por uno, los graduados comenzaron a responder al llamado de plantar iglesias, servir en campos misioneros y discipular a otros. Dios abrió puertas que ni siquiera habíamos tocado. Nuevos campus de CBI comenzaron a echar raíces en lugares que nunca imaginamos.

Recuerdo la primera vez que oí hablar de un grupo de estudiantes que querían crear un campus en Perú. Pensé: «Esto realmente está pasando». La semilla que habíamos plantado estaba dando frutos en otro campo. Y poco después, volvió a suceder lo mismo en África, Oriente Medio y otros lugares.

Uno de los ejemplos más impactantes es el de Uganda, donde los estudiantes de CBI no solo estudian la Palabra de Dios, sino que también cultivan la tierra. Cultivan sus propios alimentos, se cuidan unos a otros y viven lo que aprenden. Incluso les han enseñado cómo tratar el suelo para hacerlo más resistente a las hambrunas: rotando los cultivos, compostando los residuos y utilizando técnicas que restauran los nutrientes en lugar de agotarlos. Es más que simplemente cultivar; es administrar la tierra con sabiduría y cuidado, preparándose no solo para las necesidades de hoy, sino también para los retos del mañana. La tierra que labran cada mañana se convierte en un sermón que viven cada noche. Sus manos están callosas tanto por el campo como por la fe. Es el tipo de discipulado que me recuerda a mi hogar. Es sencillo. Es real. Y funciona.

Cada campus tiene su propia historia, su propio sabor. Pero todos comparten el mismo ADN: la autoridad de la Palabra de Dios, el poder del Espíritu Santo y la urgencia de la Gran Comisión y de recorrer toda la Biblia.

Mirando atrás, puedo decir que CBI no fue solo una iniciativa ministerial. Fue una obra de Dios. Una de la que pudimos formar parte. Una de la que aún formamos parte.

Porque cuando Dios sopla sobre algo, no se queda en lo local. Se multiplica.

Multiplicación, No Mantenimiento

Una de las cosas que he aprendido, tanto en el ministerio como en la agricultura, es que los seres vivos crecen. No se planta una semilla con la esperanza de que permanezca igual. Se planta para verla multiplicarse. Esa ha sido siempre mi intención con CBI: no mantener lo que tenemos, sino multiplicar lo que Dios nos ha dado.

La tentación en el ministerio es construir algo cómodo y luego conformarse. Proteger los sistemas. Proteger la marca. Pero ese nunca fue el modelo que Jesús nos dio. Él no les dijo a sus discípulos que se reunieran y se aferraran a lo que tenían, sino que les dijo que fueran y multiplicaran. Eso es multiplicación. De eso se trata CBI.

En CBI, no solo enseñamos a los estudiantes a aprender, les enseñamos a liderar. A verter lo que han recibido en otra persona. A verse a sí mismos no como consumidores del ministerio, sino como cultivadores del mismo. Y esa mentalidad lo cambia todo.

Así es como hemos visto crecer a CBI. No a través de estrategias de mercadotecnia o campañas de reclutamiento masivas, sino a través de discípulos que hacen discípulos. A través de estudiantes que regresan a casa para iniciar estudios bíblicos que se convierten en iglesias. A través de graduados que entrenan a otros y los envían de nuevo. Es desordenado. Es orgánico. Y es exactamente así como se extiende el reino.

También hemos puesto énfasis en el envío. Algunos construyen muros, nuestra iglesia construye plataformas de lanzamiento. Si alguien se siente llamado a ir, nuestro trabajo es equiparlo y enviarlo. Eso es lo que sucedió en Perú. Eso es lo que está sucediendo en África. Eso es por lo que oramos en cada nuevo campus.

Jesús dijo en Juan 4:35: «Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega». Los campos no están esperando, están listos.

Y el mundo no necesita más pastores famosos. Necesita más obreros llenos del Espíritu que estén dispuestos a ir a donde Dios los envíe.

Para eso existe CBI. No es una institución para preservar, sino un movimiento para multiplicar.

Historias Desde La Primera Línea

Algunos de los momentos más humildes e inspiradores de mi vida han sido al escuchar las historias de nuestros estudiantes y graduados de CBI. No se trata solo de estadísticas o resultados del programa, sino de vidas encendidas por el Espíritu Santo y dedicadas al evangelio.

Uno de los momentos más conmovedores de los últimos años se produjo cuando una de nuestras jóvenes compartió su vocación de servir en un país cerrado de Oriente Medio. Se puso de pie ante el alumnado, con los ojos claros y llenos de convicción, y dijo: «El Señor me llama a un lugar donde el evangelio no es bienvenido, y estoy dispuesta a ir». No era solo valentía, era obediencia nacida de la intimidad con Jesús. Su «sí» no fue ruidoso, pero fue lo suficientemente fuerte como para silenciar la sala. Este es el tipo de estudiantes que el Señor está formando a través de CBI: dispuestos a ir dondequiera que Él los lleve, sin importar el costo.

Es muy emocionante ver a parejas y solteros inscribirse en CBI y verlos crecer a lo largo de diez meses. El año pasado, tuvimos 60 pastores que vinieron y se dedicaron a sus vidas, y el impacto fue increíble.

La mayoría de nuestros estudiantes no solo se gradúan con conocimientos, sino que se van con un propósito. Es una lección de humildad decirlo, pero la gran mayoría de nuestros graduados del CBI se dedican ahora al ministerio a tiempo completo. Algunos pastorean pequeñas comunidades, otros fundan iglesias y muchos están en el campo misionero.

No esperan a que se den las condiciones perfectas. Dan un paso adelante con fe, confiando en que, si Dios los ha llamado, también los sostendrá.

No son cuentos de hadas. Son reales. Son genuinas. Y me recuerdan que las semillas que plantamos en obediencia pueden producir cosechas que tal vez nunca veamos completamente en este lado del cielo.

Estas historias me recuerdan por qué hacemos lo que hacemos. No se trata de construir algo que parezca impresionante sobre el papel. Se trata de ver vidas transformadas y lanzadas a la cosecha.

Y cada vez que escucho otro testimonio, pienso en ese campo de trigo en Kansas. Pienso en el milagro que ocurre cuando se siembra una sola semilla en buena tierra. Nunca permanece sola.

Lecciones Del Campo Global

Lo que está sucediendo a través de CBI no se limita a una sola cultura, idioma o continente. Es global. Y cada vez que visito o escucho noticias de un campus diferente, aprendo algo nuevo sobre cómo se mueve el Espíritu. El mensaje central no cambia (el evangelio es el mismo), pero sus expresiones pueden ser maravillosamente diversas.

Ahora tenemos campus de CBI en Estados Unidos, así como en Uganda, Perú, México, Guatemala, Nepal, Filipinas, Japón, Georgia (el país) e Israel. Estamos buscando abrir nuevos campus en Camboya, Tailandia, Alemania, Argentina, Malaui, Inglaterra y otros países. Cada uno de ellos tiene el mismo ADN, pero crecen en su propio terreno. En Uganda, como dije anteriormente, los estudiantes cultivan sus propios alimentos y cuidan la tierra mientras estudian la Palabra. En Perú, los graduados están llegando a comunidades inaccesibles con audacia y amor. En Medio Oriente, nuestros estudiantes sirven en silencio, con valentía y, a menudo, con un gran costo personal.

Una de las cosas más poderosas que he visto es cómo el Espíritu trae unidad entre las culturas. Independientemente del idioma, hay un fuego común.

Un hambre compartida. Una urgencia santa. Estos jóvenes no están ahí por los aplausos, sino por las almas. Un hambre compartida. Una urgencia santa. Estos jóvenes no están en esto por los aplausos, sino por las almas.

Y yo he aprendido tanto de ellos como ellos de nosotros. Me han enseñado a vivir con sencillez, a orar con audacia y a seguir a Jesús sin importar el costo. La iglesia global está viva. Y está creciendo.

La cosecha es verdaderamente abundante. Y a través de CBI, estamos viendo cómo Dios levanta obreros de todos los rincones del mundo.

De eso se trata la próxima temporada: seguir equipando, seguir enviando y seguir creyendo que, sin importar dónde plantemos, la semilla echará raíces.

Segundo Aire

Nunca esperé que la temporada más fructífera de mi vida llegara en lo que muchos consideran los últimos capítulos. Pero eso es exactamente lo que Dios ha hecho. Después de décadas en el ministerio —plantando, pastoreando, criando una familia y dedicándome a los demás— me encontré con una visión renovada, un nuevo sentido de propósito y un fuego que no se había apagado. Solo se había intensificado. He sido cristiano durante 50 años.

El lanzamiento de CBI me dio más que un nuevo proyecto. Me dio un segundo aire.

Hay algo poderoso en ver a la próxima generación encenderse por Jesús. Es contagioso. Te llena de esperanza. Y te recuerda que esto de lo que formamos parte (el evangelio, el reino, la Iglesia) es más grande que cualquiera de nosotros. Nos superará en tiempo. Y si lo administramos bien, prosperará mucho después de que nos hayamos ido.

Este «segundo aire» no vino de esforzarme, sino de rendirme. De decir «sí» otra vez. De abrir mis manos y preguntarle al Señor: «¿Qué más quieres hacer con mi vida?». Y su respuesta fue CBI. No porque yo tuviera todas las respuestas, sino porque estaba dispuesto a sembrar de nuevo.

He visto a pastores experimentados revivir a través de este trabajo. He visto a creyentes de toda la vida dar un paso adelante en su vocación con una confianza renovada. He visto cómo mi propio corazón se llenaba de alegría al ver cómo Dios utilizaba lo que parecía un segundo acto para crear un movimiento completamente nuevo.

Y permítanme decirles esto a aquellos que piensan que su tiempo ha pasado: si todavía respiran, todavía están llamados. La cosecha no se jubila. El reino no se detiene. Siempre hay otro campo. Siempre hay otra semilla que plantar.

Después de servir como pastor en Joshua Springs Calvary Chapel durante 34 años, sabía que con el crecimiento de CBI, nuestra iglesia necesitaba a alguien cuyo enfoque principal fuera la comunidad local.

En 2007, cuando el esposo de Merrily, Brent, partió al lado del Señor, tuve el honor de hablar en su celebración de vida. Cuando su hijo BJ, de 28 años, se levantó para compartir, el Señor habló claramente a mi corazón: «Levántalo, él tendrá una doble unción de su padre».

Ahora, siempre digo, en broma, que la forma en que elegí discipularlo fue casándome con su mamá. Pero con el tiempo, vi la profunda sabiduría de invertir directamente en él. Hoy, BJ es el pastor principal de Joshua Springs, y la iglesia está floreciendo bajo su liderazgo.

Esta transición me ha abierto las puertas para dedicarme por completo a la misión de CBI. Y a todos los pastores que se preguntan qué vendrá después, quiero decirles esto: *estamos llamados a formar a la próxima generación.*

Necesito un ejército de pastores que estén dispuestos a ir a nuestros CBI en todo el mundo y enseñar a través de un libro de la Biblia. Puedo mantenerlos tan ocupados como deseen: los CBI son lugares emocionantes y vibrantes, llenos de estudiantes hambrientos y listos para servir al Señor.

En mi caso, no quería que 34 años de ministerio murieran en mis manos porque me negaba a soltarlos. La obediencia a la siguiente etapa significa empoderar a otros. No estamos llamados a aferrarnos, estamos llamados a formar.

Este no es solo el capítulo final de una historia de ministerio.

Es el comienzo de otra cosecha.

Un Testimonio De Sanación

En medio de esta increíble temporada de ministerio, enfrenté uno de los mayores desafíos de mi vida. En 2024, sufrí una hemorragia cerebral. De repente, todo se detuvo. En un momento estaba planeando la próxima temporada de enseñanza y viajes; al siguiente, estaba en el hospital con médicos que no sabían qué pasaría después.

Es difícil describir lo que pasa por tu mente en un momento así. Todo se ralentiza. Todo se queda en silencio. Y, de repente, todas las cosas que antes parecían tan importantes se reducen ante lo que realmente importa.

Pero hay algo que nunca olvidaré: las oraciones. Mi familia de la iglesia, nuestros estudiantes de CBI, amigos, líderes de todo el mundo... todos comenzaron a orar. Y me refiero a orar de verdad. Y algo sucedió. Día a día, mi condición comenzó a mejorar. Los médicos estaban asombrados por lo rápido que me estabilicé. Sabía que el Señor estaba tocando mi cuerpo.

Mi sanación no fue solo física, sino también espiritual. Ese tiempo de recuperación me recordó lo frágil que es esta vida, lo profundamente dependiente que soy de Dios y lo precioso que es cada momento del ministerio. Salí de ese hospital con algo más que la salud recuperada. Salí con un fuego renovado. Mi neurocirujano me dijo que debería haber muerto. Soy verdaderamente un milagro viviente.

Y Merrily, mi esposa y compañera en el ministerio, estaba a mi lado. Ella conoce bien el costo del ministerio. Como esposa de un pastor, ha vivido los altibajos. Ha atravesado pérdidas, ha guiado a mujeres con fortaleza y gracia, y ha estado a mi lado en todas las etapas. Pero durante este tiempo, su fortaleza fue algo en lo que me apoyé a diario. Sus oraciones eran intensas. Su fe era inquebrantable. Me recordaba, una y otra vez, que Dios es sanador.

No tengo ninguna duda: Dios me concedió un milagro. No solo para prolongar mi vida, sino para ampliar mi misión. Aún no había terminado conmigo. Me estaba encomendando una nueva misión. Me estaba dando la fuerza para seguir adelante, para comprometerme más profundamente y para seguir formando obreros para la cosecha.

Así que, si estás atravesando tu propio valle, escucha esto: Dios todavía sana. Él todavía responde a las oraciones. Él todavía da un segundo aliento. Yo soy la prueba viviente.

Y aún no he terminado.

Invitación Al Lector

Si has leído hasta aquí, quiero que sepas algo: esta no es solo mi historia. Es una invitación a la tuya propia. La razón por la que he compartido todo esto no es para señalarme a mí mismo. Es para señalar al Dios que puede tomar a un simple granjero y usarlo para algo eterno.

Quizás hayas sentido ese mismo llamado a la cosecha. Quizás tu corazón late un poco más rápido cuando escuchas historias de vidas transformadas, iglesias fundadas y naciones alcanzadas. Eso no es una coincidencia. Es el Espíritu que conmueve tu alma.

Algunos de los que leen esto están llamados a ir. A dejar la comodidad de lo que conocen y adentrarse en los campos desconocidos del ministerio. Si ese es tu caso, no lo pospongas. Di que sí. Dios te encontrará allí.

Otros están llamados a apoyar, a enviar, a levantar a otros. Tu papel no es menos importante. La cosecha necesita obreros, pero también necesita líneas de suministro. Animadores. Dadores. Intercesores. Cada parte es importante.

Y tal vez estés leyendo esto y te preguntes si es demasiado tarde. Quizás te has sentido marginado, olvidado o demasiado destrozado para ser útil. Déjame decirte algo: si Dios puede darme nueva vida después de todo lo que he pasado, Él puede hacer lo mismo por ti. Todavía hay semillas que sembrar. Todavía hay tierra que labrar.

Los campos están listos. Los trabajadores son pocos.

Seamos la respuesta a la oración de Jesús en Mateo 9. Digamos sí al llamado. Tomemos lo que se nos ha dado y multipliquémoslo para su gloria.

Porque la cosecha se acerca.

Y Él sigue buscando agricultores fieles.

Antes de ser pastor, Jerel Hagerman fue agricultor. Criado en los campos de trigo de Kansas, aprendió de primera mano las lecciones de sembrar, esperar y confiar, mucho antes de subir a un púlpito. En este libro sincero y práctico, el Pastor Jerel ofrece una visión fresca sobre una de las parábolas más fundamentales de Jesús, al observarla a través de los ojos de alguien que la ha vivido, temporada tras temporada, tanto en la tierra como en el ministerio.

Esto es más que un estudio bíblico. Es una historia de fe forjada a través de las dificultades, la obediencia, la pérdida y la gracia. Desde su dramática decisión de dejar atrás una herencia familiar hasta sus décadas de ministerio en la rural California y desde caminar por el valle del dolor hasta levantar una nueva generación a través del Instituto Bíblico Calvary, el Pastor Jerel comparte verdades poderosas de una vida dedicada a sembrar la Palabra de Dios.

Ya seas un pastor con experiencia, un nuevo creyente, o alguien que ni siquiera está seguro de dónde se encuentra con Dios, este libro te recordará: el Sembrador aún está sembrando. Y tu vida todavía puede dar fruto.

JEREL HAGERMAN es el pastor fundador de la iglesia Joshua Springs Calvary Chapel en Yucca Valley, California, donde sirvió como pastor principal por más de 30 años. Agricultor nacido en Kansas convertido en predicador, Jerel ha dedicado casi cinco décadas al ministerio, ayudando a plantar iglesias, levantar líderes, y establecer el Instituto Bíblico Calvary con campus en más de 16 países. Su historia es de fe, rendición y una vida sembrando semillas en la cosecha de Dios. Él y su esposa, Merrily, ahora dedican sus vidas a equipar a la próxima generación de obreros del reino.

UN AGRICULTOR ANTE LA PARABOLA DEL SEMBRADOR

JEREL HAGERMAN